

Instituto Científico y Literario

Ambiente Estudiantil 1940 - 1950



Dr. Nicolás Soto Oliver



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

INSTITUTO CIENTÍFICO Y LITERARIO

**AMBIENTE ESTUDIANTIL
1940 – 1950**

DR. NICOLÁS SOTO OLIVER

INSTITUTO CIENTÍFICO Y LITERARIO

**AMBIENTE ESTUDIANTIL
1940 – 1950**

DR. NICOLÁS SOTO OLIVER

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO
Octavio Castillo Acosta
Rector
Julio César Leines Medécigo
Secretario General
Marco Antonio Alfaro Morales
Coordinador de la División de Extensión de la Cultura
Ivonne Juárez Ramírez
Directora del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades

Fondo Editorial
Asael Ortiz Lazcano
Director de Ediciones y Publicaciones
Joselito Medina Marín
Subdirector de Ediciones y Publicaciones

Primera edición electrónica: 2025

D.R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO
Abasolo 600, Col. Centro, Pachuca de Soto, Hidalgo, México, C.P. 42000
Dirección electrónica: editor@uaeh.edu.mx
El contenido y el tratamiento de los trabajos que componen este libro son responsabilidad de los autores y no reflejan necesariamente el punto de vista de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

ISBN:978-607-482-918-1

Esta obra está autorizada bajo la licencia internacional Creative Commons Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by-nc-nd) No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas. Para ver una copia de la licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.

Hecho en México/Printed in México

AMBIENTE ESTUDIANTEL DEL INSTITUTO CIENTIFICO Y LITERARIO EN LA ETAPA DE 1940 A 1950

Qué emoción cuando estábamos terminando la primaria superior, todos hablaban del ambiente del Instituto, y lo grandioso que sería presumir de ser alumno de esa escuela a la que llamaban desde el siglo XIX, La Casa Máxima de Estudios del Estado.

Algunos tenían un hermano o algún pariente que ya había sido alumno, pero otros, como yo nunca habían tenido un familiar que estudiara.

Yo era alumno de la Escuela Superior Ignacio M. Altamirano, la que proveía al Insti de más de 100 de los 120 alumnos que admitía entre niños y niñas, ocupábamos el edificio que fue en tiempos de la Colonia la Colecturía de Diezmos, añejo y querido edificio que un gobernante destruyó para hacer un murito y honrar a los Niños Héroes, que se merecían más, pero sin destruir nada.

Para iniciar estudios de secundaria había que ir forzosamente al Insti o sea al I C L, siglas admiradas y adoradas por propios y extraños, con el que denominaban abreviadamente sus alumnos al Instituto Científico y Literario.

Los novatos decían: “Vamos al Insti”, y no cabía duda, pues no había otro en el Estado de Hidalgo.

Los viejos le decían “San Juan de Dios” recordando que había sido Hospital Juanino, y ahora era el templo del saber en su edificio de las calles de Abasolo y Doria.

Obviamente por lo dicho, los dos grupos de 35 alumnos que tenía el Insti en primero, eran de novatos junto con algunos repetidores.

Estaban acostumbrados los escolares a ser puntuales, cumplidos y estudiosos.

Llegar a inscribirse en el Insti, era un acto lleno de temor por las novatadas, también lleno de emoción por ingresar a una escuela de tanto prestigio; era motivo de orgullo por ser para la élite de jóvenes pachuqueños que empezaban una carrera,

porque eso es lo que significaba ese acto de iniciación.

Era un bello edificio, con enormes escalinatas para ascender por su gran desnivel y a los lados a diestra y siniestra mano, había hermosos y bien cuidados jardines. Al llegar al primer escalón era obligado mirar hacia arriba y encontrar la cima del observatorio, luego recorría uno la multitud de ventanas que daban acceso a misteriosos recintos.

Llegué tomado de la mano de mi madre y pasamos entre parvadas de jóvenes alharaquientos y traviesos, que provistos de tijeras que robaban o pedían prestadas a su progenitora y que constituía su arma favorita para hacer caer al suelo las noveles melenas casi siempre alborotadas, dejándolos “tuzados”, obligándolos a ir a la peluquería para que el fígaro completara su corte al rape.

Yo era un niño que no se atrevía a entrar a la pubertad y que tenía miedo de las novatadas que eran producto cruel de la imaginación de los alumnos mayores; cortarles la corbata, desaparecerles la gorra sobre todo si era boina Vasca, apropiarse de sus cinturones, ponerlos de nariz ante el suelo para empujar con ella un lápiz 3 a 5 metros; hacerlos pasar en medio de dos filas de verdugos para golpearlos o bien llevarlos a las fuentes que había a la mitad de los prados y muchas cosas más.

A las niñas las detenían y les llevaban uno o más “perros” que así se llamaba a los novatos para que les declararan su amor, con el rubor de ellas y la timidez de ellos, animados con fuertes pescozones para que cantaran y les saliera lo romántico.

Era común que las compañeras de años superiores también participaran en las múltiples bromas, aunque ellas siempre eran menos crueles.

A veces al salir de clases, los grandes capturaban una docena de “perros” y los llevaban “al callejón de las muelas”, que se encuentra atrás del edificio y organizaban seis peleas dando la oportunidad de escoger al rival. Las reglas eran estrictas, sólo puñetazos nunca puntapiés, iba a decir patadas, pero sé que me lo criticarías, estaba prohibido usar una piedra u otro objeto; al final cualquiera que fuera el resultado los contendientes tenían

que ofrecer la mano en señal de amistad. Las peleas estudiantiles aun las de los mayores, tenían que ser caballerosas.

Después de la recepción en las escalinatas o gradas, como les decíamos, entrábamos al edificio, el primer día no sufrí la novatada pues como dije fui de la mano de mi madre, pero las siguientes veces parecía yo pelota que botaba de mano en mano, tuve dos verdugos especiales: Alfredo Bejos y un Acevedo hijo del principal librero de la ciudad, a quien los novatos bautizamos como “cara de choque” por su nariz torcida y su fea expresión. Bejos era especialista en torcerme el brazo y ponerme de cara al suelo, Acevedo no se detenía, sólo al pasar acariciaba la cabeza pelona con su bien practicado coscorrón, por ser más alto entonces, se impulsaba da arriba hacia abajo para dar mayor efecto, con el tiempo sería más chaparro que yo, pero ya se había ido; la regla era nunca llorar, aunque doliera mucho, había que aprender a ser hombrecito.

Mi amiguita Alicia Márquez, tenía que llegar junto con su hermano mayor al que inmediatamente apodaron “el guánzaras” y lo hicieron objeto predilecto de las bromas, Licha empezaba a repartir bofetadas, o más bien debo decir cachetadas, cosa que sabía hacer con maestría, pero eso era diario y cuando ella no estaba cerca al “guánzaras” lo maltrataban mucho, entonces sus padres decidieron enviar a sus muchachitos a estudiar a México.

Sin embargo, a pesar de todo lo dicho, algunos “perros” gozaban de la protección de uno a más gavilanes de años superiores, cuando descubrían que tenían hermanitas mayores de buen ver.

En mi segunda visita, ya asistiendo a clases me llovió el tormento, unos quince estudiantes parecían cazar aves en el gallinero entre los que salíamos de la clase de Geografía Astronómica con el Lic. Becerra, y en grupillos de cuatro o cinco capturaban y entregaban una víctima, a una preciosa rubiecita, grandota y alegre que tuzaba con unos cuantos golpes de tijeras a uno y luego a otro, sin descanso, se los sostenían sus admiradores para que cumpliera con su labor. En media hora, había victimado a una docena de “perros”, que sus súbditos

barberos le entregaron, ella estaba verdaderamente feliz; mis compañeros que después conocí como Palacios, Arreguín, Poncho Hernández, el “bananas” Rubio, el Pérez Baca y muchos otros indefensos ante la fuerza de sus captores y las órdenes de la bella muñequita, nos dejaron solos en la escalinata, rodeados de cabellos y pedazos de corbata; ella no hizo otra cosa, pero ellos sí repartieron coscorriones y patadas.

- ¿Dónde te vas a pelar?

- Yo voy aquí en Guerrero donde sé que el fígaro Sr. Teyzier, cobra un peso por sus servicios, pero estudiantes con credencial, 75 centavos, nosotros no tenemos credencial, pero si vamos juntos, al vernos tuzados no creo que la pida.

Mustios y maltratados bajamos por la calle de Doria, ante la curiosidad y risa de los que veían nuestra media cabellera, entramos a la peluquería donde el dueño y sus dos ayudantes nos dejaron la cabeza al rape en unos minutos.

El gordo Cravioto dijo - Yo necesito premio, me voy a comer una torta con Don Baldomero Ortiz.

- Sí, vamos dijo Arreguín, yo invito...

- Yo pongo los refrescos dijo Palacios, y empezamos a caminar el conjunto de los nuevos amigos. Sin darnos cuenta iniciábamos la maravillosa camaradería que en adelante tendríamos con todos los estudiantes de esa famosa Institución.

Así saboreamos nuestra torta de asado y nuestro refresco Mundet haciendo bromas de nuestra triste figura, hasta surgieron los primeros apodos estudiantiles, a Arreguín que comía a dos carrillos le dijeron que se parecía a la actriz de cine Mapy Cortez por cachetón y a Palacios que cerraba los ojos al comer le dijeron que parecía mongol, apodos que se les quedaron para toda la vida.

Volví por la tarde a mi clase con el doctor Buenaventura Morales, un anciano de 60 años a quien apodaban el “Grillito”; cuando subía las gradas los malvados les silbaban la canción de Gabilondo Soler “¿Quién es el que anda allí? Es Cri Cri, es Cri Cri Cri ...” Lo cual molestaba mucho al venerable catedrático, pero aunque amenazaba con su bastón no alcanzaba nunca a nadie,

también era el Secretario del Instituto y se ocupaba de llevar en orden toda la documentación, dictando a las secretarias, pronto comprendió que las actividades intensas ya no eran para él y se fue a la vida privada; había sido subdirector del viejo Hospital Civil en los muros de lo que había sido el convento de San Francisco y Colegio de Propaganda Fide. Sus estudios los había hecho en la Facultad Nacional de Medicina y se había recibido en 1903, ya era hora de descansar.

Lo substituyó como Secretario el Lic. Alfredo Balmaseda que claudicaba un poco, pero aparte de apodarle Patas de Catre, nadie se metía con él, ni en la Secretaría ni en su clase de Civismo.

Aparte del temor que nos infundían los mayores, empezamos a gozar el privilegio de ser alumnos de esa querida Institución, su bello edificio que nos ofrecía la oportunidad de excursionar por sus múltiples rincones misteriosos, el altísimo observatorio al que subimos a escondidas del prefecto, nuestros pasos resonaban en la escalera de caracol, en su primer tramo de cantera y después en el de madera, hasta llegar donde estaban los aparatos de observación meteorológica, con sus mediciones exactas que nos explicó bondadosamente el encargado señor Elías y nos dijo que lo reportaba dos veces al día en horas en punto por medio de telegramas que se enviaban a su Central en Tacubaya. Nos permitió asomarnos por sus ventanas y luego salir al exterior, donde estaba el pararrayos, mi ciudad estaba bajo nuestros pies, era pequeñísima y nos mostraba cercanamente la estación del Ferrocarril Hidalgo y en el otro extremo, mi barrio y mi casa, eran tiempos lejanos en que lo puntos más distantes se podían alcanzar caminando en un cuarto de hora.

El Gordo Cravioto llegó fatigadísimo hasta ese punto y temblando pedía que nos regresáramos porque nos podían castigar, en cambio el Poncho Hernández, que era flaco y ágil llegó hasta el pararrayos y sujetándose a dos manos una más alta que otra, hizo la bandera sin temor a la altura que abajo tenía a muchos metros la cancha de frontón donde algún día harían con una loza una bella terraza para las oficinas de la

autoridad mayor.

En una semana ya sabíamos los distintos tipos de compañeros y de maestros que tendríamos todo el año, Armando no asistía con regularidad a clases porque siempre estaba a la caza de las niñas guapas y pasaba largas horas platicando con ellas. Arreguín, Palacios y Poncho eran las estrellas que siempre sabían los temas que dejaban los maestros; el Pelicano no faltaba a clases pero nunca estudiaba.

También había un grupo, numeroso por cierto, que aprendieron a jugar billar y no salían del Majestic, que era exclusivo para estudiantes, aprendieron a fumar y ya compraban sus “Montecarlo Extra”.

Aunque tenían todos los libros de texto, pronto los fueron a empeñar pues siempre estaban necesitados de dinero. Casi nadie había probado el alcohol, a eso sí eran ajenos.

Dos o tres asistían y estudiaban un poco, pero en cambio eran estrellas deportivas, ya fuera atletismo con carreras de velocidad o de fondo, y por supuesto lanzamiento de jabalina, bala, martillo, o bien jugaban volibol, basquetbol o futbol.

Había frecuentes fiestecitas para bailar, que llamaban tardeadas, se hacían en el propio edificio estudiantil y allí sí, muchachos y muchachas bailaban con mucho estilo el swing, el fox, el blues, y por supuesto, las orquestas favoritas eran las grandes bandas gringas. Los “perros” gozábamos viendo bailar a los mayores.

A las 8 pm, como por encanto desaparecían todas las compañeras para llegar temprano a sus casas, casi siempre acompañadas por un caballeroso galán que les llevaba los libros.

Por cierto que los libros eran textos muy difíciles, pero muy baratos, por ejemplo el Ing. Viramontes, el Virolo, que era un rudo minero, recomendaba la aritmética de G.M. Bruño, aunque era lo que había aprendido en la primaria ahora era expresado en teoremas que teníamos que demostrar, desde el primer día supimos su definición: Teorema es una proposición de la que se averigua la verdad por medio de la demostración. Vimos una multitud de ellos, también corolarios, axiomas e hipótesis.

En español era lo mismo ya aprendido con anterioridad, botánica con excepción de la estructura histológica era también lo ya sabido, lo que si resultó nuevo y maravilloso fue la Geografía Astronómica y la Geografía Física con el Lic. César Becerra, las conocía perfectamente y su clase era agradable. Cada vez que dibujaba un planeta o su órbita lo hacía girando rápidamente el brazo ante el pizarrón empuñando el gis, resultaba una circunferencia perfecta.

Nos llevaba con su voz ronca de fumador crónico de Elegantes Extra de manera amena, explicando las distintas hipótesis de la estructura del sistema solar; al terminar la clase queríamos que siguiera hablando.

Las novatadas fueron palideciendo, ya podíamos estudiar en la biblioteca o en los corredores sentados en las banquetas, cuando no estaban ocupadas por los novios.

La última novatada la organizaron Manuel Rojas que era una estrella deportiva, Raúl Ortiz a) el Pitorrillo que era el rey de las bromas, “El Actopan” Cortés, y por supuesto, “La Güerita” Coty Islas, eligieron a los tres perros más fuertecitos y les preguntaron ¿Con quién quieren pelear? Escojan entre los “antiguos” al que quieran.

Destacaron los novatos Jorge Salgado y el “Bola Negra” Obregón pues eligieron al Hule Romero, un fósil billarero, y al “Jero” el que organizaba siempre las “porras deportivas”, fueron peleas muy desiguales, pues los novatos les pusieron una golpiza fenomenal, dejándolos con “ojo morado” y escurriendo sangre de la nariz. Así acabaron las novatadas; desde entonces todo era alegría general y bromas ingeniosas.

Contaban “los viejos” una anécdota similar de dos chaparritos en tiempos pasados, a un perro grandote y abusivo cuando le dieron a escoger, con quién pelear, vio al chiquito del Pollito González, quien con el tiempo llegaría a ser buen médico y maestro en el ICL de anatomía; se quitaron el saco y el “pollito” le puso una paliza al grandote; la otra anécdota es similar, le sucedió a Manuel Rojas, que eligió a Sotito Parra, un buen estudiante chiquito que claudicaba un poco, pensó que

había elegido al más fácil, pero para su sorpresa, encontró que Sotito era boxeador y que le pegó como quiso y cuanto quiso.

Todo el edificio era nuestro, rincones para estudiar, corredores para platicar con los cuates, la cancha para corretear a nuestro antojo ya éramos parte de esa hermosa familia de 300 alumnos privilegiados; la Coty se volvió la amiga de toda la “perrada”, la adorábamos por su simpatía y por su ingenio, a veces organizaba los desayunos corridos en el café “La Lonja” que era de chinos, o bien al atardecer los corrillos de muchachos y muchachas de todos los grados para cantar en las gradas “La Letanía del Instituto” o “La Morena” canciones de guerra deportiva o románticas. Iniciábamos la pubertad pero casi todos eran ya adolescentes. La pretendían una multitud de aspirantes de grados altos, pero sólo les daba evasivas y no aceptaba a nadie. Uno de ellos, Rubén Pesquera, le insistió mucho con sus pretensiones, estaban en el jardín de la garza, entonces la Güera le dijo: está bien, pero primero haz méritos mira ese hormiguero, mientras yo entro a clase de botánica superior con el “Ogro” doctor Ricardo García Isunza, tú cuentas cuántas hormigas salen y cuántas entran del agujero en una hora. La Coty se fue a clase a oír de las plantas medicinales que hay en el país, el Pesquera se tiró de barriga y armado con papel y lápiz apuntó rayitas en dos filas.

Salió Coty rodeada como siempre de admiradores, se acercó a ella el Pesquera y le dijo: - Ya está, salieron 650 y entraron 320 ¿Ya me das el sí?

- ¿Y tú crees que a un baboso que se dejó picar la barriga para contarlas tirado en el suelo, lo voy a aceptar como novio? No, yo aceptaría a un hombre de criterio inteligente.

.....
.....

El Lic. Becerra era buen maestro, de pensamiento fluido y fácil palabra, buen amigo de los estudiantes, logró ser el titular cuando nombraron al primer Decano del Instituto, en 1961. Era muy ágil, lo demostraba tomando un paliacate por sus extremos

distales, con las dos manos y podía saltar sobre él sin soltarlo, presumía y retaba a los jóvenes a hacerlo sabiendo que no iban a poder.

En 1926 organizó un paseo por Veracruz hasta Alvarado con los alumnos de quinto año, en tren, a pie y como pudieron. Contaba la leyenda que una noche tirados de espalda en Mocambo, contemplaban el cielo sus alumnos Zoebisch, Devereaux, Angove, Márquez, Del Villar, Arias, Bejos, Quiroz y otros más, el maestro hacía gala de conocimientos señalando en el cielo las diferentes constelaciones que se veían en esa noche estrellada. Los alumnos iniciaron el concurso: - A ver dime ¿Cuál es la estrella alfa del Centauro, cuál es Orión, dónde está el Sagitario? Las respuestas eran guiadas por el licenciado Becerra, entonces Arias preguntó a Lalo Bejos ¿Dónde está la Osa Mayor? Pues en ese cuadrante mira, tiene figura de carro que jalaran... - No es cierto, interviene Zoebisch hablando con Samuel Arias.

- La Osa Mayor está en Pachuca trabajando en el Cajón de Ropa... aludiendo a la mamá de Bejos a quien apodaban el Oso.

El director Dr. Agustín Torres Cravioto organizó cuando entré al Instituto un paseo muy interesante a la Planta Eléctrica de Necaxa, pagando cada alumno un peso de cuota para gastos. Fuimos en autobuses que alquilamos a la línea Flecha Roja, cantamos todo el viaje y los “grandes” hicieron toda clase de bromas entre sí; gritábamos porras del Instituto.

Fue una visita guiada por los ingenieros de la empresa, después eligiendo un paraje en el bosque dieron la orden de ataque a lo que quedaba del itacate, que tomamos con desbordada alegría entre porras y canciones. Asistieron muchas compañeras, yo tenía trece años, sólo las miraba y admiraba sus coqueterías con los grandes.

El director doctor Torres Cravioto era un médico obstetra de mucho prestigio, había sido director del Hospital Civil llegaba a la calle de Abasolo y estacionaba su Ford Sedan gris, último modelo o bien, su también nuevo Coupe en dos tonos de verde;

había viajado por Europa en tiempos en que nadie lo hacía, a sus alumnos en clase los embelesaba contándoles de Florencia, París y Pompeya con su descripción histórica y museográfica; en el Insti con frecuencia organizaba Liceos Literario - musicales con participación de los alumnos en declamación, como lo hizo Edmundo Calva Cuadrilla con su inspiración lírica cuando era chico, pues en el futuro sería médico militar, investigador en el Instituto Nacional de Cardiología, sus escritos médicos fueron conocidos en todo el mundo; también oí a Joaquín Cravioto Muñoz en varias piezas oratorias de gran valor, que yo admiraba. Llegué a pensar que cuando yo fuera de quinto como él, hablaría igual de bonito, también como Edmundo fue médico de fama mundial en el ramo de la Nutrición. Teníamos un trío de guitarristas que tocaban al estilo de los Martínez Gil, eran los hermanos Pérez Arista, Ernesto y Gustavo acompañados por Arturo Sánchez, “El Poquito”; con gran sentimiento cantaban “La novia blanca, que fuera otros tiempos la luz de mi ser, la novia buena que antes yo adoraba, hoy me ha dejado el alma destrozada... Relámpago furia del cielo que has de llevarte mi anhelo a donde no vuelva más... Chacha, mi Chacha linda cómo te adoro mi linda muchacha...” Este trío fue el más frecuente acompañante en las serenatas románticas que en los años siguientes llevábamos a nuestras dulcineas.

Los números bailables estaban a cargo del “Trío Infernal” Cata Uribe, Kity Ruiz e Irma Corona o bien al ritmo de Tap Elenita Ghinis.

A veces un estudiante hablaba de un científico descubridor de algo nuevo, fueron notables los siguientes: Fernando Pérez Manzano “El Rey del 10” que habló de Relatividad, Ildefonso Figueroa trató de Lavoisier, “el Bigotes” Álvarez del Arenal habló de Euclides y Sofía Olivera de prótesis dentarias con materiales nuevos... algún día sería dentista.

En esos liceos siempre estaba el salón de actos Baltazar Muñoz, totalmente lleno, pues a los perros nos invitaban a asistir por la buena a fuerza.

Los muros del salón los estaba cubriendo Medardo Anaya

y Oviedo con sus murales que la Escuela Mexicana de Pintura estaba poniendo de moda. Un día llegó una autoridad que no los comprendió y los destruyó, pero en algunas fotos antiguas se ven; casi siempre terminaba la ceremonia con un breve discurso del director que por cierto era muy buen orador aunque pronunciaba mal la “r”.

Ya muchos perros habíamos comprado chamarras con las enormes siglas bordadas en la espalda “I C L”, con gran realce.

Venía la lucha por la nueva directiva de la Sociedad de Alumnos, Presidente, Secretario y Tesorero, los votantes principales iban a ser los perros por numerosos, por lo tanto, nos trataban con mucha atención y nos regalaban muchas chucherías para conquistarnos.

El Huasteco Nava Tejeda, Mario Ramírez y Samuel Desentis, fueron triunfadores en distintos años, publicaban volantes con la lista de los miembros del comité de propaganda que eran 50 de primero, 40 de segundo, 30 de tercero y así en todos los grados. Asegurando sus votos y los de sus amigos.

Ya que menciono al Huasteco me recuerda una anécdota de algo que sucedió por esos años, llegaron media docena de esos paisanos a inscribirse en la secundaria para luego pasar a la Normal de Maestros, eran mayores, casi adultos, vestían rústicamente al estilo de su tierra, Huejutla, y portaban morral; cuando se presentaron los alumnos de años superiores para la novatada no lo permitieron y contra nuestras reglas, sacaron de los morrales cuchillos y uno de ellos pistola; la situación se complicó, nuestro honor y las reglas exigían raparlos y someterlos al ritual de novatos, pero ellos se solidarizaron y no lo permitieron, amenazando con usar sus armas, el ambiente se puso candente, hasta que una bella dona que era la Prefecta dio la solución, ella como representante del I C L los raparía y les daría los coscorriones; así sucedió y todos quedaron en paz. Con el tiempo se les quitó un poco lo rústico, olvidaron el morral y se homogeneizaron con los demás estudiantes, hasta que se fueron a la Escuela Normal. Entre los que liderearon a los alumnos viejos estuvieron Raúl Berber, Adrian Valdés y uno

a quien le decían “el Mezcalito” o compañero “Cuatanas”. Eso sucedió años anteriores a mi narración.

Los rivales deportivos eran los mineros del Centro Social, la Normal, el Club Deportivo Vanguardia y el Politécnico que entonces se llamaba Escuela Politécnica Álvaro Obregón.

Aunque el presupuesto de la Institución era muy bajo, Agustín hizo milagros, arregló todos los salones del corredor principal butacas, pizarrones y piso, además puertas nuevas y arreglo de ventanas.

En el salón de actos puso butacas y en el salón de química hizo una gradería de asientos y una mesa grande especial de trabajo para que todos pudieran ver los experimentos; remozó el salón de anatomía y puso pintura para todas partes. Sólo faltaron de arreglo los salones de biología y física, quedaron igual con su museo el primero y su laboratorio el segundo.

Por fin llegó el momento de pagar tanta alegría, tanta felicidad por ser los niños consentidos de la sociedad pachuqueña, llegó el periodo de exámenes, ahora sí, a sufrir para ganar de milagro el seis aprobatorio o el diez que era honroso galardón de los selectos. Fue mucha la felicidad de todo el año ahora a pagarla demostrando que la merecíamos.

Te voy a platicar como eran los exámenes. Los alumnos proponían a la Secretaría el calendario de exámenes dejando entre uno y otro el lapso necesario para hacer un buen repaso o bien, ponerlos en días sucesivos al principio para estudiar fuerte los difíciles que vendrían al final, eso era en noviembre y principio de diciembre. El jurado estaba compuesto por tres sinodales que eran especialistas en la materia y tenían libertad de tiempo para examinar; para hacerlo con calma dado que los catedráticos eran profesionistas muy ocupados, casi siempre se realizaban a partir de las 8 pm. Los miembros del jurado examinaban en orden sucesivo a todos los alumnos que tenían derecho. Según el que examinara al primero de la lista, sería el correspondiente a los examinados después, teníamos preferencias pues había unos amables y otros estrictos y rudos, unos que daban oportunidad de lucirse a los que sabían y otros

que cortaban la exposición para decirlo ellos, todo eso influía en la calificación, que era en escala de cero a diez con el seis como el mínimo aprobatorio que algunos buscaban como bendición, pero otros necesitaban un nueve o diez para conservar el promedio alto del primer lugar, para estos la lucha era terrible, examen tras examen. En otros términos, algunos buscaban la aprobación y otros el conocimiento integral calificado con diez.

No faltó inocente que dijera en matemáticas con Virolo, Villa y Munguía: “ $a + a$ ” igual a a^2 a lo que respondía el Virolo con voz de trueno.

- Sí señor como no, burro más burro, burro cuadrado.

Durante el año acostumbraba colocar a los alumnos en orden decreciente desde el mejor en el primer asiento de la primera fila, hasta los de la cuarta fila que no alcanzaban número. Si le preguntaba a uno que no sabía, seguía con los subsecuentes y el que lo respondiera bien, subía hasta el lugar del primer interrogado.

Yo tenía el tercer lugar y casi nunca pude mejorarlo, pues los dos anteriores a mí eran muy buenos Antonio Álvarez del Arenal y la Chepa Acuña. Con ese sistema se sabía antes del examen quienes iban a aprobar con calificación alta y quienes iban a reprobar. Esa era la principal criba, para los dos grupos de primero. En segundo año se inscribían cuando más treinta y cinco nuevos más unos cuantos fósiles.

Seguían disminuyendo en los años superiores, por lo que en quinto había más o menos veinte incluyendo los reprobadores que se agregaban.

Torres Cravioto consiguió tres premios para los que hicieran los cinco cursos anuales sin reprobada y con el promedio más alto; el primer lugar era una medalla de oro del tamaño de un centenario que otorgaba el Club Rotario, para el segundo, eran \$500.00 pesos de la familia Landero y Coss y el tercero consistía en \$300.00 pesos, que ofrecía la Compañía Minera Real del Monte y Pachuca. Considerando que eran los años cuarentas del siglo XX esas cantidades eran considerables.

Había otras distinciones que tenían los mejores alumnos de

años superiores, la primera era ser Preparador de Matemáticas con los alumnos de primero con cuarenta pesos mensuales en nómina, la segunda era ser nombrado por el catedrático de física o química su ayudante, para preparar los aparatos que se usarían en las prácticas del día siguiente, la gratificación era dada por el maestro tomada de su sueldo.

Cuando pasé a segundo año hubo nuevos problemas, por ejemplo, el texto de Zoología de Pizón estaba en francés y apenas estábamos llevando el primer curso de esa lengua, yo no sé por qué extraño fenómeno yo la aprendía con la facilidad de mi lengua materna, lo cual me permitió estudiar directamente en el texto y no en las traducciones pésimas que vendían los mercenarios.

Por esos días llegó a mi barrio una jovencita quinceañera muy guapa y de gran coquetería natural, me llamó la atención y buscaba su compañía, mis catorce años apenas iniciaban tímidamente la pubertad, me sentía yo cautivado y le platicaba de mi mundo escolar, constelaciones y estrellas brillantes, lenguas, etnias y religiones que había en el mundo y que yo estaba conociendo en boca de mi maestro de geografía humana, licenciado Becerra y en el texto del libro de Schultz; parecía interesarle, pero pronto me di cuenta que mis pláticas le aburrían, ella necesitaba algo más tangible; llegó un galancito veinteañero y se la llevó, con el regocijo de ella que halló un hombre que le pagara sus gastos aunque fuera modestamente, así eran las niñas barrieras, no tenían tiempo para romances, la adolescencia y sus condiciones socioeconómicas exigían el maritaje temprano. Hubo ocasión en que estaba yo platicando con unos jóvenes barrieros y uno de ellos se expresó de mí con desprecio - pues yo no sé que anda buscando aquí este tarugo tal por cual, habiendo tantas muchachas bonitas en el Instituto. Eso cambió mi vida, triste y amargo por el fracaso de mi primer enamoramiento, me refugié en la amistad de mis compañeritas que al igual que yo buscaban una carrera profesional y había que empezar por estudiar mucho y mucho tiempo.

Mi facilidad para traducir francés me permitió leerlo de

corrido en voz alta a mis compañeras, por lo cual en el corredor principal de mi Instituto, dedicábamos hora y media de las tardes anteriores a la clase y aprendíamos esteléridos, holotúridos y crinoides, medusas, espongiarios, coralaris y mucho más, que nos presentaban en detalle sus aparatos digestivo, respiratorio, circulatorio y sus reproductivos. Sabiéndolos bien para que a las 8 am del día siguiente el doctor García Isunza pudiera comprobar que sabíamos la clase como “nuestro propio nombre” según decía él. Daba unas explicaciones magistrales y nos mantenía con la atención al máximo, debíamos entrar a su clase con saco y corbata y perfectamente limpios. Cuando alguien daba prueba de no estudiar en absoluto, lo sacaba de clase gritándole: - Lárguese bandido, está usted robando a sus padres. El aludido salía casi volando avergonzado ante los demás y con el propósito de merecer la aceptación del maestro para el futuro.

El mayor elogio que pronunciaba a una persona una vez al año, era: ¡Usted va a ser mi amigo!

El día que me lo dijo, salí directo para mi casa a tomar el desayuno que mi madre nos daba a las 9 am, satisfecho de merecer tomarlo porque había ganado ese derecho.

García Isunza era a no dudarlo un caballero y un verdadero “Hombre” cuya amistad nos honraba.

El álgebra para los que no tenemos facilidad matemática no resultó bella, más bien muy compleja, descomposición en factores, ecuaciones, todo tipo de operaciones y terminar con logaritmos, fue muy difícil, pero me causó mucha emoción saberlos.

Las fiestas del estudiante organizadas por la directiva de alumnos nos hizo pedir a Papá diez pesos para comprar el abono que nos permitiría el acceso a la corrida de toros, tardeadas, bailes, excursiones y todo lo demás que cabía en una semana de pura alegría, caracterizando el folclor del Instituto. Empezaba con las campañas de las candidatas a reina, con una serie de festejos programada como antecedente de los festejos formales. Se escogía a las más bellas jovencitas de la élite

socioeconómica pachuqueña, pues la triunfadora debía pagar el día de la coronación una cena con orquesta de baile para todos los estudiantes; los alumnos del I C L éramos alrededor de 300. También debería pagar su traje, cetro, corona y demás atuendos regios, a veces también el costo del autobús especial para la corte de damas y chambelanes para el día del paseo que generalmente era a un balneario, también era necesario para conducirlos a las fiestas diarias.

Por vanidad también compraba ropa adecuada para cada día de la semana, para la fiesta taurina un traje de manola o china poblana, vestidos medio formales para las tardeadas, ropa adecuada para los deportes y para acompañar por un tramo el desfile de la coronación del rey feo y de la adoración a “Chancha” es decir a Xilonen, traje de baño nuevo y bata para las albercas en el paseo. A veces un bello corsage para adorno de las damas en la coronación.

Al seleccionar las damas primero se pensaba en las alumnas del I C L, ellas sólo tenían que comprar su vestido, zapatos y arreglos personales. La corte la completaban los chambelanes elegidos entre los alumnos más apuestos que tuvieran o consiguieran un smoking, y, para el festival taurino un sombrero cordobés y una chaquetilla.

Esa corte se reunía antes de cada festejo o espectáculo en casa de la reina, generalmente se formaban las parejas por estaturas, pero como quiera que fuera tenían un ambiente encantador con las niñas bellas, que podían los chambelanes conquistar. Bailaban con tocadiscos todos los días antes de salir para el festejo, era pura felicidad, hacían entrada triunfal al salón entre aplausos y piropos para ellas.

La directiva previamente se agenciaba dineros presentando oficios que daba el director y con los cuales llegaban a entrevistar a empleados altos de gobierno, a diputados en la Cámara, a los que trabajaban en las oficinas de la Real del Monte y Pachuca, solicitando su colaboración para los festejos estudiantiles. Con ese dinero y con las entradas monetarias que dejaban los asistentes, más el modesto costo del abono estudiantil,

contrataban las mejores orquestas, pagaban los autobuses y los toros que sacaban del rastro municipal, adornos y otras cosas. Nuestro viejo y señorial dosel cubría tradicionalmente a la nueva soberana.

La métrica para versificar nos la enseñó Ibarra Olivares y con eso hacíamos gala de inspiración escribiendo a nuestras compañeritas y publicando en nuestra revista estudiantil, “Atalaya” que fundó Salvador Cerón.

Un día el Presidente de la República anunció su llegada a Pachuca, en un camión de redilas y descubierta. Para recibirlo se organizaron todas las fuerzas vivas de la ciudad; llegaba el gran Lázaro Cárdenas, el presidente socialista, el que había expulsado del país a Plutarco Elías Calles, “El Jefe Máximo de la Revolución”, entraría de sur a norte por la calle de Guerrero y luego tendría lugar una gran reunión popular en la Plaza Independencia.

A los estudiantes no nos mezclaban en cuestiones políticas, además éramos menores de edad en la mayoría, pero como acto cívico nos invitaron a formar una valla desde Doria hasta Victoria con una fila de cada lado. La cita era a las 4 pm pero llevaba dos horas y media de retraso, ya empezaba a obscurecer, eso era demasiado para creer que estaríamos en orden, ya mencionamos que una actriz de moda era Mapy Cortés, se presentaba con faldas de tiritas que apenas cubrían los pequeños “chones”, bailando un ritmo que ella puso de moda en el cine llamado “Conga” era pegajoso y sencillo, uno, dos, tres pasitos para un lado y caderazo, uno, dos, tres, pasitos para el otro y caderazo; todo el mundo lo bailaba, lo tarareaba y, por supuesto, los estudiantes lo bailoteaban todo el tiempo. También les recuerdo que en esas épocas las actrices pusieron de moda la figura pechugona, de cintura delgada y piernas y caderas gruesas. Había en el I C L dos ejemplares de belleza de ese tipo, una secretaria, Lidu y una alumna, Celia, eran la admiración de todos cuando subían las escaleras rítmicamente. Pues eso viene al caso porque los alumnos se cansaron de esperar al Presidente y tarareando a trescientas voces empezaron

a bailar haciendo una enorme “cola” que abarcaba toda la calle de Guerrero, el público estaba encantado viendo la alegría desbordada de la grey estudiantil, alternando en esa enorme columna una muchacha y un muchacho, por supuesto que espontáneamente o por elección la encabezaba Celia; gritos, música tarareada y baile de locura; de pronto Celia, descubrió entre los espectadores al director Dr. Agustín Torres Cravioto y hacía allá dirigió la columna bailadora, obligándolo a ir delante de ella sujetándolo con sus manos.

Hoy que soy viejo recuerdo con gusto esos momentos, y lo único que lamento es que era de los chicos, trece años y estaba en el anonimato, hoy, me hubiera gustado estar en el lugar de Agustín.

No me atrevo a pensarlo, pero creo que si Lázaro hubiera llegado a pie, Celia y las demás niñas chulotas lo hubieran jalado a bailar. Momentos inolvidables, ese día cuando empezaba a obscurecer, Pachuca supo lo que era la locura de un carnaval.

Cinco años después un grupo de fósiles que no podían aprobar psicología y lógica, materia que impartía Agustín encabezaron un movimiento subversivo de “la perrada” y lo derrocaron como director, argumentando principalmente que había faltado al decoro y la dignidad de su investidura bailando en la calle como un pelafustán.

Vaya nuestro reconocimiento porque fue un magnífico Director del I C L y porque sus cátedras eran magistrales. La maldad de sus detractores disfrazada de virtud, triunfó sobre sus múltiples cualidades del gran médico y orador. A la postre esos se perdieron en la mediocridad.

Cuando estábamos en segundo año en las fiestas informales que llamábamos tardeadas, la bondad de mis amiguitas Esperanza, Rosita, Aurelia, Estercita, Adelina y otras más a quienes mucho reconozco, me perdonaron los muchos pisotones que les di y me enseñaron a bailar los ritmos del danzón, del blues y del swing con las grandes bandas, eso cambió el panorama de nuestras diversiones; en esas fiestecitas no parábamos de bailar desde el principio hasta el final. Un ritmo efímero fue

la raspa que mientras duró, Margarita la Capy, bailó conmigo muchas, muchas veces, nunca supe si mi relación con ella era de amistad o de enamoramiento mutuo; en esa edad se enamora uno del amor.

Desde luego también bailaba cuando me lo permitían los demás solicitantes con Rosita, Mary y Reyna Torres.

El Gobernador era Javier Rojo Gómez y el Presidente Municipal José Lugo Guerrero, ellos nos apoyaban siempre que pedíamos dinero para nuestras fiestas.

Como es sabido el ciclotrón que se instaló en Berceley para acelerar partículas atómicas necesitó un área de terreno muy grande, entonces aprovechando la ignorancia de un maestro improvisado de prácticas de física moderna, le contó Martín del Campo como chisme, ¡Fíjese doctor que los muchachos de quinto se robaron el ciclotrón del laboratorio de física!

- ¡Qué barbaridad! Y ¿Cómo lo hicieron?
- Pues dicen que se lo llevaron en una cajita de cerrillos y como usted sabe es muy valioso.
- ¡Qué pena, debían de expulsarlos!

Ese chisme jocosos corrió por todo el alumnado y por supuesto el prosector tuvo que renunciar.

El ambiente estudiantil era de orgullo y caballerosidad, amábamos nuestro Instituto “La Casa Máxima del Saber”, como le decían en los actos oficiales, éramos muy unidos, ante la sociedad pachuqueña representábamos los profesionistas médicos, abogados e ingenieros que mañana la habrían de dirigir; todos tomábamos muy en serio nuestro papel, no tolerábamos burlas o faltas respecto a la Institución; por ejemplo en las tardeadas permitíamos el acceso al público pagando una cuota, pero a condición de bailar “decentemente”, estaba de novedad el swing y si bien Irma Corona, Alberto Quiroz, Aureliano Rivera y Catalina Uribe bailaban haciendo gala de pasitos nuevos, en cambio a los ajenos sólo se les permitía bailar tomando la pareja convencionalmente y sin pasos de swing, o de lo contrario,

al joven bailarín lo invitaban con buenas palabras a bailar decentemente o a retirarse de nuestro sagrado Instituto; si no obedecían la indicación, alguno de los nuestros lo sacaba a golpes hasta la calle de Abasolo.

En la calle no permitíamos los piropos para nuestras compañeras, por eso siempre las acompañaba alguien al salir de clases, llevando sus libros; si encontraban un impertinente el estudiante tenía la obligación de responderle con una pelea, aunque perdiera. En este caso al saberlo los compañeros, uno o dos días después se vengaba la afrenta.

En los atardeceres era muy agradable reunirse en corrillos numerosos para cantar en las gradas las canciones de moda o nuestras propias tonadillas: “Morena, morena, fuiste tú mi triste desventura, adiós hermosa criatura, tu estudiante ya se va”... un beso me prometiste y en promesa se quedó, el beso no me lo diste y el maestro me reprobó... las gradas del Instituto son testigos de mi amor, tanto subir y bajarlas, herido del corazón...

Desde luego había dos motivos de mucha presunción, ser el mejor en clases difíciles, o ser estrella deportiva si alguien llegaba a ser las dos cosas, sería un semi Dios del ambiente.

Maravillosos momentos en que pensábamos en los logaritmos, las leyes de la física clásica, el inicio en los misterios de la química que a muchos cautivaba la maravilla del microscopio que nos mostraba las pequeñas células en las prácticas de biología o bien los primeros vericuetos del misterio de la vida humana al estudiar los huesos que íbamos a recoger al panteón para luego limpiarlos sumergiéndolos en lechada de cal, para después recitar ante el doctor Méndez los detalles del esfenoides o del temporal indicando las huellas y conductos por donde pasan arterias y nervios, ya nos sentíamos medio doctores. Estudiar mucho, jugar volibol en nuestra cancha, bailar y galanear, eso hacíamos en el edificio del Insti donde pasábamos voluntariamente todo el día. También oíamos la docta palabra de los maestros, quienes muchas veces fuera de clase nos seguían ilustrando con sus luces. Hasta el viejito señor Gómez, el Prefecto, a veces se ponía a caminar en el Jardín de la

Garza con algún alumno de cuarto año o de quinto para discutir un tema de actualidad o un pensamiento filosófico. Por cierto que no mencioné que muchas veces a un novato se le ordenaba ir hasta el Prefecto y preguntarle - ¿Perdone es usted el profesor Güipas? Lo cual molestaba mucho al viejito que era un defensor acérrimo de un antiguo lenguaje secreto de los alumnos del Insti en los años veintes, que se llamaba Tanfiche en el que al español se le cambiaba la “i” por la “o” y viceversa la “m” por la “p” la “e” por la “a”, etc. Y alegaba que por apellidarse Gómez se le debía decir Guipas, y le molestaba que dijeran Güipas.

Ese buen hombre titulado como profesor en 1915, todos los días bajaba parsimoniosamente las gradas a las 8 pm vigilando que al cerrar no se quedara nadie en el edificio, daba el brazo a la señora Lima que era la Prefecta que vigilaba a las alumnas y que también ya había visto pasar sus mejores días muchos años antes.

La planta de secretarias era algo distinto, cada una llevaba la documentación de los alumnos de un año de estudios, por lo tanto eran cinco, y dependían del secretario, pero en realidad su ocupación principal era el chisme ambiental y los tejidos de estambre frente a las ventanas, para ver cuando llegara el director o el secretario para dedicarse a sus papeles. Había que estar en buenas relaciones con ellas porque de eso dependía el conveniente registro de asistencias o faltas a clase; tenían sus preferencias entre los estudiantes, estos nunca tenían faltas y todos sus registros en regla. Duraron muchos años Nacha Lima, Adriana Paredes, Licha Gallo y hacían contraste la más mala que era la Masón y la más buena que era Liduvina.

Con frecuencia se conseguía permiso para entrar al salón de actos para un grupo de ocho o diez jóvenes que iban a oír las delicias que sacaba al piano César Espínola, que dominaba toda la música popular. O bien las virtuosas interpretaciones que hacían Figueroa, de la Fuente o Rodríguez de las Polonesas de Chopin o el Amor Brujo de De Falla. ¡Cómo nos enamoramos de las ejecuciones que hacían de la Apasionata, el Emperador y el Claro de Luna de Beethoven! La compañía de nuestra

amiguita preferida nos hacía oír la música como canto celestial.

Muchos de los alumnos nos iniciamos así en el gusto por la música clásica, culta o académica, nos llegaron Liszt, Tchaikovski, Mozart, Wagner, Sibelius y otras que nos presentaban en los conciertos que organizaba el doctor Rojas Corona por encargo de la dirección.

Nuestra revista Atalaya tenía una periodicidad irregular pues nunca tuvo presupuesto fijo, pero en sus páginas dio cabida a la poesía, artículos científicos, narrativa de aventuras juveniles, secciones cómica y deportiva, pues todos practicábamos algún deporte.

¡Qué satisfacción tan grande teníamos al comunicarles que nuevos y asombrosos conocimientos teníamos de Química, de Física, de Psicología, de Filosofía y otros temas que nos mostraban cosas nunca oídas por nosotros!

Más de una pelea a puñetazos me conseguí por andar escribiendo poesía con mi seudónimo C. P. a las niñas bonitas, pues todas tenían pretendiente o novio, pero nunca escarmenté.

Las fiestas del estudiante eran muy emocionantes, los que hacían el programa no le pedían permiso a nadie y nada más publicaban a su gusto, quienes serían los miembros de las cuadrillas de toreros por secundaria, y por los bachilleratos de Medicina, Leyes e Ingeniería. Todos por dignidad tenían que cumplir, matadores, tancredos, peones y banderilleros. Cuántos sustos me llevé pues en el ruedo el toro se ve inmenso y casi todos hacíamos reír al público. También tuvimos la mala suerte de jinetear toros como obligación por ser chambelanes de la corte regia, siempre caíamos cuan largos éramos golpeando con nuestro cuerpo la arena del ruedo.

Eso, y las peleas que a veces ganaba y otras perdía me dieron raspones y moretones en distintas partes de mi flaca anatomía, no faltaba quien dijera que eso formaba el carácter y la hombría. Me hubiera gustado otro camino para lograrlo menos doloroso; las compañeras siempre se enteraban o atestiguaban esas situaciones y ante ellas nadie quería tener fama de “sacatón”

Los compañeros que mejor bailaban, haciendo mil figuras,

eran los preferidos por las más guapas. Por todo lo que estoy contando como dicen en mi barrio, las mejores pollas prefieren a los que tienen más espolones y mejor plumaje.

En los “gallos o serenatas” estudiantiles visitábamos una multitud de ventanas llevando las mejores canciones de moda que siempre las oían tras las cortinas con emoción y agrado “¿En qué quedamos por fin?”, “Quiéreme mucho”, “Perfidia”, “Muñequita Linda” y rematábamos con “Buenas Noches mi Amor”.

Al día siguiente, cuando preguntábamos ¿Te gustó la serenata? La bella durmiente tenía respuestas como ¡Ay sí, estuvo preciosa! ¡Cómo no, tus canciones me hicieron soñar!, aunque también había quien dijera, ¿Ay, eras tú? Yo creía que había sido Pepe...

El baile formal con que terminaba “La semana del estudiante” era de gran emoción, los padres hacían el gasto y compraban vestidos nuevos para baile, y los galanes planchaban el esmoking con cuidado y daban lustre a los zapatos, casi siempre era una noche inolvidable.

El vestido vaporoso azul pálido, el corsage que compramos con bellas y delicadas florecitas artificiales, la camisa con cuello de palomita que me almidonaba mi mamá, el pañuelo sobresaliendo discretamente en puntitas en la bolsa del saco junto a la solapa, el agua de colonia que robaba a mi hermano mayor y en el aire la música que interpretaba Rafael Hernández “Quiéreme mucho” y luego con García Esquivel, orquesta estrella de México, el Collar de Perlas y la Serenata en Azul que eran creaciones de Glen Miller. La garcita de la fuente con su chorro de agua y sus luces parecía decirnos: gocen este momento, háganlo inolvidable y miren en los ojos de su pareja, el amor que nunca en la vida volverán a ver, porque la juventud es solamente una.

Luego levantar la mirada, escoger en el cielo la estrella más brillante y regalarla a la tierna acompañante, diciendo algo como: “esa estrella refulgente que te mira parpadeando, será tuya para siempre y en ella verás el recuerdo de mi amor”.

“Tal vez la garcita decía: pasarán muchos mañanas y en la luz del agua de mi pico brillarán tus canas y en mis voces aún estará tu amor”.

Terminaban las fiestas, ahora a estudiar como desesperados para terminar el programa de estudios correspondiente a ese año, parecía como si todos hubieran adquirido nuevos bríos, parecíamos esponjas adquiriendo el saber, los niños de primero ya estaban acelerados con productos importantes y descomposición en factores, eso en aritmética y álgebra. Los de segundo ya estaban repasando batracios, peces y mamíferos, los de tercero estaban acelerados con trigonometría y la regla de cálculo para funciones trigonométricas; por otro lado ya estaban viendo circunvoluciones cerebrales y corazón, con José Efrén Méndez. Los de cuarto estaban locos estudiando identificación de cationes, producción de ácido sulfúrico en las cámaras de plomo, oxácidos del azufre y del fósforo y los de quinto tenían introducción a la práctica médica, analítica y cálculo, el grupo ciánico de química del carbono, amén de tantas cosas más.

Venían los exámenes y no era raro que los de apellido con inicial de S ó T estuvieran sufriendo ante el jurado a las doce de la noche o una de la mañana. Después de lo cual corrían a casa a despertar a sus padres y decirles, ya pasé el último examen, ya estoy de vacaciones, mira papá me dieron nueve. (A veces, llenaba de gusto un mísero seis).

Cerraba sus puertas el Instituto, pues sus alumnos, que eran la sabia vital que lo hacía existir, se iban de descanso en vacaciones, el edificio añejo era un corazón que no se detenía, simplemente latía suavemente para esperar el bullicio que estallaba con las inscripciones en febrero, y la llegada de la “perrada”, la despedida de los 18 ó 20 alumnos que egresaban de quinto y empezaban a hacer sus maletas, para irse a una escuela universitaria en México; algunos de ellos llegarían al I C L el día de inicio de actividades, para recibir en la ceremonia medallas y pergaminos por su aprovechamiento excelso y algunos años después, para ocupar la alta cátedra donde los profesionales de la ciencia, el arte, la tecnología y las humanidades enseñarán a

los intelectuales incipientes, que la sociedad selecciona como los mejores, para ponerlos en sus manos y hacer de ellos nuevos productos que para nuestro orgullo dirigirán a la partecita del mundo en que les toque vivir.

Éramos pocos alumnos, eran pocos maestros, pero unos y otros eran orgullosamente lo mejor que tenía Pachuca.

La juventud ya se llame pubertad o adolescencia, está llena de emociones, cada día en ese ambiente que describo tenía el amor por el conocimiento que nos comunicaban como algo maravilloso y nos convencían de que quien más sabe más puede y el que más puede, más sirve y eso se refiere a la humanidad, empezando por uno mismo, sin embargo, esa enseñanza tan paternal y de tanta camaradería tenía el defecto de que no nos enseñaba a competir en la vida enfrentándonos a los factores negativos, deslealtad, mentira, incumplimiento, engaño, competencia con malas artes y muchas cosas más. Lo mismo que, nos presentaba a la mujer llena de virtudes, desinteresada, sincera, pulcra, intelectual, sin doblez en la conducta, pero no sabíamos nada de las demás. A nadie se le valoraba por lo que tenía sino por lo que sabía o era.

En Ética nos enseñaron axiología, y cada quien hizo o confirmó la escala de valores que normaría su vida para siempre. A ninguna persona se le hubiera ocurrido que el poder o el dinero eran supremos valores, teníamos tanta salud que creíamos que era condición ligada a nuestra vida por naturaleza, luego leí en una poesía algo que no hubiéramos podido comprender: “Después la vida se impone, tanto tienes, tanto vales...”

Cuando leímos la obra máxima de Cervantes de Saavedra “El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha”, a nadie se le hubiera ocurrido que sería un Sancho Panza, todos idealizábamos a nuestra amada de 16 a 17 años como la Dulcinea del Toboso. Pensábamos que habíamos nacido “para desfacer entuertos”

Al leer el “Tartufo” de Moliere, lo despreciamos como se debe despreciar la mediocridad, con el tiempo sabríamos que es algo que anida en demasiada gente y que además, los hace sentir felices y que no les gustaría salir de ella y tienen razón,

porque eso les exigiría esfuerzo y ejercicio de valores que no podrían alcanzar plácidamente.

Nos dolimos mucho cuando Goethe nos presentó a ese fantástico alquimista, el doctor “Fausto”, que después de vivir la vida entera hasta la vejez buscando siempre la fórmula de la eterna juventud y no haberla encontrado, decidió invocar a Mefistófeles y ofrecerle su alma si le devolvía la juventud perdida. Y ¿Para qué es la juventud, si no es para gozar del amor de una mujer bella y tierna? Pero ese cuerpo de Fausto seco, sin alma, ya no podía dar nada.

Estas ensoñaciones al estudiante lo ponían absorto, pero no lo convencían de que en la vida, aunque él no venda su alma al diablo, la puede perder en la maraña de contra valores que le acechan en cada paso.

Además, todos los humanos deseamos ser, pensamos ser, pero no nos detenemos a escudriñar el camino largo y lleno de espinas y esfuerzos necesarios para llegar a ser. Por eso muchas veces descubrimos cuando hemos llegado a una cima que en la convicción que nos impulsa a recorrer el camino está lo más bello, lo que más se disfruta, no en sentarse a descansar por un triunfo real o ilusorio.

También el joven a veces se pierde en los vericuetos de la vida compitiendo con los demás, observando día a día, momento a momento, cómo triunfan o fracasan los otros, eso es algo estéril que no conduce a la felicidad, la cual se puede alcanzar cuando comprueba uno su propio crecimiento, su propio avance en el camino de la perfección. Es decir en el camino que conduce del ayer al futuro, lo importante es el crecimiento que se ha tenido sobre uno mismo.

Cuando descubrí que esa niña tan brillante, inteligente y agraciada me causaba placer con sus miradas, con sus palabras y con su voz, la comparé con el trato diario que tenía con mis compañeros y noté que era algo diferente, que me impulsaba a buscar su compañía y hacía que me propusiera ser mejor para ser digno ante sus ojos, porque cuando probaba el saber en clase o la aceptación por los maestros de mis inquietudes de

estudiante, me di cuenta que sin renunciar al significado de mis camaradas, había adquirido una razón para vivir, para ser mejor, para agradecer mi existir, precioso descubrimiento en la vida que impulsa a conquistar imposibles por ella.

Durante las fiestas estudiantiles anuales, si la reina era alumna, su personalidad sufría un problema muy peligroso para su futuro; la vanidad es algo que reside en el fondo de todos y que en circunstancias especiales avasalla los demás aspectos de la personalidad, esa jovencita loada, alabada y adorada por la grey estudiantil, al finalizar los jolgorios se enfrentaba a su cruda realidad; para los maestros ya no era reina, era solamente una alumna, a quien se le exigía estudiar y saber igual que a todos; los compañeros ya no eran súbditos sino competidores. El presidente de la Sociedad de Alumnos ya no era el chambelán real, sino un amable compañero que ponía atención antes que a nada, a sus propios problemas; las damas de la corte si eran estudiantes tenían que acelerar el conocimiento, pues era la recta final para llegar a exámenes, y, si eran ajenas al Insti desaparecían completamente y para siempre de la corte, la cual se volvería humo.

Don Pilar Licona sólo entendía a los alumnos que dominaban el grupo de la fenolftaleína o bien los conceptos de reacciones, solubilidad, compuestos del grupo ditiónico, etc. El ingeniero Villaseñor no sabía de belleza ni de alegría juvenil, sólo entendía de cálculo diferencial e integral. El doctor García Isunza a los que no estudiaban parasitología y los males que causaban, los corría de clase sin misericordia. El doctor Méndez exigía vestirse con bata y guantes sin olvidar las reglas de la asepsia y antisepsia y también pedía un riguroso protocolo de las cirugías a las que invitaba a sus alumnos por roll de lista. El doctor Márquez exigía tener perfectamente los conocimientos de biofísica que se aplicaban a la fisiología humana. El doctor Librado Gutiérrez nos envolvía en la Crítica de la Razón Pura de Kant y en la interpretación de las escuelas pre y postsocráticas. La vida no sólo hay que vivirla sino también hay que saber ¿Qué es, por qué existe, para qué existe, cuáles son sus fines?

Todo era esfuerzo desmedido y mucha voluntad, no de aprobar, sino de dominar perfectamente los programas correspondientes a las materias que se cursaban.

Para todos al terminar las fiestas, sólo se ocupaban del aprovechamiento de conocimientos, naturalmente a excepción de los que habían conquistado una noviecita, pues ellos dedicaban muchos momentos para cumplimentarla y en horarios nocturnos estudiar con doble esfuerzo.

Pero había unos pocos, para quienes el fin de las fiestas traía algo más que resolver, los gastos de las orquestas, alquiler de salones, pagos del personal de los que coadyuvaban en distintas formas, como alquiler de toros al Rastro Municipal, etc. Hubo muchos que al hacer cuentas terminaban muy gananciosos, pero hubo casos que terminaron en tragedia.

Una vez el presidente fue un famoso boxeador campeón estatal de peso pluma, buen amigo y de carácter muy afable, nombró como secretario y como tesorero a dos pillos disfrazados de simpáticos, les confió las entradas del baile final que fueron más o menos cuantiosas, las recolectaron minuciosamente y después se desaparecieron, por más que los buscó el presidente, no los pudo encontrar y los dos directores de orquesta, el local y el de México le exigieron el pago de sus servicios y al no poder lograrlo, el agente del ministerio público lo detuvo bajo el cargo de fraude que alcanzaba varios miles de pesos de los que mucho valían entonces.

Cuando a la semana siguiente todos volvían a clases el presidente enfrentaba un proceso penal; los pillos tranquilamente reiniciaron sus clases y se olvidaron del asunto. Cuando el acusado pudo resolver el problema, desconozco yo cómo lo logró, fue tanta su vergüenza que se fue de la escuela y nunca volvió. Uno de sus estafadores medio funcionó en la vida y murió, el otro, para la fecha en que escribo esto para ustedes es abortero en una ciudad fronteriza.

El interfecto se fue a Jalisco, se dedicó al comercio de alfarería, empezó vendiendo cazuelas en la calle y terminó como exportador de macetas a EUA, las ofrecía sin dibujo ni

barniz, los gringos se los ponían y ganaban más que él, pero las ganancias de nuestro amigo eran millonarias, pues los envíos se hacían por carros de ferrocarril completos. Alguna vez que volvió a Pachuca, lo vi, me saludó y me llevó a mi casa en un enorme choche negro con chofer uniformado. La fortuna le sonrió, después no volví a saber de él; tal vez se fue a EUA con un negocio mejor ¡No sé!

A mí me encantaba ser chambelán a pesar de las jineteadas de reses bravas que me pusieron siempre acostado en el suelo. Era una oportunidad de gozar del buen ambiente social y presumir de hombre valiente y de “baboso”, pero como quiera que sea, mi novia siempre me celebró con sonrisas y caricias al volver a la tribuna de la reina, sacudiéndome el polvo.

El paseo del perro culminaba con la coronación del Rey Feo frente al mercado 1° de Mayo en el Jardín Constitución.

La elección del Rey Feo era un acto popular espontáneo, no había campaña de proselitismo, simplemente se pasaba frente a un pizarrón, donde dos escrutadores improvisados pintaban una raya por cada alumno expresando su preferencia. A veces se castigaba con la elección a alguien que tenía unificada la opinión por su petulancia, por la conducta antisocial de niño bien, por ser hijo de papá importante o para expresarle la envidia que se le tenía, por ser el más popular ante el sector femenino, o el más delicadito y amanerado que en ese tiempo era siempre repudiado.

Al Rey Feo se le paseaba montado en un pollino, vestido de fachas y en el momento culminante el presidente le ponía un tompiato en la cabeza adornado con chiles, rábanos, nabos, zanahorias y algunas otras frutas preciosas que alguna hacendosa compañera cosía alrededor del tompiato. La Banda del Estado alegraba el ambiente con rítmicos danzones.

La corte la constituían todos los “perros” que en cuerda lo seguían en su recorrido por las calles, sin camisa en calzones o con el pantalón recortado, pintarrajeados con grasa de zapatos negra y tras ellos, en ese desfile, portada con solemnidad presidía la ceremonia La Chancha, esa valiosa escultura que

dos alumnos encontraron incrustada en la pared del cubo de la escalera de caracol que conduce al observatorio, en el año de 1923, dando prueba fehaciente de que, cuando los españoles del tiempo de la Colonia construyeron la Capilla de Nuestra Señora de Guadalupe, al hacer los muros que conducían al coro, utilizaron, como era su costumbre, las piedras que hubieran encontrado de algún adoratorio indígena queriendo destruir con ello la fe en los cultos precortesianos y levantar los templos cristianos. En este caso al decir del profesor Raúl Guerrero se trataba de una representación de Xilonen, diosa adolescente del maíz tierno, o sea el elote.

Los “perros” en ese caminar por las calles, eran obligados a rendir culto a “Chancha” deteniéndose de tramo en tramo y de rodillas hacer expresiones de ¡Oh Chancha! ¡Oh Chancha! Acto importante porque con ese desfile terminaba su condición de vasallos humillados, y adquirirían la membrecía de estudiantes del I C L con todos sus derechos, incluyendo por supuesto el de someter a las novatadas a los nuevos alumnos que ingresaran.

La importancia de Xilonen en el lugar en que fue descubierta es una prueba concluyente de que aquí había un asiento humano indígena, nahuatl por supuesto.

Esa querida pieza arqueológica, permanecía el resto del año en una vitrina muy elegante en la oficina del director. Por una equivocación fue a dar a las cajas de guardado del INAH, pero felizmente ha vuelto a su casa y en el edificio de Abasolo de la UAEH permanece en un lugar distinguido, de donde esperamos no vuelva a salir nunca. A menos que sea para acompañar a la grey estudiantil en alguna emotiva correría.

Hay otro elemento sagrado para los estudiantes del viejo Instituto Científico y Literario hoy flamante Universidad y siempre “La Casa Máxima de Estudios”, se trata de la momia:

Para que un cadáver se momifique espontáneamente es necesaria una temperatura muy constante, un terreno seco generalmente calizo que garantice cierta ausencia de humedad. Dicen que la descubrieron al excavar bajo un altar de Tepeji del Rio, con ropas de un hombre de alta posición

de las cuales quedaban los restos de zapatos con hebilla, que no usaba la gente media; piensan que los descubridores se la regalaron al gobernador y que después de adornar los recintos gubernamentales por muchos años, al empezar los setentas del siglo XIX la dieron en custodia al I C L.

En ese misterio de cómo apareció la momia entre nosotros, los factores enumerados nos hacen dudar y pensar que tal vez llegó de otra parte, como regalo que demuestra lo que puede suceder con un cadáver en condiciones apropiadas que no son las de la tierra de nuestra región.

Es un hombre de edad adulta, alrededor de los cuarenta años que murió por causa natural, no violenta del que puede decirse que las ropas desaparecieron por efectos del tiempo y de los procesos orgánicos ya que seguramente eran de materiales celulósicos, llama la atención que los brazos se encuentran en extensión cruzada, cubriendo con las manos los órganos sexuales, pues a casi todos los cadáveres se les cruza sobre el pecho. Posiblemente murió de inanición o por un proceso caquectizante, lo cual facilitó la ausencia de putrefacciones, notándose las pocas partes blandas que tenía.

La investigación estudiantil, las incógnitas de su origen y la llegada a nuestra casa de estudios ha permitido que la imaginación y la fantasía, hayan tejido mil leyendas que le atribuyen haberse encontrado en excavaciones antiguas del Hospital de San Juan de Dios, o que siendo el cadáver de un fraile estaba sepultado entre los muros de un lugar que a través del tiempo fue sucesivamente claustro clerical, El Polo, El Jardín Botánico, La Cancha del I C L y por ahora el acceso al Teatro la Garza.

Le han atribuido apariciones y movimientos de traslado en la obscuridad de las noches. Fue castigo con su presencia fría y de muerte para los alumnos que sancionaban con encierro según reglamentos del siglo XIX y asociaciones animadas cuando la tuvieron en el área de anatomía, con numerosos órganos humanos que yacían en frascos con formol, los huesos de un esqueleto para estudiar la clase y un modelo anatómico de

tamaño natural, todo eso existía en ese departamento que hoy es la oficina de la rectoría y su toilette en el edificio de la calle de Abasolo.

Le siguieron más aventuras involuntarias cuando un presidente municipal, tal vez allá por los años 1949 – 1950, solicitó que el Instituto participara en la Exposición agrícola Ganadera e Industrial que montaron en el antiguo Estadio Municipal, en los terrenos que actualmente ocupa la Escuela Normal del Estado; entonces, a una autoridad escolar se le ocurrió mandar algunas cosas raras que teníamos, como un cordero con dos cabezas, un feto con megalocéfalea, el esqueleto, la momia y otras cosas que despertaban el morbo de los visitantes; pero eso no fue lo peor, sino que cuando se levantó la exposición, se les olvidó a nuestros próceres enviar a quien correspondiera a recoger nuestras piezas raras y no encontrando los expositores que hacer con ellas, las acumularon en la presidencia municipal, correspondiendo a la vitrina de la momia con todo y su contenido ir a parar a las oficinas de la barandilla, como si estuviera detenida por algún delito o por alguna falta al bando municipal.

Un exalumno del I C L que era asesor de la policía, Arturo Herrera, remedió el terrible desaguisado ordenando que la regresaran al I C L; la instalaron en las aulas de la Escuela de Medicina y allí encontró cariño y respeto por parte de los estudiantes; finalmente alguien consideró que debía estar en el Museo de Mineralogía entre algunas piezas arqueológicas que allí se encuentran.

La primera noticia que tuve de ella fue al verla en una fotografía de 1910 en la cual un grupo de alumnos que después serían distinguidos profesionistas posan con libros en la mano, rodeados de múltiples piezas de la clase de anatomía de nuestro querido I C L, allí con ellos posa también la momia. Cuando llegué a la clase de anatomía de secundaria ya la vi en su flamante vitrina que le mandó hacer el director el doctor Agustín Torres Cravioto.

Muchas depredaciones sufrió el cadáver momificado como

puede notarse especialmente en los pies, esperamos que ahora si descanse en paz; si pudiéramos dialogar con ella tal vez nos pediría esto, que ya no tejan fantasiosas e irrespetuosas narraciones sobrehumanas que ella nunca ha tenido culpa de sus migraciones y que lo único que desea es eso, que la dejen descansar en paz. Cuando se publiquen estas palabras me lo va a agradecer como sé que me agradece por el tiempo en que, bajo mi cuidado estuvo en la Escuela de Medicina.

Lo que sí desapareció bajo la piqueta demodadora de la reconstrucción que hicieron en 1969, con la cual derrumbaron el antiquísimo laboratorio de química para construir múltiples oficinas en la parte más occidental del edificio. Los que saben dar rienda suelta a la imaginación contaban que en ese laboratorio casi junto a una mesa de granito con gran campana de ventilación, que fue muy útil cuando se hacían ante los alumnos prácticas de desprendimiento de gases venenosos; pues bien, desde 1917 a 1919, cuando eran alumnos Pilar Licon, José Efren Méndez, Pompeyo Cravioto y Gómez Jaúregui, entre otros, y tenían acceso indiscriminado al laboratorio lleno de aparatos de kipp, retortas, matraces y balanzas, se contaba que un alumno mezcló en un vaso de precipitados varias sustancias y las disolvió, eran de esas que en elegantes frascos estaban en las múltiples alacenas y que el Gobierno del Estado compró en Francia entre 1890 y 1900, con etiqueta de “Químicamente puras” y que servían para identificar componentes en los análisis cualitativos que hacían los alumnos en muestras problema.

Se trataba en esa ocasión de un galancillo apasionado que por más versos que escribió, con la fuente de la garza como marco de su inspiración, no logró conmovir el corazón de la compañera de quien estaba enamorado perdidamente. Eran tiempos en que todos leían las poesías de Manuel Acuña para Rosario: “... Y al grito en que te imploro, te imploro y te hablo en nombre de mi última ilusión...” y el pobre galancillo que consideraba que no encontraría puerta en la vida para buscar la felicidad perdida, ingirió de un solo sorbo el brebaje que había preparado, no tardó en hacer efecto y en la soledad del

laboratorio cayó inconsciente sin que nadie pudiera ayudarlo.

Al día siguiente, al entrar la encargada del aseo, lo encontró ya sin vida sosteniendo en su mano el vaso roto que le ayudó a encontrar la felicidad más allá de la vida.

Pues bien, los fantasiosos crearon la leyenda de que la silueta del cadáver había quedado en la cerámica del piso, como un recordatorio amargo para la que lo despreció.

En 1969 destruyeron el laboratorio y sombra y leyenda se fueron al olvido.

Se dice que la Dulcinea del Toboso de Cervantes no era más que una modesta y fea “fregona”, como llamaban en ese tiempo a las mujeres de menor rango que se dedicaban a la limpieza de trastos y ropa, eso fue hace cinco siglos. También dicen que el joven estudiante de medicina que vivía en la propia escuela por su penuria, escribió sus sentidos versos: “ figúrate que hermosas las horas de esa vida, que dulce y bello el viaje por una tierra así, y yo soñaba en eso mi santa prometida y al delirar en ello, con alma estremecida, pensaba en ser bueno por ti, nomás por ti... ”

Pues se dice que la fuente de inspiración del suicida Manuel Acuña fue su lavandera, mucho mayor que él, a quien pagaba a veces con unas monedas y otras ocasiones regalándole placer.

El poeta juega con el amor y lo hace sublime o vulgar según desea.

De las que sí te puedo asegurar que eran tiernas y bellas eran las compañeritas del Insti que se convirtieron en nuestras musas y nos inspiraron los primeros versos, (o quizá los últimos que escribimos).

Hurgando en los datos oficiales he encontrado sus fotografías en el archivo del I C L, inocentes y bellas palomas que vivían en nuestro corazón juvenil.

A todos nos interesaba aparecer valiosos ante las compañeras, los deportistas tenían gran cartel, por ejemplo los hermanos Bernard, Jorge y Octavio, eran atletas natos; el mayor de ellos en el volibol era muy bueno para las clavadas o para colocar la bola en los sitios donde difícilmente la alcanzaban. Octavio era

menos técnico, pero sus clavadas eran relampagueantes.

En el fútbol teníamos las estrellas más notables jugando en dos equipos, el Instituto y el Azteca, en ellos brillaban Sotero Lozano, Rubén Porras, Fortino Guerrero, Javier de la Fuente y el mismo Octavio; al final de los encuentros la diversión se completaba con la pelea que siempre provocaba el “bola Obregón” con cualquier oponente, se repartían unos cuantos golpes y todo terminaba sin romper la amistad; la parte bonita era la entrega de las flores que hacía la madrina elegida, con un abrazo para el sudoroso “campeón”. Siempre escogían a las más bellas jovencitas de la ciudad; a continuación se iba a bañar el exhausto deportista para ir a alcanzar a la madrina y sus amigas a la nevería de moda, donde eran recibidos con admiración de gladiador triunfante. Rita, que trabajaba en ese lugar se apresuraba a servir helados y refrescos para los héroes del día.

En los campeonatos de atletismo no teníamos rival de altura, competíamos con los mineros del Centro Social Deportivo, con el Vanguardia, la Normal y el Politécnico. Como en los estudios para maestro predominaban las mujeres, había pocos competidores, los politécnicos tenían poca calidad y los mineros se presentaban a veces después de haber trabajado en la noche.

Siempre teníamos los records de salto de longitud, de altura, lanzamiento de martillo, de jabalina o en las carreras de velocidad, casi no había competidores en las de fondo.

Recuerdo a los que brillaron en los treintas y cuarentas del ya pasado siglo veinte, Manuel Rojas Corona, Tomás Martínez, Raúl Ortiz, José Escobedo y por supuesto, los hermanos Bernard.

Las madrinas esperaban ansiosas en la tribuna para premiar con el consabido ramo de flores y el ambicionado abrazo, destacaban la Chepina Duarte, la Marucha Bautista, Carmen Guadarrama, la Yaya Álvarez, Hilda Badillo, Celia Montiel y varias más que representaban dignamente la belleza de las mujeres pachuqueñas.

El basquetbol, “el deporte ráfaga” tuvo también su esplendor

en elementos como el “Terremoto” Rigoberto, el rey del “faul y cuenta”.

Sí, los deportistas, los buenos bailadores, los pillos simpáticos eran admirados, pero los que se llevaban la palma eran los buenos estudiantes, pues ellos trabajaban día con día acumulando arenitas hasta la ceremonia de entrega de premios, donde al pronunciar sus nombres eran aclamados por propios y extraños. El estudio era un valor supremo, fulano es el mejor de química, siempre sabe, además Don Pilar ya lo nombró ayudante y hasta le paga sueldo. No, el consentido de Viramontes y de Villaseñor es el Centavo Rivas, de seguro que va a ser ingeniero. En zoología con el “Ogro” ni quien lo dude el mejor es “El Cepe” estudia directo de la Pizón, pues domina el francés. Ni hablar, con Méndez en premédica el mero estelar es el Calendario García por eso lo invita frecuentemente a sus operaciones.

Por todas estas cosas los padres que ya sabían de triunfos y fracasos en la vida, veían con muy buenos ojos el que su niña del alma fuera novia de un buen estudiante.

Las materias más difíciles tenían aulas especiales, pero cuando remodelaron, las destruyeron, museo y aula de biología, química, física y se acabaron los recintos sagrados tradicionales.

Podría decirse que los estudiantes del I C L eran muy felices, amaban su escuela, admiraban a sus maestros, no hubieran soportado que alguien le faltara al respeto a uno de ellos, especialmente si ese alguien pudiera haber sido un extraño. Tenían corazón de fiesta y lo mejor que les pasaba era aprobar sus cursos correspondientes al año.

Pero allí estaba también la semilla de sus sufrimientos, debido al alto grado de dificultad que había en los exámenes, un porcentaje nada despreciable reprobaba la materia y eso obligaba a pasar las vacaciones estudiando sin tener festejos de fin de año ni descanso. Tenía que presentarse a examen extraordinario y éste solía ser más difícil que el ordinario.

Si eran dos o más exámenes extraordinarios, era doble o triple el sufrimiento en expectativa.

Si reprobaban algún extraordinario se inscribirían como alumnos irregulares y vendrían arrastrando materias de cursos inferiores que tarde o temprano les estallaban. La deserción escolar era considerable con el inconveniente de que el exalumno no estaba preparado para nada en la vida de los negocios o la tecnología. Tenían que empezar miserablemente de aprendices sin sueldo en algún oficio o irse a trabajar de peón en alguna mina, en todo caso perdían el estatus de estudiante que tanto les enorgullecía, incluyendo la posibilidad de trato con las jovencitas de mejor nivel. Quizá debíamos haber tenido cursos especiales para preparar exámenes extraordinarios, muchos que terminaron como parias se habrían salvado.

Cuando el estudiante caía estaba solo, a la ley de sálvese quien pueda, lo cual era un fraude para él, para la familia y para la sociedad.

En cambio los alumnos distinguidos, a los que caminaban sin tropiezo, todos los apreciaban y los estimulaban, buscaban su amistad como una distinción, por eso he dicho siempre: el Instituto Científico y Literario era muy elitista, sus valores supremos, el saber, la moral, el respeto y el amor eran inviolables. Era elitista porque allí enseñaban los que más sabían y sus alumnos eran, los que más rápidamente caminaban en la escala del saber.

Se seleccionaba a los que más brillaban con las luces de la inteligencia, a los demás, se les olvidaba para no ser una carga para la sociedad. En los presupuestos oficiales la educación no gozaba de grandes partidas. Las estrellas deportivas tampoco tuvieron un centavo de premio.

Los criterios que manifestaban la educación superior, llamándole así en ese tiempo desde postprimaria, eran que el que se inscribía en esos cursos debía recibir una formación totalmente científica, sí, se enseñaba exhaustivamente las ciencias; también se atendían las áreas humanísticas, pero como un papel secundario, de manera que todos los compañeros de los cuarentas y de los años anteriores en el siglo XX, el que no culminaba una carrera, sabía muchas cosas, pero nada aplicativo,

examinemos un poco: no podía trabajar en una oficina porque no sabía escribir en máquina, no sabía archivonomía, ni taquigrafía, no sabía nada de almacén o de manejo de personal. No podía trabajar en la industria que por cierto había poca, porque no sabía mecánica, soldadura de ninguna clase, tornería, trazos para hojalatería, no sabía nada de curtiduría, de instalaciones eléctricas, carpintería, tampoco sabía de construcción.

Por todo eso, cuando al joven “destripado” que había dejado la escuela le preguntaban ¿Qué sabe hacer? Dígame que sabe y trataré de acomodarlo.

- ¿ ?

Eso le sucedía en todas partes. Había aprendido ciencia pura pero no aplicada a la tecnología. Yo me pregunto ¿Qué habría sido muy difícil hacer el diagnóstico de que los jóvenes que no estudiaban, que habían dejado estudios inconclusos, eran una carga para la economía familiar y la del estado?

La solución era muy fácil: Crear escuelas de enseñanza de tecnología aplicada. Todavía a la fecha no existen, pues los tecnológicos llevan estudios para más allá de lo elemental y yo estoy pensando en los tallercitos mil usos, donde trabajan jóvenes que son soldadores, carpinteros de media garlopa, albañiles que sepan hacer trazos y puedan calcular estructuras elementales. Que todos sepan sacar superficies y volúmenes para cobrar su trabajo.

Ese error en la enseñanza costó dinero, frustración y tiempo ¿Tú qué opinas? ¿Debemos abandonar a todos los que no terminan carreras? ¿En qué escuela oficial te enseñan las técnicas del peluquero? Y todos necesitamos uno periódicamente. Podríamos seguir hablando de pintores, radiotécnicos o técnicos en televisión, etc. ahora hay algo peor, la fuga de la realidad hostil conduce a las drogas, al alcoholismo y a la delincuencia.

Perdona, te estaba hablando de lo felices que éramos los estudiantes y me desvié del tema.

Mi primera novia formal llegó al Insti procedente de la Escuela Hijas de Allende, institución educativa exclusiva para señoritas, que tenía fama por su alto nivel de preparación,

por la cuidadosa moral y pulcritud; creaba un gran espíritu competitivo y ponía especial interés en el conocimiento general y en las lenguas extranjeras.

Ella era muy alta, bella y cuando vi los documentos que entregó en las oficinas, supe que era una estudiante distinguida.

Nos elegimos uno al otro tal vez por la misma razón, yo era El Capitán General del Cuerpo Militarizado Institutense, cargo que me dieron por haber estado en el ejército y haberme retirado como sargento.

Tenía yo una pasión muy grande por la química, la física moderna y la filosofía y ella lo sabía. Yo a ella la vi como la alumna que sin estudiar noche y día, siempre sabía, por esas cualidades era atractiva, pero seria y respetable. Yo creo que no fue un encuentro casual, más bien creo que las circunstancias y la distinción nos unieron. Jamás vi una mancha en su ropa perfectamente planchada, sus uniformes no tenían una arruga y siempre los portaba con señorío.

Lo más notable y para mí bello, era verla resolver y balancear las ecuaciones químicas, las disquisiciones que tenía con el maestro de filosofía cuando ante un problema sociopolítico, las distintas escuelas filosóficas presentaban sus enfoques. Era una mujer que amaba, era una mentalidad inteligente y brillante, era una jovencilla alegre deportista y bailadora, tenía en suma, todos los atributos de la juventud y la belleza hechos mujer.

Muchos compañeros adolescentes como yo, vivían esos momentos de la vida, románticos y soñadores, de conductas caballerosas y valientes, paladines de honor y dignidad, quinta esencia de los altos valores que canta la literatura.

Todo eso no se fue, está en el recuerdo y fue parte del modelaje de la experiencia que se esculpe con el buril a lo largo de la vida, el resultado es lo que somos, lo que hemos logrado y lo que dejaremos a las generaciones futuras.

Así eran esos momentos, así los vivíamos en nuestro Instituto, estudiando porque queríamos ser sabios y eruditos, profesionistas brillantes, orgullo de nuestros maestros y de nuestros padres. Recordamos con emoción nuestro paso por

esos recintos y esos muros sagrados, donde las voces de mil juventudes están impresas, donde han quedado alegrías y bendiciones por los pequeños, pero maravillosos triunfos escolares; esas cúpulas pueden reflejar nuestras voces y crear una sinfonía que puede ser mejor que el Canto a la Alegría del Divino Sordo.

Todo exalumno hace gala de la imaginación y oye al llegar a las gradas de canteras extraídas de las entrañas de Tezoantla, escucha los cantos estudiantiles y las animosas porras entonadas para rendir pleitesía a la grandeza de la Institución:

“Era para mi filosofía, como un cuento que mi tía me contaba en la niñez, sabe que Aristóteles me choca, Anaxágoras un poco y Epicuro mucho más...”

Don Procopio pocas pulgas pone problemas peliagudos para ponchar palomitas... pasa productos pestilentes... pobre pollo por poco pierde paciencia, pidiendo permiso primero para partir...

... si esperas que me reciba, esperando te has de estar, ve sacando tú sillita... no te vayas a cansar...

Cada año, cada día de mi vida escolar es un sueño, es una ilusión que me trae el recuerdo.

Cuando cursaba el primero de secundaria las películas de moda me hacían volar por el universo de Mongo, del Emperador Ming y sus máquinas viajeras interplanetarias; siempre estaba Roldán el Temerario, el héroe que salvaba de todos los males.

Después vinieron los libros de Alejandro Dumas, Los Tres Mosqueteros que en realidad eran cuatro. Con ellos imaginábamos ser los mejores espadachines del reino. Uno era Athos, otro Portos, otro más era Aramis y yo, por supuesto, era D'Artagnan, el que llegó a ser General de los Mosqueteros del Rey.

Entre matemáticas y geografía física nos dábamos tiempo y leíamos, Veinte Años Después y luego el Visconde de Bragelone; conocíamos la fantasía de Dumas mejor que su abuela.

Ya en segundo año sufríamos con los avatares de la vida de los Miserables de Víctor Hugo, éramos Jean Valgean burlando

las acechanzas de Javert, el policía empeñado en destruirlo. Las primeras novelas de amor como *La Dama de las Camelias* y los maravillosos cuentos rusos de distintos autores.

Continuamos en el año siguiente, en tercero cuando cursamos Historia de Grecia, con las obras cumbre del fabuloso Homero, fuimos a la Guerra de Troya después de raptar a Helena, y nos sentíamos Telémaco que tanto esperó a su padre Odiseo; soportamos con éste el seductor canto de las sirenas y aprendimos que Aquiles tenía su punto débil en el talón, después en nuestros estudios de anatomía conoceríamos perfectamente el Tendón de Aquiles.

En esos tiempos conocimos al rey poeta Netzahualcoyotl y nos aprendimos algunos de sus versos que aluden a lo caduco que son las glorias humanas. Lloramos con los Mexicas la toma de Tenochtitlan que hizo Hernán Cortés; nos sentimos mártires cuando Pedro de Alvarado reunió a los nobles y los mató en el Templo Mayor.

Nos indignamos con la quema de códices que hizo Fray Juan de Zumárraga.

Conocimos de la leyenda de Don Juan Manuel que a sus víctimas preguntaba: ¿Perdone su señoría, podría decirme la hora?

- Las once usía, respondían.

Y hundiendo su estoque en el pecho de la víctima le decía:

- Feliz vos que sabéis la hora en que vais a morir

Aprendimos en literatura que muchos autores usaban un pseudónimo para escribir atrevidas misivas o románticos versos y por eso, varios elegimos un pseudónimo, alguno de los cuales se nos quedó toda la vida.

Cuando llegamos a cuarto año nuestros intereses variaron hacía la ciencia y empezamos a agotar las lecturas de los autores de física moderna y de los nuevos conceptos de química, campos maravillosos del conocimiento que sólo son para las mentes superiores que no gastan sus neuronas en la vulgaridad.

Nuestra mentalidad nos gritaba ¿Cómo puede alguien asomarse a la intelectualidad sin conocer las obras musicales

del pensamiento excelso de los autores universales?

Empezó a preocuparme el significado de la palabra educación y pronto descubrí que los programas de estudios de los centros educativos, no cumplían lo que enunciaba su nombre, pues una cosa es la educación considerada como un proceso continuado y cambiante que adapta al joven en formación a las condiciones de su ambiente y le proporciona los conocimientos y habilidades para manejarlo y otra cosa muy distinta es darle una colección de conocimientos encajonados en disciplinas de conceptos, que lo pueden conducir a coleccionarlos en su mente y hacer erudición. Estas son joyas muy ricas que el individuo posee, pero no son herramientas de conocimiento aplicado.

Allí estaba el fracaso del hombre con carrera inconclusa, tenía conocimientos incoherentes que no se aplicaban a una tecnología.

Son muchos los recovecos de la educación cuando se aprende a leer y a escribir, son verdaderos conocimientos educativos, pues con ellos expreso y entiendo lo que el ambiente me da y en esa interacción lo manejo y lo entiendo.

Volviendo al camino de la ilustración, llegué a los grados superiores 4° y 5° de nuestros estudios y las materias humanísticas nos iniciaron en la aventura del pensamiento, los mecanismos mentales que gobiernan la conducta, los que la orientan, los que acumulan saber, los que lo seleccionan y los que lo asocian, los que determinan la personalidad y luego los misterios del ser y no ser, los de la vida con sus especulaciones de su origen, sus fines, los cómo y los por qué.

Los presocráticos y los postsocráticos, porque ese ilustre hombre fue un verdadero parteaguas en la filosofía, la lluvia de escuelas filosóficas y sus ilustres representantes nos hicieron soñar y nos mostraron que el pensamiento demostrable tiene límites que sólo traspasa la especulación y esa es divina.

Nos embriagó la palabra de Aristóteles, el último hombre del que se dice que tuvo todo el conocimiento de su tiempo. Con esas ideas descubrimos que no vale saber sólo de literatura, con todo y su campo exquisito, no basta con conocer del hombre y

su diario vivir con sus teneres y sus carencias, con sus pasiones, que no es relevante saber mucho de vicios y diversiones de las masas, eso es sólo para el hombre mediocre que por más que sepa de las causas y manifestaciones de la mediocridad, más hunde sus raíces en ella.

Mis compañeros, mientras así iban transformando su pensamiento también iban transformando su alegría y sus causas de felicidad, ya todas las estudiantes de mi grado eran adolescentes y los caracteres sexuales secundarios habían aparecido en su anatomía haciéndolas más bellas. La distribución de la grasa en su cuerpo las había transformado, el timbre de su voz las identificaba y las oíamos con dulzura, sus cabelleras eran grandes y lustrosas, la mirada de sus ojos había adquirido un brillo que seducía. Por supuesto eso las había afectado a unas más que a otras.

Los compañeros eran más robustos, más musculosos, su voz ronca, su carácter más firme y su pensamiento parecía haber adquirido un rumbo más fijo.

Definitivamente mi mundo había cambiado. Los niños de traje y corbata que parecíamos muñequitos, ahora nuestra apariencia empezaba a ser de hombre, bigote y formalidad, ahora ya no éramos los niños a quienes el traje vestía, ahora nosotros vestíamos al traje.

Había en el Instituto un organismo llamado la Junta Académica, equivalente a un Consejo Universitario, formado por todos los maestros, un alumno de secundaria y otro de preparatoria. La junta era presidida por el Director, auxiliado por el Secretario de la escuela que llevaba con cuidado el Libro de Actas. Cuando la trascendencia de una decisión era mucha, el director convocaba a la junta académica para discutir el asunto y tomar una decisión colegiada, el tenía voto de calidad en los empates.

Para mí como alumno, fue una distinción que mucho aprecio el haber sido nombrado por elección de mis compañeros, representante de alumnos, primero en un ciclo y luego en el otro.

Sin embargo no todo fue miel sobre hojuelas pues aunque las discusiones eran libres, vi varios duelos del bien hablar, pero a la hora de la votación que se hacía generalmente con papeletas secretas, me sorprendía el cómputo que hacían los escrutadores, pues contra mi lógica ganaba a veces, una comisión el candidato mediocre y no el más notable, eso lo sabían muy bien los alumnos, quien era quien; analizando las situaciones llegué a comprender que a veces a los maestros se les pasaba previamente la consigna y la mayoría la aceptaba, eso provenía las más de las veces del gobernador, y el director era el instrumento aplicativo, hablaba previamente con los miembros de la Junta por teléfono o en conversación directa. Nunca recibí una consigna, comprendí que eso significaba un solo voto y no alteraría el resultado del sufragio. Tenían razón pues eran tiempos en que las novelas de caballería divinizaban personajes y el estudiante quería ser un caballero. Después los intereses cambian al individuo y su voluntad se tuerce.

Hubo ocasión en que perdimos un caso absurdamente, estábamos en quinto, cursábamos lógica, nos señalaron el texto de Romero Pucciareli, llegó el maestro con mucha erudición y nos impresionó muy favorablemente las tres clases que asistió, después su presencia se hizo muy irregular y podría decir que sus ausencias eran la regla, tal vez habíamos avanzado un 25 % del curso y el año escolar estaba por terminar, ya Don Pilar el de química había programado su examen para dos semanas después.

En reunión de alumnos resolvimos pedir a la dirección el cambio urgente del titular, era algo que consideré razonable y fácil de argumentar. El Director convocó a la Junta Académica, eso me extrañó pues estaba en sus facultades reglamentarias resolverlo fácilmente.

La sesión tuvo giros que encontré raros, el maestro de química que siempre había atacado a los maestros faltistas, se puso en contra del grupo en forma encarnizada. Yo me pregunté ¿Los alumnos son culpables de que el maestro no asista?

Otro académico dijo: no podemos ser tan radicales al aplicar

el reglamento, debemos buscar una solución.

Manning el matemático, dijo: los alumnos siempre quieren dirigir las decisiones del Instituto, ellos no tienen experiencia...

El Director pidió solución y votaron la mayoría por un curso intensivo de clase diaria los veinte días que faltaban para los exámenes, el maestro ofreció que en ese tiempo avanzaría mucho y explicó que “aunque había cobrado sus quincenas puntualmente, el dinero lo había aplicado en ampliar su biblioteca para mejor servir a los educandos” y que a partir del día siguiente estaría puntual.

Todos quedaron muy contentos menos yo, que comprendía que por mucho que avanzáramos en el curso, no pasaríamos de un 50%.

Para colmo mi compañero Hernández, Presidente de la Sociedad de Alumnos, tomó la palabra para agradecer a la Junta Académica el haber resuelto nuestro problema. Terminó la sesión y yo me quedé sin comprender nada, hasta que me alcanzó un maestro Licenciado en Derecho y me dijo quedamente: ¡Cómo eres menso, se te ocurrió pelear en la Academia contra el Presidente del Tribunal Superior de Justicia del Estado! Todos tenían que ponerse de su lado, ya es tiempo de que conozcas a los adultos.

En los días subsecuentes el maestro asistió, tenía calidad y conocimiento, pero sólo pudimos avanzar un poco, no tuvo ninguna represalia contra mí y en el examen oral obtuve diez de calificación. Ganó de todas, todas, el Lic. Perera Castillo.

Otra cosa que aprendí en mi proceso de maduración es que las causas difíciles las gana la votación de la muchedumbre.

Había tres o cuatro alumnos que aunque se habían presentado dos o más veces a examen de psicología o lógica que impartía el Director Agustín Torres Cravioto, no habían logrado la aprobación, cada vez veían más difícil superar ese escollo, entonces empezaron a urdir como darle un cuartelazo y hacerlo caer de la dirección y de la titularidad de sus materias. Pensaron en algo que ya hemos mencionado, de los trescientos alumnos de los cinco años de secundaria y preparatoria, más la veintena

de enfermería, el porcentaje más elevado correspondía a los de primer año, que eran más o menos de 110 a 120; en los cursos de segundo a quinto iban decreciendo hasta llegar a veinte más o menos, además los de cuarto y quinto eran alumnos de Agustín, lo conocían y admiraban, por lo tanto, con ellos no se contaba. Era conveniente tramar algo con los alumnos de primero y segundo, con el pretexto de una campaña política para alcanzar la mesa directiva de la Sociedad de Alumnos, se acercaron a los novatos que aún sufrían los castigos de bienvenida y a los que acababan de dejar de serlo, les regalaban chucherías que conseguían en el comercio, lápices, libretas, escuditos distintivos para la solapa; llevaban al paletero ambulante y les repartían su helada mercancía. Regalaban pases para el cine que adquirían de los empresarios Iracheta y Pineda, que regenteaban los únicos cines que había. Los saludaban de mano y les hacían sentir que eran sus amigos.

Cuando consideraron que su labor había madurado escribieron volantes difamantes que aludían a la vida licenciosa del director, su poco trato con la grey estudiantil, querían más impulso al deporte y mayor apoyo económico para la Semana del Estudiante. Lo calificaron de persona inmoral que deshonoraba al Instituto, y como acusación final mencionaban que en un acto político como era la llegada a Pachuca del Presidente de la República, había actuado bochornosamente en el baile callejero que habían realizado personas ajenas al Instituto. Aludiendo al baile de Conga en que participaron todos los estudiantes dirigidos por la guapa alumna Celia Montiel, la cual físicamente obligó a Agustín a bailar delante de ella en la inmensa columna que formó la raza estudiantil sin participación de ningún extraño.

Distribuyeron los malignos pliegos firmados por la mayoría de alumnos (los de primero y segundo) y los hicieron llegar al gobernador, el cual retiró su apoyo a Agustín; convocaron a junta académica y los fósiles presentaron la solicitud de destitución del Director por conducta vergonzosa para la Institución. Ante el alboroto organizado y los pliegos petitorios con firmas de la

mayoría, la junta votó, destitución de Agustín Torres Cravioto. Uno de los más distinguidos directores en la historia del I C L, triunfaron los fósiles.

En absoluta conciencia en aquel ambiente de carnaval que habían organizado las más guapas estudiantes, y en el que TODOS participaron ¿Tú te habrías negado a la invitación de las muchachas?

Toda la Ciudad aplaudía y yo, aunque era un chiquillo y no sabía bailar..., BAILE.

“ Tambora que más tambora que se va,
Son los hijos de Buda que se van.
Tambora que más tambora que repicá,
Bailando van los hijos de Budá...”

Esta era parte de la letra de aquella melodía que se popularizó inmensamente y que se llamaba “Conga”

Salve Agustín, fuiste grande como Director y como maestro. Tus detractores están en el panteón de los mediocres.

Un lugar de reunión para estudiar era la biblioteca con su sala grande para hombres y una menor para mujeres. Pero en algunas ocasiones, no raras por cierto, era para reuniones alegres. Las bibliotecarias Carmelita Gama, que era una gran persona y Rosario Cabrera, amiga de los compañeros de su hermano que estudiaba, y del Grillo López, trataban de ser duras manteniendo la formalidad y el silencio propios de esos recintos, pero con los pilluelos nadie puede, hubo ocasión en que Mario Ramírez Espinoza se subió a la mesa y empezó a discursar sobre la “libertad y los derechos de los trabajadores”

Lo voy a reportar Mario, lo voy a reportar, decía angustiada Carmelita. Si llega el doctor Agustín y lo ve subido en la mesa, me va a correr de seguro.

Mario siguió hablando de injusticia social y del Poder del Proletariado.

De pronto, alguien aplaudió desde la puerta, era el mismísimo director, Carmelita casi se desmayó y Mario Ramírez de un salto llegó a una silla y tomó postura de lector serio y empeñoso. Caminando hacia el interior dijo Agustín: lo espero

inmediatamente en la dirección y se fue.

Mario llegó tras él a las oficinas y cuando esperaba la sentencia grave por la violación del sagrado recinto de la biblioteca, el director lo miró a los ojos, mientras tocaba un timbre para que entrara Liduvina.

- Señorita Sánchez tráigame la convocatoria del concurso estatal de oratoria.

Rápidamente la magnífica secretaria trajo lo pedido y lo entregó. El director lo puso a diez centímetros de los ojos de Mario al tiempo que le decía ¡Inscríbase usted representando al Instituto y no me conformo más que con el primer lugar!

Mario fue a registrarse como concursante y en su momento regresó con el primer lugar, que fue a entregar a su director.

El que más hizo sufrir a Carmelita fue César Pérez Baca, era muy estudioso, pero a veces para descansar se subía a la mesa grande y empezaba a zapatear, mientras cantaba “ El Ratón Vaquero” de Cri – Cri; todos le hacían coro y más animaba el ritmo.

- ¡César, César me va a dar un infarto! Si llega el Director a usted lo expulsa y a mí me corre.

Nunca le sorprendió ninguna autoridad, pero con el beneplácito de todos los lectores cantaba y zapateaba de lo lindo. Después se volvía a sentar y seguía estudiando con mucha formalidad: “El occipital es un hueso impar y medio que se encuentra colocado en la parte posterior de la base del cráneo... limita a la derecha e izquierda con la porción petrosa del temporal...”

Después de mucho estudiar se levantaba, cerraba el Compendio de Testut, guardaba los huesos que estudiaba en las bolsas de su pantalón y salía con parsimonia. Naturalmente su apodo era el Ratón Vaquero.

Había un personaje muy sui generis, se llamaba Toño Barbosa, siempre estaba hurgando entre los libros más raros de química. Lo vi leer durante varios días con mucha atención, “la preparación industrial del ácido cítrico”; es una substancia agria que se usa con azúcar para dar el sabor agridulce de los refrescos de limón; llenaba libretas y libretas de apuntes, al final

de la jornada, las doblaba y las metía en las bolsas de su saco. Estudió varios autores, procedimientos, aplicación, costos, aguas en que mejor se disolvía; después juntaba sus apuntes los engrapaba y elegía otro tema.

Solamente se ocupaba de la parte teórica nunca los aplicaba; pero lo más raro en él, era que nadie sabía en qué año estaba inscrito, nunca aprobó química con Don Pilar, no asistía a clases, era investigador raro, tenía muchos amigos que lo acompañaban momentáneamente y se iban. Nunca tuvo novia; muchos lo admiraban otros creían que tenía algo raro. Un día desapareció y no lo volvimos a ver.

En 1946, el Instituto estaba militarizado, la guardia se relevaba cada 24 horas, eran once, estaban bajo el mando de un subteniente y tenían como consignas guardar la seguridad y el orden en el edificio, especialmente la integridad de 250 fusiles Mosquetón, Sistema Mauser que teníamos bajo resguardo supervisados por la XVIII Zona Militar. Amén de una cantidad de parque siete milímetros. Obviamente también tenían bajo su cuidado a los arrestados.

Al salir de la guardia se retiraban a sus casas, se aseaban, desayunaban y volvían a clases.

El civil no entiende fácilmente que tener bajo su cuidado 250 armas es un asunto muy delicado, pues son elementos suficientes para implementar un levantamiento contra el gobierno con dos compañías y media, o sean 250 hombres, los cuales entrenados debidamente formarían una guerrilla muy peligrosa y difícil de exterminar quizá a costa de la sangre de cientos de soldados.

Esa era la responsabilidad de los alumnos que estaban de guardia en el Insti, relevados cada 24 horas.

La calificación de los arrestos la hacía el director y generalmente no pasaba de tres días.

Con el mismo espíritu organizábamos excursiones a los bosques del Mineral del Chico un grupillo, aprovechando las vacaciones de Semana Santa o de mayo, generalmente éramos los mismos, los de la directiva de alumnos, los comandantes de compañía y dos o tres oficiales. La intendencia estaba a

cargo de Luque, él hacía la lista de las provisiones necesarias, los cigarrillos, dulces, etc. Yo determinaba los implementos de vestuario y equipo, todo lo cual era muy improvisado, los enseñé a hacer una maleta formada por lo necesario para soportar las inclemencias del tiempo y cómo sujetarla con correas a la espalda. Botas, sombrero de ala ancha, un buen cinturón, el mejor cuchillo con funda que pudieran conseguir, casi todos tenían uno en casa, una brújula, alguna lámpara de pilas, un ánfora o cantimplora, papel y pluma y por supuesto, una abrigadora manta.

Nos citábamos a las 6 horas en la escalinata del Insti y puntualmente salíamos rumbo a San Miguel Cerezo, pasando por el Cristo y enfilando rumbo a la Estanzuela o por la Sabanilla bajo la guía y comando que ejercíamos Armando Bezies y yo.

Después de salir de la ciudad por la calle de Galeana y por El Arbolito, pasábamos la Veta de Santana, donde algunos borrachitos mañaneros nos saludaban riéndose de nuestra indumentaria; tomábamos la cuesta de Tumba Burros y pasábamos por el Cristo, que ya era una mina abandonada, lo mismo San Buenaventura. Los arrieros que traían vigas o carbón, ambos de la Estanzuela, entraban a la ciudad temprano para que no les descubrieran su mercancía, esas vigas arrastradas por el camino hacían su labor destruyéndolo; en la ciudad tenían gran demanda pues costaban la mitad que las de la maderería. Los carboneros vendían inmediatamente su mercancía en los expendios, pues todos los hogares usaban carbón en los anafres o braseros de cocina.

Ya de Cerezo a la Sabanilla el camino era más fácil pues la cuesta ya no era tan pronunciada. Tomábamos el camino de la Peña del Cuervo y empezaba la bajada; el pobre Olvera que era el más sedentario se retrasaba 100 ó 200 metros con su gran sombrero de palma, su color de piel muy serio, es decir muy oscuro, y su paso lento; le hizo pensar a Quiroz que era un indio que nos iba siguiendo con aviesos fines, nos lo comunicó asustado, detuvimos la marcha, nos orillamos y cubrimos todos, con cuchillo en mano, hasta que el Ciego Nanicho lo identificó,

caminando con su paso cansino era Olvera; lo esperamos, llegó jadeando y regañando porque no teníamos consideraciones para su incapacidad.

Canciones, bromas, chascarrillos de todos para todos nos aligeraba el paso y nos hacía pasar momentos deliciosos entre la multitud de cedros blancos y arbustos variados que forman esos bosques, nos imaginábamos ser los descubridores de mundos nuevos. Algún día mi familia me informó que a caballo iba frecuentemente mi abuelo a visitar la mina que tenía en Capula, y también nos dijeron, que el padre de Nanicho, el ingeniero Paz, iba todos los días a caballo a la Mina de Arévalo. Esta información quitó el encanto de ser descubridores.

Llegamos al mirador de la Peña del Cuervo y varios dijeron viendo el maravilloso paisaje boscoso que se extendía a sus pies, que les gustaría que allí esparcieran sus cenizas. Sentados en el muro del mirador tomamos un gran descanso. El Pachón Espinoza fumó su primer cigarrillo contra mi opinión, porque le afectaría la respiración en el esfuerzo que todavía nos faltaba realizar para llegar al Chico, los dominios del famoso minero Gabriel Mancera.

Reanudamos la caminata entre hermosos y tupidos bosques, el sol apenas nos filtraba sus rayos entre las ramas.

Les indiqué que no descansaríamos más que diez minutos cada hora; a ningún fumador se le antojó prender un cigarrillo, por su respiración jadeante; era un paseo por placer pero también era una prueba de resistencia que cada uno se aplicaba.

Abreviaré el relato diciéndote que disfrutamos mucho el frugal alimento, el campamento, la fogata, las guardias en que casi todos se quedaban dormidos y el contacto maravilloso con la naturaleza, el cantar del arroyo en la cañada y el ruido del follaje mecido con el viento.

Siete días con seis noches y con excursiones hechas por roll a la cañada para traer agua o íbamos todos al pueblo, donde lucíamos desarreglados y mugrosos, también íbamos a unas peñas que escogimos de mirador, todo lo demás fueron canciones y bromas a costa de todos.

Así, sintiéndonos heroicos volvimos a la ciudad el domingo, a bañarnos a comer bien y a dormir para estar listos para la clase de las 7 a m de Psicología y luego la del temible don Pilar en química general. La rutina se restableció y nuestros compañeros y compañeras se cansaron de oír nuestras aventuras. Volvimos a la normalidad. En el futuro seríamos Olvera, Quiroz y yo médicos, Nanicho ingeniero, el Pachón Espinoza dibujante industrial, Bezies químico, Guty laboratorio farmacéutico y Luque empleado de salubridad.

Estos episodios los repetimos varias veces, nos dejaron bellos recuerdos, nunca nuestros cuchillos de monte se mancharon con una gota de sangre.

Ahora volvamos al Insti militarizado, para narrarles que el abuso tiene castigo. Una vez volvíamos a las dos de la mañana Islas Cortés y yo de una fiesta, se supone que bailábamos bien y que teníamos muy buen ambiente en las fiestas pachuqueñas, entonces decidimos aprovechar la hora para hacer una inspección a la guardia. Comprobé que el comandante de guardia, Subte. Carlos Oropeza Sosa y el Subcomandante Sgto. Chilolo Baca estaban despiertos y en funciones, el Cabo de turno Pompeyo Sánchez Richards vigilaba a sus centinelas. Todo estaba en orden.

Islas Cortés que era capitán segundo me comentó, yo, con tu permiso me voy a dormir.

- Espérate, vamos a pasar lista de arrestados y nos vamos. El Sargento Chilolo ordenó ir por el corneta de guardia para que tocara la llamada de arrestados; llegó corriendo el Santa María corneta en mano y ejecutó lo ordenado.

- Viste compadre, todo está sin novedad, yo me voy a dormir a mi casa.

- Compadre, son las dos y media y tenemos clase de siete, yo me duermo aquí. Adiós...

- Corneta de guardia, permanezca en Prevención, yo voy a ocupar su lugar de descanso.

- No, por favor no lo haga mi capitán.

- Ya te lo ordené. Repetí la orden y me metí al lugar donde

vivía Santa María, tenía unas tablas sobre bancas y dos cobijas muy gruesas, una para colchón y la otra para cubrirse, una almohada mugrosa y eso era todo. Puse mi ropa sobre la banca, mi camisa volteada sobre la almohada y aunque incómodo y con comezón me quedé dormido.

A las siete y a las ocho asistí a mis clases, a las nueve me fui a mi casa a bañar y a desayunar para regresar a estudiar “la acción de los halógenos sobre los hidrocarburos” para mi clase de las once.

Agua caliente deliciosa y ropa limpia, cuando recogí la sucia para colocarla en el cesto para lavar, me llamó la atención una manchita que había sobre mis “chones”, en la pretina, la observé y vi que se movía, la recogí junto con otras cuatro que maté zapato en mano, eran cinco piojos (vestimenti) que se me subieron de las cobijas que usurpé, no le dije nada al propietario, yo había sido culpable por abusivo, pero me sirvió de lección para no usar ropas de otros.

El uso del pulque como bebida en esos tiempos sólo estaba reservado para la gente más baja, cargadores en los mercados y boleros, entre otros, por esa razón nuestro conserje señor Anaya hacía el consumo muy discretamente a eso de las cinco de la tarde se iba a una pulquería llamada “El Morrongo”, y con catrina en mano llena de la espumosa bebida decía ¡salud! a los múltiples parroquianos del rumbo del Mercado de Barreteros. Pronto lo descubrieron algunos alumnos, lo cual remedió Anayita invitándolos a acompañarlo; uno de ellos era el Quemón Carranza, rubicundo pendenciero y coqueto jovencillo, que empezó a preferir las visitas al Morrongo que a la clase de “matemas” con él “Virolo”, pero ya animado por los blancos oxhidrilos, regresaba al Insti a la hora en que mi amiga Rosa del Vergel, después de regañar a su novio Raúl para que entrara a clase de anatomía con el doctor Méndez, vigilaba que no se saliera mientras ella esperaba la entrada a su clase de ética con Librado; el Quemón al verla sola, llegó una vez hasta ella preguntándole.

- ¿Dónde está el menso de tu novio? ¿Por qué te deja

sola? Aquí estoy yo para acompañarte.

- Vete Rafael, debía darte vergüenza, estás borracho.
- No importa mi amor, así soy más cariñoso.
- Vete que va a venir Raúl y se va a enojar. Mira ya salió de clase, allí viene.

- Tú ¿Qué buscas aquí, desgraciado?
- Acompañando a mi Rosa del Vergel, que tú dejas sola.
- Ven, te voy a quitar la borrachera...

Ni siquiera llegaron al callejón, allí en los jardines se liaron a golpes, pegándose con furia hasta cansarse.

Se despidieron con dos o tres majaderías y se fueron. El Quemón a dormir la borrachera y Raúl a regañar con Rosa del Vergel a quien culpaba de aceptar la compañía del borracho. En cierta forma tenía razón porque sus rechazos eran muy débiles.

Esta escena se repitió por lo menos seis veces, con los mismos resultados, nariz y boca rota a veces de uno, a veces del otro, a veces de los dos.

A pesar de que ella se iba a las oficinas a proteger con la Prefecta señora Lima, el Quemón se metía y la asediaba.

Un día desapareció y no lo volví a ver, también Raúl se fue a México para seguir a Rosa del Vergel, que se inscribió allá en odontología, mientras tanto él consiguió una chamba en unos estudios cinematográficos, también consiguió la amistad de varias aspirantes y no volvió a esta tierra. El señor Anaya consiguió otro trabajo y se fue.

Impactaban de tal manera los amoríos juveniles que parecían de miel, como si los hubieran cantado los mejores poetas, como si hubieran sido bendecidos por Dios para incrustarlos en lo más profundo del corazón y en la mente, para hacerlos inolvidables.

Hace unos cuantos años aproximadamente en el año dos mil se me ocurrió una investigación sobre procedimientos hechiceros en el Estado de Hidalgo, porcentaje de creencia de la gente en ellos; todo esto visto por regiones. Entonces llegué a la sierra de Tenango, donde vivía un viejo amigo exalumno del Insti, su cordialidad fue extrema, no permitió que me fuera a dormir al

hotelito del lugar, me invitó a su casa y me dio comida y cena. Antes de dormir la cascada de recuerdos nos cayó encima, pero me sorprendió la influencia que habían tenido en su vida los acontecimientos de 1942. El Juanito, no hizo carrera, se casó y se dedicó al negocio de farmacia, tuvo dos hijos médicos y una hija profesora. Me puso al tanto de sus sentimientos, afectos, ilusiones rotas y frustraciones. Me recordó a su novia del alma, Blanca Aurelia Angeles, quien fue para mí una amigueta muy querida de esos lejanos ayer. Me hizo notar que su farmacia se llamaba “Blanquita” y que su hija se llamaba “Blanca”. Me dijo que recordaba con mucha nostalgia nuestros bailes y tardeadas en el Insti, donde incansablemente nos movíamos con los ritmos de los gringos Glen Miller, Tommy Dorsey y los de aquí de México como los Violines de Agustín Lara, el “Jibarito” Rafael Hernández, Luis Arcaráz y tantos otros con sus melodías inolvidables de Collar de Perlas, Jarrito Pardo, Chatanooga Chou-Chou, Bailando en la Obscuridad, Quiéreme Mucho, y tantas más, todas suavemente cadenciosas o al ritmo de swing. Estaba tan entusiasmado que me propuso una reunión allí en San Bartolo Tutotepec.

- Mira Nico, tú te encargas de invitar a Sofía, a Rosita, a Estercita, a Aurelia, a Margarita, al Moscardón, a Pepe, a Arreguín, el Pato, el Pollo, a Palacios, contigo y conmigo completamos el conjunto, los invitas a que vengan un fin de semana, yo les pago todos los gastos de estancia, también te traes muchos discos con música de esos tiempos. ¿Qué te parece?

- A mí me parece magnífico le conteste, pero se te olvida que todos tienen alrededor de 75 años, que en vez de bailar tienen que arrastrar un bastón y que, para que sus nietos les den permiso para venir, será muy difícil, casi imposible por los muchos achaques que ahora tienen todos esos que recuerdas jovencitos en 1942.

Así de fuerte era el impacto del amor, desgraciadamente Juanito murió sin ver cumplidos sus sueños.

Ahora te voy a platicar muy superficialmente lo que recuerdo de un joven estudiante a quien le llamaban el “Silbato Silva”, éste era su apellido, pero su nombre lo he olvidado, tal vez era Sabino.

Allá por los años treintas se inscribió en el Instituto Científico Literario, no tenía un peso para sus subsistencias, entonces le concedieron la labor de mozo con horario elástico para poder asistir a clases, adaptó para dormir un cuarto que a la fecha usan para instalar los accesorios para sonorizar el salón de Actos Baltazar Muñoz Lumbier, nombre del distinguido ingeniero que fue alumno, maestro, director y personaje muy distinguido en el I C L y en la minería de Pachuca y Tlalpujahua.

Pues bien, en esa habitación que también ha servido de vestidor, camerino de artistas en las representaciones que han hecho en nuestra aula de actos, allí adaptó su mobiliario y lo instaló, era un camastro con su colchón, después por el regalo de una mano bondadosa, agregó una silla, un buró improvisado con dos cajones y su lámpara para poder estudiar sentado en la cama, medio metido en las cobijas que eran producto de otra donación. Había también un cordel sostenido por dos clavos para colgar su poca vestimenta. Te he platicado de su escaso ajuar, ahora te diré que era un estudiante muy distinguido, siempre era sobresaliente y gozaba de la confianza del bibliotecario que le prestaba libros para llevar a su cuarto, sin faltar a la prohibición de no permitir extracción de material didáctico fuera del edificio, él los tenía en su casa, pero ésta era parte del edificio, naturalmente hablo del edificio de Abasolo, pues era el único que tenía el Instituto.

El Silbato Silva, tenía verdadera devoción por el estudio, encontraba placer en devorar libros y más libros; cuando todos descansaban en los fines de semana, aprovechaba la soledad y con la silla más cómoda que encontraba en las oficinas, se instalaba en el Jardín de la Garza y leía, leía y soñaba, todo para él era una ilusión almacenada en su mente y corazón, mientras oía el reloj que marcaba el paso de la vida. Como todos hemos experimentado, cuando se es feliz el tiempo pasa volando y así

le llegó el momento en que pasó de su cuarto al salón de actos para subir al estrado, y pronunciar las palabras de despedida de la generación a la que pertenecía pues había terminado el Bachillerato de Ciencias Biológicas, le entregaron un premio por ser el estudiante de mayor promedio y diploma de bachiller.

No tenía idea de cómo iba a sobrevivir en la Ciudad de México al inscribirse en la Facultad Nacional de Medicina; pero entonces el maestro de física médica le dio una maravillosa idea ¿Por qué no concursas para adquirir una plaza en la Escuela Médico Militar?

Sabía que ese examen de selección era muy difícil, que eran muchos los aspirantes y pocas las plazas que ofrecían, pero era la solución, tendría uniformes, hospedaje y libros, todo pagado, además un pequeño sueldo ¿Un sueldo por estudiar? Eso era más de lo imaginado.

Lleno de ilusiones y de temores se presentó al examen puntualmente el día que le señalaron. Lo austero de los militares que lo examinaron, lo impresionaron mucho, en ningún rostro vio una sonrisa, de ninguna boca oyó una palabra amable; todo eran órdenes, explicaciones de procedimiento e indicación de tiempos máximos.

Al mirar a sus compañeros comprendió que casi todos estaban allí sin vocación por las fuerzas castrenses, sino como si se fueran a inscribir al año siguiente de su carrera civil, si los aceptaban bien, pero si no los aceptaban les daría igual, se irían a la sagrada Facultad y se acabaría el problema. Pero para él era vital hacer la carrera, ser Mayor Médico Militar, asegurado el costo de los estudios y después, un grado alto en el Ejército y empleo seguro. Se jugaba en ese examen todo su porvenir.

Vio las pruebas, todo era escrito, él estaba acostumbrado a los exámenes orales, pero no se arredró, los examinó con cuidado y aceleradamente fue resolviendo todos los planteamientos más fáciles, después calmadamente pensó en las soluciones de lo más difícil, le sobró tiempo, cuando revisó que todo era de su satisfacción, aunque le quedaban algunas dudas, lo entregó al uniformado con estrellas en las hombreras. Se terminó el

tiempo señalado y recogieron todas las pruebas, les indicaron que podían pasar al comedor, que el resultado de las pruebas sería dado a conocer a las seis de la tarde, apenas eran las doce horas.

Ese día no había comido nada, a pesar de lo cual apenas pudo probar el “rancho” que le ofrecieron.

En el área de estudio de los cadetes esperaron que llegara la hora señalada, los más haciendo gala de buen humor, sin mucho alzar la voz, el Silbato no conocía a nadie ni quería hablar con ninguno.

Llegada la hora se abrió bruscamente la puerta, pasaron una media docena de uniformados y con voz solemne, anunciado previamente por un ayudante, el de mayor rango indicó que leería la lista de los aceptados, que muchos más habían aprobado, pero se había elegido a los de mayor calificación y que no había recurso de apelación al resultado.

Solamente eran treinta los seleccionados, el apellido Silva por ser de las últimas letras, mantenía la emoción terriblemente para nuestro amigo.

De pronto, casi al terminar la lista allí estaba su nombre: Silva Sabino ¡Aceptado!

Después, no diremos que todo fue fácil, pues las materias tenían un grado de dificultad muy alto, además, allí estaba la amenaza de que si se reprobaba una materia y no se lograba buen éxito en el examen extraordinario, irremediablemente el alumno era dado de baja y la carrera se perdía.

Con la responsabilidad que siempre había tenido salvó todos los obstáculos nuestro compañero institutense y terminó la carrera como Mayor Médico Cirujano, después fue seleccionado para hacer una especialidad y se postgraduó en oftalmología, le perdimos el rastro cuando era Teniente Coronel, maestro de la Escuela y con una numerosa clientela particular. Este fue el Silbato Silva nuestro orgullo silencioso, alumno distinguido.

Conoció fama y fortuna, las conquistó estudiando, se olvidó de carencias.

Ya hemos hablado del “Virolo” rudo jefe de ingenieros de la

Compañía Real del Monte, originario de Guanajuato, estudió en su Universidad y al terminar la carrera vino a probar suerte a las minas de Pachuca, era muy serio, hosco y gruñón, conocía mucho de matemáticas y de inmediato consiguió una cátedra con dos grupos en el I C L. Cumplido como era, cuando yo lo conocí bajaba rápidamente por la carretera de Real del Monte al cuarto para las cinco p m, e impartir su clase, hacía más agria su expresión al venir sin haber comido, era irascible; en una ocasión sus alumnos que eran de primer año, ya cansados de las novatadas y de estudiar la demostración de los teoremas del texto de G. M. Bruño, decidieron naturalmente guiados por un repetidor, hacerle una broma inocente, poniendo un ratoncito muerto sobre su escritorio; el maestro no dijo nada ni se inmutó, levantó el escritorio con sus grandes manos y lo arrojó dos metros a un lado, jaló su silla y empezó a pasar lista ¡Arreguín, Alvarez, Bravo, Chávez...! Después inició la clase: Martínez pase al pizarrón y escribanos todos los productos importantes que usted conoce en álgebra, cosa que es necesaria para que Spínola nos hable de descomposición en factores...

En otra ocasión los pilluelos José Escobedo y el “pico chulo” Arreola, estaban sentados hasta atrás, pues no habían logrado los primeros lugares, era principio de curso, después serían de los mejores. Al sentarse notaron que la banca, que tenía tres asientos, rechinaba, entonces empezaron a moverse con intención de hacerla rechinar, esto molesto al “Virolo” y preguntó fulminándolos con su mirada ¿Qué es ese ruido allá atrás?. Se levantó el Sapo Escobedo y dijo: Es que la banca no sirve ingeniero.

- Pues si no sirve tírela por la ventana, pero no hagan ruidos.

Silencio y trabajo en el pizarrón con diferencia de cuadrados y un número que tiene exponente negativo y su conversión a un quebrado... en eso iba el buenazo del hijo del “Pollón” Ibarra Olivares, cuando se oyó un terrible estruendo de madera que se rompe en el jardín.

- ¿Qué fue eso? Preguntó Viramontes con cara agria.

- Fue la banca que nos dijo usted que tiráramos por la ventana...

No dijo nada el ingeniero, terminó la clase y se fue a la Secretaría a preguntar cuánto costaba la banca rota, y la pagó. El Prefecto Gomitos, temblaba no comprendía lo que había sucedido, la raza estudiantil reía a carcajadas.

Cuando estaba escribiendo estos relatos murió a los 93 años mi amiga muy querida, símbolo del ser, del pensar y actuar del estudiante del I C L en 1940, descanse en paz mí apreciada e inolvidable Coty Islas. A ella se debe una de las hojas del recuerdo más divertidas que estoy registrando, fue una tarde luminosa, preciosa, de esas que presagian clases agradables y luego una buena película romántica o de acción acompañado por una niña compañera si tenía suerte el estudiante de que alguna lo aceptara.

Apenas eran las 3 p m, el grupo de física se arremolinaba por el Jardín de la Garza viendo que los minutos corrían y Lagarde no llegaba, por fin en el reloj del Jardín Independencia sonó el cuarto seguido por las campanitas del Insti.

- ¡Ya no entramos, ya no entramos! Dijo la muchachada.

- Allí viene el doctor Lagarde, ya viene en las gradas, dijo Mariano Bautista.

- Pues escóndanse, dijo Coty, porque nadie entra

En efecto el maestro recogió su lista, gis y borrador en la secretaría y claudicando lentamente entro al salón, que ahora usan para segundo salón de Consejo. Las flacas figuras de los alumnos se notaban tras los postes, esperando que comprendiera la situación y se fuera. Sentado ante su escritorio ponía faltas colectivas, es decir tres a cada uno, cuando llegaron corriendo tres alumnos más retrasados que él, Edmundo Calva, la “Güera Cejudo” y el “Chachalaca Pérez”, se introdujeron al salón y se inició la clase: dice Edmundo, la Ley de Hooke establece que dentro de los límites de la elasticidad las deformaciones que sufre un cuerpo son proporcionales a la fuerza que las produce... se habló de ejemplos, de coeficientes y terminó la clase a las cuatro en punto.

El maestro tranquilo va a la Secretaría, entrega las listas, los accesorios y se va.

Capitaneados por la Coty caen como buitres sobre Edmundo y el Chachalaca, los compañeros los levantan en vilo y los lanzan a la fuente, la garza aletea las salpicaduras y ya terminó el castigo; pero faltaba alguien, las muchachas rodeaban a la “Güera Cejudo” la tomaron de los brazos, pero no se atrevían a salpicarle agua, llegó la Coty sacudiéndose el agua que le había compartido Edmundo al salir de la fuente, se agachó, tomó a la güera de los tobillos y sin recato por la falda que volaba la levantó hasta arriba de la cabeza, las demás ayudaron con el cuerpo y casi de cabeza la sumergieron. Todos se divirtieron mucho, especialmente los pilluelos que estaban atentos viendo la falda descubrir lo que el pudor cuida; los barberos sacaron a la “güerita” y le sacudían el agua de los zapatos, el Insti se estremecía por las carcajadas de la Coty, la cual se conquistó una enemiga para toda la vida.

Esa era la ancestral “ley del cuarto” que ya en el siglo XIX existía. Los alumnos sabían que en la clase siguiente el maestro iba a buscar venganza, por eso, estudiaban la clase anterior y la nueva hasta saberlas “como su nombre”. Todos se divertían y la Coty más, ese era el Instituto.

La clase de física moderna de cuarto año y la física médica de quinto las impartía el doctor Andrés Márquez y nos hacía sentir sabios de avanzada, Einstein nos llevaba de la mano por los nuevos conceptos que había establecido y todos querían ser los más distinguidos.

En la cancha teníamos un remanso jugando volibol con el profesor Alfonso García, nos decía compadres, a Pepe y a mí y nos retaba a formar un equipo contra el suyo, apostando “las aguas” o sean los refrescos. Casi nunca nos ganaba, pero también casi nunca nos pagaba. De allí salíamos sudando a clase de música con la señora María de Jesús Rodríguez viuda de Valdés, era un encanto de viejita que nos ponía a cantar las tonadillas de moda mientras nos acompañaba al piano. Cantar o hacer como que cantábamos junto a la novia era delicioso.

Había frases en el ambiente que siempre se oían, por ejemplo los jueves en la mañana: ¡Préstame p'al matiné! (función de cine matutina) o en cualquier momento, ¡Dame las tres mano! (convídame de tu cigarrillo antes que te lo acabes).

- Anda al billar y préstale al Jero, porque está empeñado.

Aparte de los dos cursos de música con clase semanal, teníamos las prácticas que hacían los aprendices de música clásica al piano, Olivera, de la Fuente, el Bomba Figueroa y otros ya mencionados a veces, teníamos por la tarde un aparato de sonido que conseguían los fósiles y cuyas bocinas colgaban en los extremos del corredor grande, bailábamos de 5 a 8 p m; teníamos también los bailes formales con buenas orquestas, los liceos literario-musicales, las voces de los grupos de muchachas que cantaban todas las tardes en las escalinatas, las serenatas que llevábamos a nuestras novias o pretendidas, total, nos pasábamos la vida entre música.

También pasábamos mucho tiempo en actividades deportivas y luego para estudiar teníamos que robarle horas al sueño. Ese hábito de estudiar de noche se nos arraigó tanto que en este momento cuando estoy hablando con ustedes es la una de la mañana.

Los mejores ingenieros enseñaron matemáticas, mineralogía, cosmografía y hace años también física y química. Todos los maestros titulares de las materias, eran los más competentes que había en la ciudad.

Por esos años de 1938 a 1948 también teníamos directores de lujo, primero Agustín Torres Cravioto, médico, cirujano, obstetra y clínico, además artista del buen pensar y del bien hablar; después Ricardo García Isunza, médico oftalmólogo, maestro sin par de botánica, zoología y biología general. Como pasatiempo tenía el estudio de la filosofía y de los clásicos de la música, con predilección por Beethoven, Bach y Rachmaninof.

Había tantas estrellas, que buenos directores también podían haber sido seis o más maestros.

Llevábamos el mismo plan de estudios que la Escuela Nacional Preparatoria y hacíamos los cambios que ellos hacían,

eso tenía por objeto facilitar la reanudación de estudios para los jóvenes cuyas familias se iban de Pachuca a México o viceversa.

Nuestro prestigio era tan grande, que al recibir nuestros papeles en las oficinas de la UNAM no los examinaban, simplemente los enumeraban y los daban por buenos, eran del Instituto Científico y Literario de Pachuca.

Por el grado de dificultad no abundaban las calificaciones de nueves y dieces, pero un promedio de ocho era magnífico. Había muchos timbres de orgullo para los buenos estudiantes, pertenecer al I C L, tener de novia a una joven buen estudiante, jugar algún deporte como futbol, basquetbol o volibol y practicar alguna prueba de atletismo, todo eso significaba la chamarra con siglas en la espalda y el escudo en el pecho, los llevábamos con presunción, con orgullo. Los fósiles procuraban vestir saco y corbata para mimetizar su calidad.

El profesor Reinaldo Gómez era el Prefecto de alumnos y se pasaba la vida recorriendo el edificio con una libretita en la mano, donde escribía los nombres de los mal portados para reportarlos ante el director, lo cual nunca hacía; podemos decir que los jóvenes estudiantes respetaban puntillosamente a sus compañeras, a los maestros, la integridad del mobiliario y enseres propiedad de la Institución, los libros de la biblioteca y los aparatos de los laboratorios. Nunca se escribía o dibujaba en las paredes, aunque si reconozco que al terminar la escalera de caracol para subir al observatorio, en el techo había una multitud de “recuerdos” que inexplicablemente escribían tan alto. Para los años que describimos había unos que yo creo que eran ya respetables, pues databan de antes de 1900 y estaban firmados por los nombres de quienes ya eran viejos maestros, o bien habían muerto, algunos con prestigio estatal o nacional. Desgraciadamente quienes tuvieron a su cargo las obras de restauración y remodelación en años posteriores, entre ellos Devereaux, los mandaron cubrir con pintura acusándolos de arte rupestre, sin valorar su antigüedad; otra barbaridad de los innovadores fue el quitar las flores de lis hechas de barro cocido, que coronaban el exterior del observatorio, por la importante

razón de que algunas estaban rotas, entonces fue más fácil quitarlas que restaurarlas.

Al construir el Teatro de la Garza en lo que fue la cancha y antes el Jardín Botánico que tenía muchas especies vegetales, destruyeron también el Museo de Biología, arrojando a la basura los cientos de especies zoológicas que había, destruyeron la antigua escalera de acceso, donde antiguamente, en el Hospital de San Juan de Dios, estaban las habitaciones del personal monacal. Mi amigo el arquitecto Rojo que obedeció las órdenes, encontró allí una lápida de cantera de 40 por 60 cm que decía: “Que Dios nos perdone”, muy alusiva al criterio de los renovadores. Hacía falta aulas ¿Por qué destruyeron el aula de biología, el laboratorio de microscopía y el museo? Hubiera sido inteligente reasignarles funciones, pero deseaban borrar un nombre en la historia del I C L.

La cancha estaba ocupada a mañana y tarde ¿Por qué la destruyeron? Decía Pilar Licona ¡Asnos Señor el favor!

En mi tiempo de preparatoriano una de las cosas más bellas de mi vida sucedía, era ayudante de la clase de Química, encargado de preparar los aparatos para realizar las prácticas del día siguiente a las 8 a m. Matraces, mecheros, tubos de desprendimiento, tubos refrigerantes, frascos lavadores de gases y recipientes de recepción, todo tenía que estar preparado perfectamente, sin fugas ni faltar un componente. Todo montado en la gran mesa donde el maestro sólo tenía que abrir una llave o depositar una sustancia para iniciar la reacción ante los alumnos sentados en tres filas de gradas, todos verían perfectamente. A veces bastaba utilizar un tubo de ensaye y un mechero, lo pasaba rápidamente Don Pilar frente al rostro de los alumnos diciendo: ¡El que quiera oler que huelga y el que no, que se haga guaje!

Recuerdo el asombro que se producía en los noveles al ver como líquidos incoloros cambiaban a bellos colores, desprendían gases, o se producían precipitados que con otras sustancias se redisolvían. Exclamando Don Pilar, a ver m'hijito, de la segunda fila, el que se está comiendo la goma del lápiz, ya vio

lo que pasó en el tubo, o en el aparato, ahora escríbalo en el pizarrón, pero aprisita, aprisita porque se nos va el tiempo ¿No puede? Entonces que lo haga su compañera, decía señalando a alguna, y a usted le advierto que no va a pasar (quería decir no va a aprobar el curso). A ver Hernández dicte usted a su compañera.

- Pus...

- Escriba usted pus señorita. Les hago notar que estamos a fin de mes y estoy calificando. Usted señor Olivera...

Periódicamente sesionaba la Junta Académica como dije, convocada por el Director, para mí era un gran honor reunirme con los maestros a discutir con voz y voto.

Para citarse la palomilla, había tres lugares preferidos, el primero era para una cosa informal o deportiva, se decía por ejemplo: nos vemos en las gradas a las diez...

Esa era para ver algunas muchachas con intenciones de coquetería; otra, nos vemos en la puerta de “Kikos”, que era la nevería de moda para llevar a la novia o para ver a las niñas guapas al salir de misa los domingos.

El otro sitio de reunión era generalmente para ir a una fiesta, - nos vemos a las 8 en el Majestic, era el billar exclusivo para estudiantes al que se asistía para jugar o para concertar aventuras, estaba frente al teatro Bartolomé de Medina.

Ya por esos días había cerrado sus puertas El Club Pachuca, el más elegante, allí se hacían bailes “Blanco y Negro” a los que asistía la “crema y nata de la sociedad pachuqueña” y, por supuesto algunos estudiantes colados, con el imprescindible traje negro que todos teníamos y con los zapatos que a veces escondían un agujero en la suela, pero como siempre, ellos ponían lo agradable del ambiente bailando con los pasos nuevos del charleston, del fox trot o del blues.

Ya el Casino Español de las calles de Matamoros, había sentado sus reales y era el centro favorito de los elegantes y de los políticos.

Las mujeres muy tímidamente empezaron a inscribirse en el I C L, eso sucedió hacia los años de 1912, al inaugurarse

los cursos de telegrafista, podríamos decir que fueron tomando confianza y ya en los años de 1925 – 1926, estaban terminando la preparatoria seis u ocho elementos femeninos. El ambiente empezó a ser más dulce y agradable, aparecieron los noviazgos, alguno de esa época fue el de Jorge Quiroz y Julia Ríos, se casaron y fundaron una familia vieja. Algunos coscolinos como Andrés Márquez y Alberto Zoebisch andaban de flor en flor, y, como eran estudiantes estrellas, encontraron en ellas más inspiración.

Continuó aumentando el número de guapas, la sociedad pachuqueña sabía que los alumnos del Insti eran el demonio, pero aprendieron también que era un semillero de caballeros y no olvidemos, que al caballero lo hace la dama. Así que ellas eran apreciadas, respetadas y admiradas, pero había algo que el ambiente provinciano machista no creía, que ellas podían compartir y llegar a tener la calidad masculina; las mujeres tardaron en poder demostrar que si bien la mente femenina es distinta en matices emotivos, afectivos y de delicadeza, en lo referente a inteligencia, memoria y espíritu creador, eran tan buenas o más que los hombres.

La lucha fue lenta y callada, ellas fueron superándose año tras año, lo primero en que destacaron fue en los deportes, carreras y juegos de cancha, tenían varias luminosas estrellas, apoyadas por doña Eleonora Iturbe de Spota, la maestra de deportes; entre las más destacadas fueron Belia Martínez, Celina Cruz, Cata Urive, Morena Ortega, Rita Sánchez, Chepa Acuña, Chelo Gómez, Chepa Martínez y muchas más que podemos considerar pioneras defensoras del sexo femenino en la lucha por la equidad de género. La verdad es que ellas no competían por ser iguales o mejores que los hombres, ellas competían con otros equipos de la ciudad por el gusto de practicar un deporte con calidad.

Por fin llegó el año de 1944 y en la premiación de los alumnos más distinguidos, una mujer brilló como estrella, el premio máximo que se otorgaba en el I C L era “La Medalla Rotaria”, medalla de oro cedida por ese Club, al alumno del I C

L que en los cinco años de estudios nunca hubiera reprobado una materia, lo cual era muy difícil de lograr, pero como si fuera poco, tomando en cuenta el grado de dificultad de los exámenes, debía tener el mayor promedio de calificaciones de secundaria y preparatoria juntos, entre todos los alumnos de la generación.

En ese año de 1944, triunfando ante sus compañeros hombres y mujeres, Sofía Olivera López con mucha ventaja fue la ganadora de la apreciada y honrosa presea, fue la primera alumna que la ganaba, con modestia, sin hacer alarde de nada. ¡Una mujer era la mejor estudiante de los cinco años en el I C L! Y esa mujer era normal, su novio Jorge Bernard la llevaba al cine, a los espectáculos deportivos, bailaba, era simpática, buena amiga y además, de todo eso, era muy estudiosa.

La lucha por altos promedios, en el Insti, era llevada calladamente entre los alumnos más distinguidos, era, examen tras examen, materia tras materia, año tras año y las diferencias solían ser de decimos de punto y los primeros lugares variaban con cada prueba; desde entonces las mujeres fueron de los punteros junto al “Bomba” Figueroa, María Cecilia Rico, Esperanza Ortega y otras, luchaban por esos lugares. Así se inició la demostración de la equidad de género que hicieron las mujeres.

Hoy hay escuelas que tienen más mujeres que hombres, ya a nadie le parece extraño lo difícil fue el principio.

Ahora para introducirte en el ambiente de una clase de las que exigían más esfuerzo te invito a que me acompañes a:

UNA CLASE DE QUÍMICA, EN 1946, CON LICONA OLVERA:

Son las diez de una mañana, pródiga en luz como suelen ser las de julio. Estoy entrando al edificio del I C L. Vengo de casa de tomar el desayuno, después de mis clases de “Perfeccionamiento” de Español con Ibarra Olivares y de Parasitología con García Isunza; me dispongo a encontrar un lugarcito donde estudiar la clase de química del Carbono, que tendremos con Don Pilar Licona Olvera dentro de una hora.

¡Qué bonito es el viejo edificio de nuestra alma mater!

¡Qué bello colorido le da el continuo desfilar de caras juveniles!, subiendo las gradas unos, bajándolas otros, acompañando a una chica a quien le llevan los libros, o en medio de una palomilla en gran alharaca. Allí en la biblioteca, unos ríen a carcajadas, mientras otros estudian adustos; un silbido en la escalera, una picardía sonora, un requiebro que alude a la bien hechura femenina, un deportista que sube corriendo a la cancha. El Sr. “Gomitos” haciendo un reporte de mala conducta que nunca llega a la Dirección; las secretarias, tejiendo ante las ventanas mientras llega el Director; la Prefecta, Sra. Lima, platicando con las damitas o poniendo en el tablero un “Aviso”; los alumnos de primero que ya olvidaron las “perradas” de una injusta novatada, salen en grupillos de sus clases alborotando y corriendo mientras un maestro -con polvo de gis en las mangas-, sale del aula rodeado de “barberos” y preguntones. Los que ya son de segundo, o de tercero en adelante, parecen gentes mayores; usan corbata y saco y se les ve con frecuencia hablando con su maestro; a mí siempre me han parecido sabios de media hechura.

Estoy en el corredor caminando de un lado a otro, con mis apuntes de química que trato de bien entender; la algarabía ya se fue; inundó como una oleada cuando salieron de clase, pero se

perdió de prisa y todo quedó en silencio; sin embargo, no estoy solo: en las bancas instaladas cerca de la pared, cuatro o cinco parejitas de jóvenes enamorados simulan estar estudiando, mientras con brillo en los ojos contemplan a la novia blanca o al imberbe galancillo. Tal parece como si estos embriones de gente culta quisieran juntos estudiar, para acelerar el aprendizaje con su frecuencia cardíaca.

Después de varias vueltas con paso parsimonioso musitando fórmulas y nombres de autores raros, reacciones de identificación y balanceo de ecuaciones, veo que la banca del fondo se encuentra desocupada. Dirijo hacia allá mis pasos, saco pluma y papel para continuar estudiando:

“Fenoles... fenoles son los cuerpos que resultan de substituir los hidrógenos del anillo bencénico por oxhidrilos esto ya lo vimos, sigamos adelante: “con pentacloruro de fósforo dan fosfatos de arilo, cloruros de arilo y ácido clorhídrico”. Hay que recordar lo que dan los alcoholes con dicho cuerpo - ¡Vaya!, pues eso sí que no recuerdo, será mejor que se lo pregunte a alguien, pero ¿A quién? ¡Ya sé! Al compadre Pepe; me dirijo a él, que se encuentra en una de las bancas vecinas contemplando en su novia... los apuntes en que estudia.

- Compadre, ¿Te acuerdas qué dan los alcoholes con pentacloruro de fósforo?

Se lleva la mano a la boca como tapándola para concentrar las ideas y me responde:

- Pues yo sólo me acuerdo que con Cl^2 dan aldehídos o cetonas, pero no me acuerdo qué dan con pentacloruro de fósforo.

Le agradezco su respuesta y me quedo pensativo, deseando no tener la mala suerte de que este antecedente me lo vayan a preguntar. Vuelvo sobre el libro cuando Pepe interrumpe – Y tú, ¿Te acuerdas compadre, que reacción hicimos para diferenciar un alcohol de un tequila?... Este Pepe Islas Cortés con sus vaciladas...

Así se pasó la hora entre el estudio y las preguntas; unas hechas en serio, y otras, expresando bromas. Las 11 ya van a dar

y encaminamos los pasos rumbo al laboratorio, ya que al entrar Don Pilar cierra tras él la puerta y... el que no llegó, se quedo afuera. Vienen todos de prisa: “la Márgara jalando a Cari, viene toda agitada saludando a la palomilla, la Tere con Lupe Bravo, el Bananas y el Cazuelas, el Calendario y el Hueso, el Dedo y el Acevedo, Zigler y el Toto Olivera, el Flaco y el Caramelo, los Serrano y Jorge Martínez, etc”. Todos leyendo a hurtadillas lo que pueden del tema de hoy, pues el viejo se disgusta con los que estudian a última hora, porque dice que no aprenden. Yo estoy muy optimista y creo que sé bien la clase, aunque... ¿Quién sabe? Pues con este energúmeno no sabe uno por donde sale.

Allí viene ya Don Pilar, ya se le oye sonar sus llaves y aparece su figura con una revista en las manos, mientras cabalgan los lentes en la punta de su nariz, permitiendo por encima, con el mayor disimulo, observar a su alrededor quién viene, quién va, quién habla, quién tiembla y quién tras de una columna atisba mientras el pasa. Viste un traje café, manchado por todos lados, y un sombrero, bajo el brazo, que hoy no dejó en su coche (Hudson azul último modelo) como otras veces hace. Semblante de indiferencia, eso es lo que aparenta, cuando en realidad es todo lo contrario, pues está observando a los alumnos, para después, en la clase, criticar el menor detalle.

Pasa Don Pilar entre las dos filas, en el silencio que sólo interrumpe el tintineo de sus llaves; abre el viejo candado de la rejilla de madera y sigue caminando a lo largo del laboratorio, hasta llegar al aula que se encuentra al fondo. Coloca bruscamente la revista que leía en apariencia, sobre la mesa de trabajo; esta mesa está desteñida, manchada y llena de frascos de todos tipos y tamaños, también hay gradillas, tubos de ensaye, etc.

En tres filas de butacas, frente a él, nos acomodamos rápidamente los alumnos, que más que caminar parece que nos deslizamos para no hacer ruido y llamar la atención. Cada quien tiene un lugar desde el principio del curso y generalmente no lo varía, facilitando a Don Pilar su localización. El último que entra cierra la puerta del aula y todos permanecemos quietos en

nuestro graderío, mirando al pizarrón o a la mesa y sus reactivos; Don Pilar se dirige a una repisa de granito que existe en el fondo del aula y, de una gradilla abarrotada de frasquitos de reactivos usuales en clase, empieza a escoger los que necesita y regresa a la mesa con ellos entre los brazos, acabando de manchar el traje; los coloca descuidada y bruscamente sobre la mesa, coge la lista, se busca en el chaleco un lápiz, sigue buscándolo en su saco y por fin, decide pedirlo al alumno más próximo. Con una voz que parece sinfonía de sonidos guturales empieza a pasar lista; gracias a que los alumnos sabemos de memoria el orden en que nos encontramos, contestamos oportunamente a cada sonido pujante del maestro. Adivinamos por lo tanto, y se inicia el rosario de “presente” empezando por Alvarez y siguiendo Acevedo, Arreguín, Bravo y así sucesivamente hasta Zigler, que es el último de este heterogéneo grupo de alumnos. Sin embargo, en esa ocasión no llegó al final de la lista pues al llegar a “Martnz”, en vez de contestar Jorge contestó César, que entra por primera vez (Julio) en este año escolar y es repetidor; así pues, nuestro visitante, al medio entender el apellido, creyó que era el que había heredado de sus ilustres antepasados y contestó “presente” con inocencia, con énfasis, como diciendo ¡Ya estoy aquí! ¿No les da gusto verme? ¡Lástima que el maestro no lo haya sabido entender así! Y que con los lentes moviéndose en su cabalgadura y con voz, ahora sí, muy clara, clavándole la mirada de sus pequeños ojos y arrojando a un lado la lista que tenía en las manos, le dijo:

- Es realmente falta de sentido común, comprobando una vez más que es lo menos común que existe, el pensar qué, al decir Martínez a media lista, pudiera referirme a usted. Se inscribió usted ayer y la lista está hecha desde el principio del mes, por lo tanto, es lógico que su nombre estará al final, que es el lugar que realmente ocupará en la clase, es decir el último y desde ahora mismo, le participo a usted que no va a pasar, como también se lo dije el año pasado, cuando, como ahora, pensó usted que aun entrando a medio curso iba a “pagar” la materia; pero se equivocó usted entonces y se equivoca ahora.

Si lo que usted busca al contestar a la lista cuando no se le llama, es tomarnos el pelo, está usted en muy grande error, pues tengo 18 años de profesor y usted está muy chiquito para lograr su propósito. Es mejor que vaya usted buscando otra cosa a que dedicarse, porque le repito: ¡No va a pasar!

Por los ademanes, por la intensidad creciente de la voz y el tono en que lo dijo, no había duda sobre la suerte que esperaba a este pobre diablo, que había tenido el pecado de decir “presente” cuando no se referían a él, sino a Jorge Martínez; allá en su lugar de la tercera fila, a medida que se desarrollaba el sermón, fue sintiéndose cada vez más pequeño y hubiera querido desaparecer, pero no encontró cómo. No contestó una palabra y más le valió así, pues no teniendo Don Pilar respuesta, tomó bruscamente la lista, terminó de murmurarla una vez hecho lo cual la puso en un folder y la arrojó a la mesa, devolvió el lápiz a Fernando Serrano, que es quien se lo había prestado y, volviéndose nuevamente hacia César Martínez, le dijo con tono grave y cortante: ¡La clase - - - ! El interpelado bajó de su asiento con movimientos rápidos, lo que hizo que tirara la pluma del Toto Olivera al pasar junto a él; se colocó en un extremo del pizarrón con cara de gran duelo, tomando entre sus manos temblorosas el gis y el borrador, empezó con titubeos y por fin, pudo decir:

- Vamos a hablar de ...
- No bien había dicho eso cuando ya replicaba Don Pilar
- En primer lugar, borre usted si no le es molesto, y si lo es, lo haremos nosotros para que usted no tenga ese extenuante trabajo.

Lo decía al tiempo que caminaba hacía él y, quitándole el borrador de la mano, siguió diciendo:

- Querrá usted decir que vamos a tratar de ... porque aquí no acostumbramos hablar mal de nadie.
- (De nadie que no esté vivo, murmura atrás de mí “el Hueso”)

Termina de borrar Don Pilar y, golpeando el borrador sobre la mesa, a través de una nube de polvo se dirige a su silla en el

extremo opuesto al que ocupa nuestro pobre visitante, a quien instiga a seguir o, mejor dicho, empezar la clase con un ...

- “Ad-lante” señor lo estamos escuchando, lo estamos escuchando, lo estamos escuchando.

- Pues vamos a tratar de los fenoles y empezaremos por decir que hay tres fenodioles que son el orto, el meta y el para; además existen los trifenoles y el exaóxibenceno.

- Y, ¿Por qué no menciona los fenotetroles y los fenopentoles? ¿Qué no existen?

- “Pus”, no..., no...

- No, no, no sabe usted nada y no sabe, porque no estudia.

- Es que... no lo traen los apuntes, doctor.

- Pues sepa usted que aquí no es cátedra de apuntes, sino de química, o qué, ¿Se va usted a examinar de apuntes?, ¡No señor, se va a examinar de Química Orgánica! Lo que debió usted decir es que, aquí, no tratamos de ello porque este es un curso de Química Elemental y no abarca su estudio.

Atrás de mí oigo al “Bananas” Rubio que murmura “este p... viejo cree que somos adivinos”.

Don Pilar continúa: - Haber, se –ñor, escriba usted la fórmula de los fenodioles.

El gis tembloroso se deslizó por el pizarrón escribiendo o dibujando, con turbación, las fórmulas pedidas, mientras atrás le gritaban.

-¡Aprisita! ¡Aprisita! Con que hidroquinona, pirocatequina y resorcina. Ahora díganos usted, ¿Por qué se llama pirocatequina?

Un significativo silencio siguió a esta pregunta y, acto continuo se levantó Don Pilar de su silla y, dirigiéndose a la tercera fila, empezó por la izquierda diciendo:

- Vamos a pasar revista: a ver, ¿Qué sabe el señor Oro –peza...?

- Pues... piro, quiere decir fuego...

- Lo felicitamos señor, porque los sabe, pero no nos ha dicho que quiere decir pirocatequina. A ver el que sigue... a ver el otro... a ver usted...

Mientras el dedo inquisidor señala uno a uno los alumnos,

estos van poniendo cara pálida y de estupor y apenas aciertan a mover la cabeza, hasta que uno pudo balbucear.

- No...

- ¿No qué? ¡No estudian es lo que pasa!

Y continúa su desfile de dedo frente a las caras de quienes sienten el cuello oprimido, la boca seca y hasta se llega a creer que el corazón asciende y desciende en la cavidad torácica...

Cuando ya ha recorrido dos filas sin obtener respuesta, exclama: - Recuerden que es fin de mes y que estoy calificando.

Como si esta expresión hubiera abierto la puerta de la reminiscencia de Fernando Serrano, que se encontraba frente al dedo, con voz aguardentosa respondió, no sabemos si por casualidad, o por saber, algo que dejó satisfecho al maestro, pero que yo no oí, y que preguntaré a Fernando cuando salgamos, porque si lo hago aquí me caerá un baño de agua helada, tal vez diciéndome: “este señor hace como que no oye sólo para llamar la atención y, si lo que quiere con eso es presumir de lo que sabe, le vamos a demostrar que no sabe nada...” mejor me quedé callado.

Después de la respuesta vuelve Don Pilar a sentarse diciendo al alumno que está en el pizarrón:

- ¡Ad-lante señor!

- ¡Borre usted!

El pobre Chícharo Martínez no acierta a actuar pues, por su estado emotivo, no entendió la orden, por lo que pregunta:

- ¿Mande usted?

- Aquí no mandamos a nadie, pues tienen ustedes desempeñando la cátedra a un personaje como ustedes, peor aún, más viejo y con todos los errores que ustedes quieran; por lo tanto, sólo rogamos o suplicamos a la distinguida persona que tenemos al frente, que nos haga el favor de borrar el pizarrón, ¿Sería usted tan amable?

La ironía de las palabras de Don Pilar tiende a hacer que el alumno desarrolle un sentimiento de culpa y de inferioridad, pudiendo así mejor manejarlo. En realidad el viejo, me platicó una vez que duerme poco, que se despierta de madrugada para

leer sus clases, que deja todo compromiso, aun a veces de tipo profesional, para cumplir con sus clases; eso indudablemente nos indica como esconde en el fondo el amor por la cátedra.

Como César ha tomado el borrador y lo resbala por el pizarrón con timidez y lentitud, se impacienta Don Pilar y exclama:

- ¡Cuándo se viene a clase ya se comió una charamusca y un emparedado, además ya se echó un alipuz para tener fuerzas siquiera para borrar! Con que aprisita señor, aprisita que se nos va el tiempo; díganos ¿Qué reacciones comunes tienen la resorcina y el fenol?

- Pues con el cloruro férrico...

- Con el cloruro férrico nos da... bueno, aquí tenemos un tubo de ensaye con solución de resorcinita a la que agregamos solucioncita de cloruro férrico y nos da...¿Qué espera usted ver? (esta pregunta la hace cuando va a dejar caer el cloruro sobre la resorcina) y escondiendo rápidamente el tubo de ensaye en la manga se queda interrogándolo con la mirada, medio agachado para poder verlo por encima de sus lentes.

- Una coloración rojiza

- Rojjiiza... ¿Pues de qué color es el reactivo de Uffelman?

- Vi... vio... leta.

El maestro parece aceptar la respuesta y dirigiéndose al grupo saca su escondido tubo, al tiempo que dice:

- Con que, entonces, el señor nos va a escribir en el pizarrón esta reacción, mientras mostramos a ustedes que la coloración es francamente violeta, como en el caso en que usamos fenol.

Mientras habla va pasando frente al grupo poniendo el tubo a 5 cm de la nariz de los alumnos de la primera fila.

- ¿Qué otra reacción común con el fenol tiene la resorcina? Pregunta Don Pilar, parándose tras su silla y metiendo los pulgares entre el chaleco y el cuerpo a la altura de las axilas, observando lo que ha escrito el alumno y esperando la respuesta.

- Pues la resorcina da también la reacción de Riemer Thienan.

- Muy bien, pida lo que necesite para hacerla.

- Necesito una solución de resorcina.
- ¡Aquí la tiene usted! (le da unos cristallitos como del volumen de una cabeza de cerillo y un enorme botellón lleno de agua).

- Necesito cloroformo.

- ¡Aquí lo tiene! Le da una botellita.

- Y necesito potasa.

- Conque potasa...bueno... ¡Aquí la tiene!

Le da un frasco de carbonato de potasio.

- No, ésta no es potasa.

- ¡Sí, señor! ¡Es potasa!, olvida usted que la potasa es el K_2CO_3 y lo que usted quiere es KOH o sea potasa cáustica.

- Bueno... ¡Aquí la tiene! (Dándole un frasco con solución de KOH).

- No, debe ser en lentejas.

- Pues está usted equivocado señor, porque el hecho de que el comercio venda la KOH en lentejas no quiere decir que a fuerza deba ser así. Debe ponerse un fragmento de KOH, sea lenteja o no.

Aquí la tiene usted, sáquela con la mano. Le destapa un frasco de potasa cáustica en lentejas y se lo presenta: El Chicharo Martínez, duda en meter la mano; pero temiendo ser regañado por miedoso o indisciplinado, extiende la mano para sacar una lentejita, cuando lo detiene la voz de trueno que le dice:

- Ahora dese un tope en la pared y luego se tira por la ventana.

El alumno no sabe qué hacer o decir y se concreta a mover la cabeza.

- ¿Por qué no lo hace? El alumno no debe ser un eunuco mental, pues no todo lo que se manda debe hacerse y la cabezota le sirve para pensar y distinguir lo que se debe de lo que no se debe. Por lo tanto, la KOH no se toca con la mano porque es cáustica. Le dice al tiempo que mete la mano al frasco y saca una lenteja con los dedos para depositarla en el tubo de ensaye.

En ese momento se oye el ruido de un lápiz que cae, por lo que se vuelve Don Pilar diciendo:

- ¿A quién se le cayó el chupón?
- F....., fue m..... mi lápiz, doctor (responde desde la tercera fila el “Hueso” Reyes)

- El señor hace ruido para llamar la atención y, como querrá lucirse, le daremos oportunidad. ¡Pase al pizarrón! ¡Háganos el favor! Y usted, señor Martínez, puede sentarse.

- Ya tiene usted lo necesario para la reacción de Riemer Thienan con la resorcina; le damos a usted tres minutos para hacerla y, si no la hace en ese tiempo, le ponemos cero.

El “Hueso” es decir Cecilio Reyes, toma el tubo de ensaye que tiene la lenteja de KOH y le agrega el cloroformo y la resorcina, se queda mirándolos fijamente; Don Pilar mira su reloj, y al cumplirse los tres minutos, le arrebató el tubo de ensaye al de la ósea figura y le dice:

- Se acabó el tiempo y, como aquí no vemos nada, tiene usted cero.

¡Vamos a pasar revista!

Se dirige a Fernando Serrano, en la primera fila.

- Ahora, ¿Qué hacemos, se-ñor?

El interpelado se acomoda en su asiento moviéndose para todos lados; une la pluma al casquillo, lentamente, y termina por no contestar; entonces el dedo inquisidor se posa frente a “Cari” Ruiz, que permanece callada como una tumba; luego frente a “Márgara” Mazzotti, que responde gesticulando:

- Pues... se calienta.

- Si, señorita, se calienta. Pida lo que necesita para calentar el tubo, señor Reyes.

- Necesito una lámpara de alcohol.

- ¡Aquí la tiene! (se la da sin alcohol).

- Pero, con alcohol.

- Aquí tiene el alcohol (le da una botella grande llena)

- Ahora un cerillo.

- Aquí está un cerillo (le da un cerillo sin caja).

- Pero con la caja, para prenderlo.

- Lo que debe usted pedir, señor, es una llama, y se evita que hagamos tanto rodeo.

Coge Don Pilar el tubo y empieza a calentarlo en la lámpara de alcohol, preguntando a Margarita:

- ¿Qué tanto calentamos?
- Hasta que hierva.
- No, señorita, se debe tener cinco minutos hirviendo, pero vemos que no aparece nada.
- Venga usted a sostenerlo.

Margarita se levanta rápidamente y coge la pinza del tubo entre el pulgar y el índice y va a ponerlo a la llama, cuando Don Pilar le cierra los dedos haciendo que se abra la pinza y el tubo caiga rompiéndose.

- ¿Ya vio, muchachita? ¡Ora lo paga!
- ¡Escriba la reacción en el pizarrón! Pero deje lo que está escrito no tiene que borrar nada, ¡Adelante! ¡Adelante! (sonando los dedos) ¡Aprisita!... “Ora” sus garabatos van a chocar con la otra fórmula y entonces la vamos a regañar, ¿Me entendió? A ver, señor Rubio:

¿Qué más debe escribir?

- “Pus”...
- Escriba usted “pus”, señorita Mazzotti.
- Margarita se queda sin escribir.
- Comprobamos una vez más que este grupo es de los peores; recuerdo que todo el grupo, desde el año pasado, se ha mostrado hostil para conmigo. Pero, en fin, ya nos veremos en examen. Ya se nos fue el tiempo, “ay” nos quedamos.

Empieza a sonar las llaves, todos nos levantamos y salimos del aula; atravesamos el laboratorio y saludamos con gran desahogo a la garcita de la fuente, que luce muy iluminada por el sol.

Esta es una transcripción fiel de una clase real en julio de 1946, escrita sin mirar el papel y con riesgo de ser descubierto. En cuyo caso nunca hubiera sido escrita.

Un día tuvimos la noticia de que la Segunda Guerra Mundial había terminado con el homicidio colectivo más grande de la historia, la masacre de Hiroshima y Nagasaki la propaganda gringa para alistarse e ingresar a las fuerzas armadas cesó como por encanto y, como siempre, todo lo que pasa en EUA repercute en nosotros.

México dejó de formar soldados nuevos en vida de cuartel, cesaron las marchas ridículas dominicales que hacían los burócratas, a quienes nunca les enseñaron nada del Arte de la Guerra, casi silenciosamente García Isunza el Director, suspendió la militarización del Instituto, los oficiales de la zona militar comisionados para supervisarnos dejaron un oficio y se llevaron las 250 armas que teníamos, más el parque de salva y de guerra. Ya nadie usó el uniforme, no más guardias, no más arrestados.

Coincidió con mi egreso de la preparatoria en diciembre de 1946, por las dos razones dejé de ser Capitán I Comandante General del Cuerpo Militarizado Institutense. Se disolvió el grupo de comandos que tan bien entrenado estaba. Dependía de mí, pero actuaba directamente bajo las órdenes de los Tenientes Enrique Bezies y Armando Salinas. En su oportunidad, el primero llegó a ser ingeniero Electrónico y el segundo Médico Cirujano Sanitarista. Este grupo se formó con el nuevo criterio de unidades poco numerosas, hábiles, bien entrenadas especialistas en demolición.

Prácticamente la militarización duró tres años 1944, 45 y 46, aunque se estrenó en el desfile del 20 de noviembre de 1943 sin recibir ninguna instrucción militar; después exhibimos grupos en ejercicios a la bayoneta, enfrentando dos filas, ejercicios de orden cerrado con marchas a tiempos perdidos, defensa personal por los grupos de comandos, la población los recibió muy complacida siendo los alumnos de la Casa Máxima de Estudios, podían ser formales y muy disciplinados sin haber renunciado a su alegría y a su principal objetivo ser profesionales de la ciencia, las artes y las humanidades para servir a la sociedad.

Entre los jóvenes estudiantes militarizados que tenía en

mis unidades, hubo algunos muy distinguidos como Juventino Pérez que llegó a rector, Islas Cortés que fue Jefe de Salubridad en el Estado, Isidoro Baca, Director de la Compañía Minera Real del Monte y Pachuca, directores de distintas áreas en Petróleos Mexicanos, como Santiago Rivas, Jefes de Servicio en importantes hospitales de la capital como Chávez y Cano, artistas destacados como el pintor Carlos Oropeza, que decoró el Hotel Sevilla Palace de la Ciudad de México, etc.

Hablarte del ambiente estudiantil y no narrarte algunas de sus bromas sería como hacer una pintura sin matices. Así que vamos a darle colorido:

El “Pollito” González, un austero maestro, bajo de estatura pero inteligente y travieso, fue parte de un grupo de estudiantes al que llamaban “los siete sabios”, sólo recuerdo a un Sánchez Zarazúa hermano mayor de Javier y de Arturo y a un Armando Pérez Carranco, todos eran alumnos muy distinguidos, pero también aplicaban su pensamiento en las bromas, te voy a contar una especial.

Frente a la actual tintorería Modelo en la calle de Doria, veían todas las tardes al pasar rumbo al Insti, a una mujer gorda, que en la entrada de una cantina vendía mole rojo y verde, chalupas y huevos duros, lo cual hacía las delicias de los parroquianos, después de haber tomado varias catrinas de pulque curado de fresa o del blanco y fuerte, que estaba reservado para los conocedores, sentían la necesidad de agregarle al estómago algún alimento y lo que vendía esa buena mujer, era una bendición de sabores. El “Pollito” y sus secuaces observaron la gran cazuela del mole rojo y pensando en el sodio que es un metal blando, grisáceo que se une bruscamente con el agua produciendo hidrógeno, se le ocurrió la gran diablura, se robaron del laboratorio del Insti un fragmento considerable, lo guardaron en una botellita con benceno y quedaron de verse frente a la cantina a las cinco de la tarde. Por sorteo le tocó a nuestro amigo ser el actor, mientras los demás serían espectadores desde la acera de enfrente; cautelosamente el pollito sacó el sodio de la botellita con los dedos y lo arrojó bruscamente al mole rojo, se retiró haciendo

disimulada su culpa, pero volteando a ver la cazuela; la mujer con el aventador en mano avivaba el fuego del anafre, de pronto vio que partes del pollo giraban en la cazuela, primero lentamente y luego con rapidez hasta explotar; misteriosamente el pollo muerto se echó a volar salpicando el mole por todos lados, entre los gritos de asombro de la chalupera y el extrañamiento de los borrachitos comensales. Fue algo que dio mucho motivo para comentar, el acto que creyeron que era de brujería.

Mientras los rapaces estudiantes se apretaban la barriga sin poder contener las carcajadas. Dijera Pilar Licona “arte diabólico es”.

A propósito de robo de sustancias químicas, ya he narrado que un pillo travieso quiso apropiarse de un poco de fósforo rojo para hacer explosivos con clorato de potasio y para tal efecto, se metió al laboratorio una noche, aprovechando un descuido de la encargada de lavar la vidriería que había dejado la puerta sin seguro. Iba muy contento a tomar el frasco, cuando oyó rechinar la puerta del estante y una calavera que se reía de él con sus dientes brillantes, no necesitó pensarlo, salió rápidamente a contar asustado su aventura que nadie quiso imitar ni comprobar. El ladronzuelo no supo identificar el fósforo blanco, que en frasco grande se encontraba en el mismo estante que el rojo que buscaba y que las barras en que estaba guardado son fosforescentes como dice su nombre, la puerta la hizo rechinar él mismo. Pero por las dudas no volvió.

En el ambiente había varios bravucones, uno de ellos era el Nanicho Paz, que era alto, fuerte y medio cegatón, no se podía tomar dos o tres cervezas, porque en seguida los oxhidrilos le afectaban el control de la buena conducta, así sucedió una ocasión en que después de participar en una “pulcata” de las que se hacían en una cantina de la calle de Jiménez, se fue a dar un paseíllo por el Parque Hidalgo, para dar tiempo a serenarse un poco, antes de llegar a su casa y recibir una lluvia de escobazos que le daría su progenitora al verlo “borracho”; decidió caminar más allá y oyó música en el Casino Charro, quiso entrar sin pago de boleto y empezó la riña con los de la puerta, la tardeada

estaba en su apogeo, era de índole popular por lo que el público era mayoritariamente de héroes del andamio y tráfugas del metate. La orquesta era la que tocaba noche a noche en casa de María Teresa, que era un lupanar de mucho éxito, la componían ocho elementos, cornetín, guitarra, acordeón y los ritmos, clave, maracas y los de percusión o batería. Estaban ejecutando el alegre danzón “Nereidas” y los bailarines mostraban sus pasitos más adornados, allí estaban los ídolos de los barrios de la Alta California, la Cuesta China, el de Patoni, la Surtidora, la Palma, la Fuente Seca y desde luego, los del Arbolito.

Nanicho forcejeando quiso entrar a bailar, entonces los vigilantes empezaron a tirarle golpes ¡Nunca lo hubieran hecho! Le salió lo rudo al estudiante de Analítica y Cálculo y de Cosmografía, sacó una pistola revólver calibre 38 de cañón largo y accionando el gatillo tres veces apuntó al techo y empezó el corredero, nadie sabía para donde, pero lo malo fue que dos de los músicos eran ciegos, se fueron contra la batería y se cayeron del estrado rompiendo con la cabeza los parches de los instrumentos. El empistolado salió apuntando a todos los que tenía en frente. Usó la puerta lateral que daba para donde estaba la alberca del estadio, el también empezó a correr volteando la cara para ver si lo seguían, eso motivó que no viera que frente a él a la altura de su cabeza el tubo grande de alimentación de la alberca estaba colocado. El golpe lo recibió en la frente, no lo descalabró, pero lo hizo caer bruscamente de espaldas con un “chipote” como media naranja en la frente, se levantó desorientado y se fue dando traspiés guardando la pistola, caminó hasta que encontró en Cubitos un coche de ruleteo, le pidió que le llevara a la Hacienda de Chavarría que pertenecía a su amigo el “Cura Rodríguez”, éste era un charro afamado, que lo recibió afablemente, pero viendo el estado en que se encontraba le preguntó:

- ¿Pues de dónde vienes? ¿Qué te hicieron? Si quieres yo te acompaño a denunciarlos ante la policía.

- No mano, ni se te ocurra, el Casino Charro estaba repleto, llegué borracho y no me dejaban entrar, entonces saqué la fusca

y eché tres balazos, se armó el desorden, todos corrieron y yo también, pero se me atravesó un tubo y mira nomás como me puso. Ahora quiero que me escondas aquí en tu rancho mientras pasa el escándalo.

- Claro amigo ya sabes que aquí está tu casa, que te den de cenar y una recámara.

Al día siguiente Nanicho estaba crudo, le dolía mucho la cabeza por eso y por el golpe, el chipote estaba en su apogeo a pesar de que las señoras de la cocina lo habían embadurnado de azúcar. Le ofrecieron unos picosos chilaquiles con cerveza y se fue a sentar en un banco frente al sol. Se sentía tarugo e infeliz. ¿Cómo podría volver? Sus padres deben estar preocupados por él.

Su amigo el “Cura” mandó un propio, para que informara a su familia y todo se tranquilizó.

Lo malo fue que en Pachuca por ser una ciudad pequeña no faltó quien informara a la policía de su identidad por lo tanto, cuando a los tres días volvió a su casa, tuvo que presentarse ante las autoridades, porque todos sabían de él. Solamente le cobraron una multa de 105 pesos por cada disparo y de los daños y del escándalo nada; sin embargo fue una mala experiencia que le ayudó a centrar las manifestaciones de su personalidad.

Sus padres lo pusieron de oro y azul y en el Insti todos lo veían como animal raro aunque su cara empezaba a mejorar.

Uno de los últimos recuerdos que vienen a mi mente del maravilloso mundo estudiantil que viví en los años cuarentas, fue algo que exhibe plenamente las relaciones de compañeros y la camaradería.

Estercita Gutiérrez mi dilecta amiga y yo, íbamos a jugar frontenis algunas veces al Estadio Municipal a las 6:30 de la mañana, porque ella era muy mañanera; en una ocasión aprovechando las vacaciones decidimos ir en la tarde, a las 16 horas, y para el efecto invitamos a Armando Bezies mi amigo muy querido, a Javier Meneses que aceptó de muy buena gana creyendo que iba Rosita, a Esperanza Hernández y a Margarita Pérez Ríos la linda “Capi”, esos eran nuestros acompañantes; la

verdad es que ni Estercita ni yo jugábamos gran cosa y menos los demás que iban por primera vez, digamos que más que jugar frontenis, disfrutábamos la compañía de todos. Jugué con Estercita, nos relevaron Capi y Armando, después Meneses y Esperanza. La bola difícilmente encontraba la pared cuando le pegábamos, pero nos resultaba muy divertido, Meneses estaba a la vuelta y vuelta recogiendo la bola y devolviéndola. Todos nos reíamos y hacíamos bromas unos de otros; se procuraba atender a las muchachas.

Pero había algo que no habíamos valorado, casi al mismo tiempo que nosotros llegaron también seis jóvenes de 19 años más o menos con una pelotita que lanzaban allá atrás a la pared lateral y le pegaban con la mano; nosotros habíamos formado tres parejas y fuimos jugando así de relevos, un él y una ella; nos concentramos en nuestro juego, no tuvimos la cortesía de dejarles jugar un tiempo, ni ellos nos lo pidieron.

Meneses recogía las bolas y seguíamos jugando, mi pareja seguía siendo Estercita, cuando les tocó a Esperanza y al Meneses, no le pegaban ni al mundo, por lo tanto la cuenta de los tantos iba rápida, pero los visitantes extraños se cansaron de no jugar y estar esperando, decidieron retirarse, apenas iban llegando al río, al que se salía por una puertecita tras el frontón, cuando la güera Esperanza lanzó la bola por encima de los muros, salí corriendo a recogerla, pero entre tantas piedras de cantos rodados que había en ese arroyo proveniente de la Barranca de Azoyatla y que formaría el Arroyo de Sosa, no la distinguía. Entonces pregunté amablemente a los muchachos que iban atravesándolo.

- Perdonen ¿Vieron caer por aquí una pelotita?

Se volvió uno, el más mal encarado y me respondió de mala manera ¿Qué nos ve cara de rateros? ¿O cree que estamos cuidándolo?

Ya para entonces lo tenía frente a mí con las manos empuñadas y tirando golpes, esquivé los dos o tres y empecé a defenderme, los demás veían, mis compañeros empezaron a salir, Armando adelante y Meneses con las muchachas atrás.

Usé mis mejores golpes, todos a la cara, mi rival se sintió acribillado, dio cuatro pasos atrás y yo lo dejé hacer, creí que daba por terminada la pelea, pero de pronto se agachó y recogió una piedra como de diez centímetros de diámetro, parece que lo estoy viendo, me la arrojó con todas sus fuerzas, la vi venir pero no la pude esquivar, me pegó en el pecho y sentí que no podía respirar, ya me había lanzado hacia él, así que llegué sin aire y lo abracé fuertemente, forcejeó pero no lo solté, de pronto volví a respirar y poniendo un pie atrás lo derribé cayendo bruscamente conmigo encima sobre las piedras del lecho del río, metí mi mano tras él bajo la axila y lo sujeté de los cabellos para atrás, quedando su cara expuesta frente a mí, lo golpeé tres o cuatro veces, lo más fuerte que pude, pero de pronto alguien apareció junto a mí y me levantó con un golpe que me dio en el ojo derecho, Armando había estado de espectador, pero en ese momento otro de los barrieros por un lado le propinó un fuerte campanazo en medio de la frente, nos levantamos bruscamente y sin meditarlo nos colocamos espalda con espalda, las muchachas estaban aterrorizadas, oía yo que decían ¡Ay muchachos, ay muchachos! En esa posición Armando y yo recibimos a todos, golpe que pegaba mi compañero era rival que caía, era muy fuerte, yo no tenía su punch, pero eliminé a los de mi frente fácilmente, en cuatro minutos teníamos dominada la situación, entonces en movimiento rápido entramos por la puerta rumbo al interior del estadio, la cerramos y atrancamos, Meneses llevaba las raquetas, Estercita las bolas y todos apresuramos el paso para retirarnos dejando seis rivales golpeados.

Al día siguiente Armando tenía morada la frente y le bajaba hacia los ojos, yo tenía mi ojo derecho de “cotorra” eran huellas de los dos descontones. Las muchachas narraban a todo el mundo la heroica defensa, que realmente lo fue, pues ninguna de ellas tuvo un golpe, ni siquiera había recibido insultos, Armando y yo nos batimos como leones con los seis, aunque por las dudas no volvimos a jugar al estadio con las muchachas.

Nunca supe quienes fueron ellos, Armando y yo nos hermanamos por la lucha y quedamos orgullosos.

Ahora, después de mucho pensar no sé si tuve un lapso de apnea por el golpe de la piedra o si mi corazón protestó, pues fue en el área precordial, como quiera que haya sido estoy entero y muy contento de ya no tener 17 años.

El Instituto Científico y Literario se volvió autónomo y luego se transformó en universidad y siguió su evolución.

Nosotros también cambiamos. Hoy te entrego mis recuerdos de cuando éramos 300 felices alumnos hace 66 años.

Ya los alumnos de cuarto y quinto no se ocupaban de novatadas ni de travesuras, los programas de las materias eran amplísimos, los días apenas alcanzaban para preparar la clase siguiente, con el doctor Méndez en su clase de Premédica nos llevaba al anfiteatro de cadáveres para enseñarnos los distintos tipos de sutura según tejidos, no lo niego, la primera vez que hundí una aguja en la carne de un cadáver me sentí como si profanara algo divino y hasta me sentí mareado.

Cuando según el orden de la lista nos tocaba asistir a una cirugía de las muchas particulares que tenía el catedrático, teníamos que observar estrictamente las reglas de la asepsia y hacer todas las preguntas necesarias que respondía su ayudante, para poder redactar el protocolo de la intervención quirúrgica. Méndez era seco, austero de pocas palabras, nunca una broma. Profesionalmente, era muy buen cirujano, limpio, hábil, no tenía tiempos perdidos y eso se traducía en rapidez efectiva.

En la clase de Física Moderna con el doctor Márquez, era una verdadera aventura entender la teoría de los Cuantos, la de Relatividad, la Transmutación Atómica y algo que ahora casi nadie estudia, pero tiene varios aparatos en su casa, aunque no sabe cómo funcionan: la televisión, que entonces era conocida nada más en blanco y negro.

Cuando nos enseñaron la Tabla Periódica de los Elementos, admirábamos las proezas de los esposos Curie y sus contemporáneos científicos.

En Biología, nos fascinaron las Leyes de la Herencia que inició Méndel y tantas, y tantas cosas que se presentaban a nuestros ojos como novedades increíbles.

Cuando estudiamos cómo se combatieron las ideas de la Generación Espontánea, nos sentíamos héroes que al lado de Pasteur y otros, usábamos la tribuna de la Academia de Ciencias para explicar las nuevas verdades.

Con todo eso y el llevar la novia al Cine Iracheta, el cine de la sociedad, o al Cine Reforma, apenas nos alcanzaba el tiempo repartido además, con Lógica, Psicología que nos enseñaron previo repaso de Neuroanatomía y Fisiología, para atender a los nietos intelectuales de Freud y sus trabajos en el psicoanálisis, que estaba en su apogeo.

Ética, Filosofía, los cursos finales de Inglés y Francés, el precioso curso de perfeccionamiento de Español de Ibarra Olivares, literato, orador y magnífico amigo de los estudiantes.

Estudiábamos en los corredores, caminando, sentados en los escalones a la entrada de Física, Química o al salón de Actos.

El Prefecto a los alumnos de esos grados ya les permitía estudiar en un aula a puerta cerrada. A veces en la biblioteca o sentados en los prados exteriores. A todos los alumnos de aquel tiempo el hábito del estudio nos cautivó.

En vacaciones o días festivos, ya teníamos algunos paseos que eran verdaderas aventuras; usando del prestigio de ser estudiante del I C L, a veces nos invitaban a fiestas rancheras como personas especiales. Aunque tuvimos algunos percances, por ejemplo: en una ocasión en que Alvaro Baños nos invitó a su Rancho San Isidro, a la gran fiesta de tres días que organizaban para celebrar el cumpleaños de su padre. Para llegar debíamos tomar el tren alrededor de las 2:30 p.m., que iba a México y que nos conduciría a Colonias, punto cercano a su hacienda. El trío de los Pérez Arista, Islas Cortés, los hermanos Bernard, Arturo Sánchez y algunos más, vi en el tren que tomé; yo nunca había ido a una fiesta de tres días de duración, con música continua a cargo de mariachis, conjunto de salterio, violín, guitarra, banjo y ritmos, alternando con el famoso trío de los hermanos mencionados.

Los grupos se alternaban y sólo había un silencio relativo, a eso de las cinco de la mañana, para volver con las mañanitas

hora y media después. A las siete ya estaban los botes de tamales, el café de la olla y los bolillos calientes de su propia panadería, había verdes y rojos picositos que sabían a gloria rellinando el bolillo y tomándolos entre sorbos de café caliente.

La cocina trabajaba desde las ocho de la mañana con enchiladas y café, después chicharrones, carnitas, manguices, frijoles de primera y refrescos o pulque en abundancia.

Otro día barbacoa, caldo, arroz y tlacoyos. El tercer día mole rojo y verde, carne de guajolote, desde luego arroz y frijoles.

Las molenderas no paraban de hacer tortillas que salían infladitas del comal. No había horario para comer, cuando alguien quería algo, le servían lo que pidiera y se sentaba ante la gran mesa contigua a la cocina.

Cómo recuerdo con delicia esos tacos de mole rojo con arroz o con frijoles, con la tortilla recién hecha con buen nixtamal, que las molenderas quebraban en los metates. Cada quien comía y bebía cuanto quería y a la hora que quería. Esas cazuelitas de barro de frijoles aguados con epazote, los jarritos con café de olla, los tacos enormes con barbacoa y salsa verde, ¡Cómo los recuerdo!

Los adultos mayores, se la pasaban con sus vasos entre cruzada y cruzada:

“Pulque de las verdes matas,
Tú me tumbas, tú me matas,
Tú me haces andar a gatas...

Y levanten sus vasos haciendo araña, y luego una cruzada al estilo Hidalgo.....”

Para nosotros, los jóvenes estudiantes, no era fiesta de comer, ni fiesta de beber, pero eso sí, elegíamos las mejores parejas para bailar; esos estudiantes, también nos apropiábamos del salón y sólo cambiábamos pareja de baile cuando se iba la compañera, entonces buscábamos otra entre las mejores lugareñas; las madres veían con buenos ojos a los visitantes vestidos de traje, que sabían bailar con pasos diferentes y que, platicando quien sabe que cosas tenían a sus hijas con la risa en la boca todo el tiempo; aunque, la verdad, esos pilluelos buscaban y lograban

un paseíllo por el rededor del jagüey en lo obscuro.

Ya cerca de las cinco de la mañana la música se suspendía y todos buscaban donde dormir. Las muchachas visitantes tenían cama para dos, los muchachos invitados especiales también tenían ese privilegio, pero los que buscaban reposo al último, sólo les tocaba colchón en el suelo. La verdad es que a nosotros casi siempre nos tocó así porque no dejábamos de bailar hasta que nuestras parejas se retiraban.

Hubo ocasión, a eso de las ocho de la noche, en que Islas Cortés y yo fuimos al corral con nuestras parejas de baile, después de visitar la cocina y curioseando vimos unos toritos que descansaban ajenos a la fiesta; por presumir, a mi compadrito se le ocurrió proponer que montáramos a esos bichos para mí tan exóticos, yo le rechacé su iniciativa, pero las muchachas nos animaban – Sí, sí, móntense en el pinto y en el blanco.

- Mira compadre, dijo mi amigo, tú te montas adelante y te agarras del pretal y yo atrás abrazado de ti. No tuve escapatoria y cuando los vaqueros me tenían sostenido el toro y puesto el pretal, no tuve más remedio que montar al pinto, Islas Cortés inmediatamente se subió atrás de mí y me abrazó, soltaron el toro y le picaron los ijares, el animal decidió botar a sus jinetes y se empezó a levantar como fiera, me sostuve del pretal y el corcoveo seguía, entonces, no lo pude sostener más y nos mando de espalda por los aires, caí estrepitosamente sobre la barriga de mi compadre que se quedó sin poder respirar. Cincuenta años después todavía me reclamaba y me acusaba de haberme soltado del pretal.

Esa vez nos tocaron dos muchachas buena onda, que viniendo de México, llegaron con unos amigos, sólo uno de ellos había sido invitado; ellas eran empleadas de una maquiladora de ropa y cuando entraron al salón dejaron a sus acompañantes; no eran feas, tampoco muy bonitas, pero no teníamos mejores opciones las invitamos a bailar, y aceptaron a hacerlo por el resto de la noche, a excepción del tiempo en que fuimos a cenar y a caer yo en la barriga de mi compadre.

Dimos una vueltecita por el jagüey para que se aliviara mi

compadre con las sobaditas que le dio su acompañante, mientras la mía y yo mirábamos la luna en el otro extremo, aunque no había.

Nos reunimos de nuevo y les preguntamos ¿Cómo se llaman? – Ella es Marilú y yo Belinda y ¿Ustedes, cómo se llaman? – Yo soy Ernesto y él es Raúl respondí.

Así pasé el tiempo bailando y ... platicando, con Marilú y mi compadre hizo lo propio, con Belinda.

Para regresar a México, ellas creían que podían haberlo hecho a cualquier hora y llegar a su casa como si hubieran salido de trabajar, ya que habían venido sin permiso familiar; pero se encontraron con la novedad de que sólo se podía salir como llegaron, en tren y que pasaría para México a las 2:30 de la tarde por lo que llegarían a su casa a las seis. Así, ante lo no previsto, se tuvieron que quedar, y para colmo a Belinda se le rompió la correa de la hebilla de su zapato y no podía caminar cómodamente.

Amaneció domingo y nosotros también teníamos que volver a Pachuca, ellas para tomar su autobús a México y nosotros como fin de fiesta.

Como Belinda no podía caminar, mi compadre la trajo todo el tiempo medio recargada en su brazo, hasta llegar a la terminal, yo traídoramente, al bajar del tren le dije adiós a Marilú y me desaparecí; también acompañaban a Belinda sus amigos de México.

El lunes en el Insti, entre estudiada y estudiada me reclamó mi compadre por la caída y por haberlo dejado con Belinda.

Después de un día en lo rústico del campo, desvelados, sin bañar, con la misma ropa, y con el polvo del jagüey, todos teníamos muy mala facha, especialmente ellas. Sin tocador, afeites y ropa limpia, sin peinar, etc. francamente yo no quería atravesar la ciudad con la imagen de Marilú; por eso traicioné a mi compadre y lo dejé, él no podía irse porque Belinda venía casi cargada en su brazo.

Pero la aventura no terminó con la regañada que me dio mi compadre, pasaron más de dos meses y una mañana nos

vino a buscar Alvaro Baños, nos encontró juntos estudiando en el corredor del Jardín de la Garza y nos preguntó con aire de preocupación - ¿Cómo salieron del lío con los judiciales de México?

- ¿Qué, cuáles judiciales?
- ¿Qué, no los detuvieron?
- A ver Alvarito explícate
- Pues fue la policía de México al rancho, a preguntar por los acompañantes de las muchachas que vinieron de allá a la fiesta. Detuvieron a los amigos con los que llegaron y los encerraron acusados de secuestro, rapto y estupro.

Ellos dijeron que en su compañía habían llegado, pero que durante la fiesta estuvieron con Ernesto y Raúl, dos muchachos de Pachuca. Entonces fueron al rancho y me interrogaron sobre la identidad y localización de esos nombres; yo les dije la verdad, que no los conocía, me interrogaron mucho, pero no supe darles ninguna información. Después una chismosa me contó que las mugrosas esas de México no habían soltado toda la noche a mis amigos estudiantes a los que los apodaban, quien sabe cómo, sólo así me di cuenta que eran ustedes, pues conocí esos nombres, pero creí que habían venido a Pachuca a buscarlos.

Después supimos Pepe y yo que por el temor de la maltratada familiar por la ausencia de un día para otro, decidieron irse a Guadalajara con un pariente y se comunicaron con sus padres hasta los quince días. Todo se aclaró, soltaron a sus amigos y nosotros, ni nos habíamos enterado.

Los estudiantes por ser alegres, bailadores y habladores, nunca saben los problemas que pueden tener - ¡Qué bueno que en esa fiesta me llamé Ernesto!

Por otra parte, también teníamos paseos de instrucción que eran encantadores, ya mencioné el de la Planta Eléctrica de Necaxa, ahora hablaré del que año tras año organizaba Dn. Pilar para ir a la fábrica de papel de San Rafael, era interesantísimo ver el proceso que iban explicando los ingenieros de la empresa, de cómo la madera se descorteza, luego se convierte

por maniobras mecánicas en pulpa, y ésta sometida a procesos químicos, llega a ser la materia que pasando entre rodillos da los inmensos rollos de papel que usa la industria en distintas formas. Es un ejemplo de la industria de transformación que nos impresionó mucho.

Después fuimos a elegir un paraje en el bosque y nos sentamos a disfrutar el itacate delicioso que compartían con nosotros las compañeras y, especialmente, la esposa de Dn. Pilar que preparaba un enorme canastón con pollos, tacos, sándwiches, frutas y refrescos, era de dimensiones descomunales, entre dos alumnos lo llevaban al centro del grupo, para vaciarse rápidamente.

Otro paseo anual era la visita a una mina, fuimos a Purísima Concepción en Real del Monte, entrando por el tiro de San Juan Pachuca y viajando por línea subterránea en enormes carros de acero en que ordinariamente acarrean el mineral para traerlo a la Hacienda de Loreto, para su molienda y someterlo al proceso de cianuración, ahora también al de flotación.

Es asombroso como llegan piedras de tamaños variables y de las quebradoras salen del tamaño de la grava delgada, luego se hace polvo en los molinos de bolas de acero, que giran y giran, hasta reducirlo a menos 200 mallas. Después el proceso de cianuración, precipitado, fundición, refinería y formación de lingotes de plata. Esos procesos son tan pachuqueños, es decir tan nuestros que dan la razón de existir de la ciudad, aunque no habiendo mineral argentífero no habrá proceso y todo se detiene, quizá para siempre.

Todo esto lo vimos en la Hacienda de Loreto, que en su apogeo llegaba a moler 3000 toneladas de mineral al día.

También fuimos a la mina de Dos Carlos, conocimos las labores en el nivel 16, donde el calor es tan intenso que dos numerosas cuadrillas, se alternan cada 15 minutos, porque no soportan trabajar más tiempo. Casi en todas las minas y en todas las profundidades la temperatura es templada.

Fuimos una ocasión a los talleres de Maestranza de la Compañía Real del Monte y Pachuca, nos llamó la atención el

sacabocado hidráulico que trabajaba sobre placa de hierro de media pulgada, la fundición que fabricaba las bolas de acero para los molinos, los enormes talleres mecánico y eléctrico; allí en el primero, fabricaban las maquinas perforadoras que usaban en las minas.

Esos paseos nos alentaban mucho para seguir estudiando las ciencias puras para ver como se aplicaban en la tecnología.

En esos tiempos las mujeres no usaban pantalones por lo cual, cuando los organizadores pedían que las compañeras fueran vestidas con ellos, se tenían que poner los de sus padres y se veían muy feas, ahora 60 años después, hay tantos modelos de pantalones femeninos que las hacen ver hermosas. A mí, amable lector me tocaron esos tiempos antiguos, a ti, los tiempos de las bellas figuras por los pantalones que se ponen con calzador.

Por último te voy a narrar nuestra asistencia a congresos, generalmente anuales, pero podrían ser más frecuentes; desde que estaba en tercero los Presidentes de la Sociedad de Alumnos, me seleccionaron para encabezar la Delegación del Instituto, nos mandaban boletos para los transportes. El primero al que asistí fue a Querétaro, me encontré con la sorpresa de que era exclusivamente para instituciones de enseñanza superior, en ellas seleccionaban a los alumnos que estudiaban Jurisprudencia y era muy razonable, pues el temario a desarrollar, que a mí no me dieron a conocer previamente, incluía problemas relativos al Derecho Positivo Mexicano, La Ley de Autonomía de la Universidad de México y otros más de esa tesitura. Nosotros éramos estudiantes de preparatoria y a excepción del “Burrito Trejo” que llevaba el bachillerato de leyes, los demás cursábamos el de medicina.

Nuestro discurso de presentación creo que fue de buena calidad, pero después venía la inscripción en las mesas de discusión y allí sí, estuvimos en desventaja, interviniendo solamente en las cosas de sentido común o las de cultura general.

Nos alojaron en un hotelito de mediana clase, los asistentes al congreso fuimos más de 120 de todo el país. Con nosotros también se alojaron los del Estado de México, con los que

tuvimos una gran camaradería, comíamos juntos en los restorancitos correspondientes a los boletos que nos dieron, íbamos a nadar, al cine, al teatro y mientras unos jugaban pokar en la noche, en las habitaciones de ellos que eran más grandes, otros se agruparon para ir a conocer la zona roja, debo decir que para entrar allí no llevaban boletos.

Los organizadores se movían muy minuciosamente para atender las necesidades del congreso y las de los congresistas, yo creo que alcanzaron mucho éxito.

Los relatores de mesa presentaron muy buenas conclusiones; la comida fue buena y el dinero en efectivo que dieron para gastos generales a cada uno, nos fue de mucha utilidad. Desde luego que algunos como Luis Spínola y Cecilio Reyes no les alcanzó, ya en la segunda noche no tenían nada, porque lo perdieron jugando pokar. A mí me alcanzó hasta para comprar un regalito a mi amiga predilecta.

Fue una magnífica experiencia, los estudiantes pachuqueños mostraron criterio, inteligencia y conocimientos generales muy abundantes, todavía no teníamos escuela de leyes aquí.

Otro congreso al que asistí fue en Monterrey, calurosa ciudad en julio, de gente agradable, fueron magníficos anfitriones, allí sí ya llevábamos delegación de Leyes, de Medicina y de Preparatoria. Nuestro papel fue mejor, además nuestro alojamiento y comida fueron buenos, me quedó una incógnita, ¿De dónde sale el dinero para esos eventos? Allí estuvimos alrededor de 180, para variar, los mejores amigos que tuvimos fueron los de Toluca, capital del Estado de México. La cantidad para gastos generales, también fue más generosa.

El Presidente de la Delegación fue un estudiante de Derecho que lo hizo muy bien.

El día de la presentación de delegaciones se expresó con luces y propiedad, por lo que su discurso mereció elogios, sin embargo, hubo un percance, pues en la sucesión de discursos por los presidentes de las delegaciones, se presentó un brillante orador, le dieron la palabra y dijo representar a Hidalgo, su léxico era muy bueno, pero no era representante legítimo; me

preguntó el Presidente de la Delegación nuestra ¿Qué hacemos?

- Levántate, ve a la mesa de coordinación y denúncialo como apócrifo.

Así lo hizo, e inmediatamente le pidieron, interrumpiendo su pieza oratoria, sus cartas credenciales que acreditaban su representación.

Al no poder presentarlas, se volvió contra los organizadores y los insultó, llamándoles vendidos, clericales, desorientadores de la juventud y...

Le arrancaron el micrófono y una comisión de jóvenes fuertes lo convenció sin palabras de que abandonara el recinto y lo acompañaron hasta la calle, se regresó a Pachuca o a México y el asunto quedó aparentemente olvidado aunque por su conducta posterior, sospecho que se dio cuenta de quien manejó la situación.

Todo terminó exitosamente, el temario del Congreso, los actos sociales y culturales.

La mayoría tomó el tren que nos ofrecieron para llegar a la ciudad de México de allí cada quien se fue para su tierra.

Pero al llegar a una estación ferroviaria de Guanajuato llamada Empalme Escobedo, sucedió una tragedia. Se detuvo el tren e hizo un movimiento en espuela para dar paso a otro que era un inmenso carguero, nos advirtieron el conductor y el auditor que no nos bajáramos porque no había tiempo para eso, a pesar de lo cual muchos echaron pie a tierra; el tren reinició su marcha y todos corrieron a abordar los vagones, algunos presumiendo de habilidad se esperaron para subir en el último, que ya iba más acelerado. Así dicho todo era fácil, recordemos que los chilangos acostumbran subirse a los autobuses de pasajeros urbanos, con un brinquito que con un pie los eleva, sosteniéndose con una mano del tubo vertical, pues uno de esos defeños, cuando el tren estaba acelerando, intentó subirse al penúltimo vagón, alcanzó el tubo y realizó el clásico brinquito, pero se le resbaló el zapato en el estribo metálico del tren y cayó, la mano no pudo sostener su peso y uno de sus pies fue a dar bajo las ruedas. Pararon el tren bruscamente y empezaron

los gritos ¡Los de medicina! ¡Los de medicina! La inmensa mayoría de los compañeros congresistas eran de leyes, mire alrededor buscando uno de mayor graduación que supiera actuar en emergencias y lo único que encontré fueron las miradas y el dedo señalándome. No tuve escapatoria, a pesar de mi nula experiencia bajé corriendo con muchos más, llegué hasta el lesionado, le rompí el pantalón en la pierna correspondiente y vi horrorizado que la rueda le había cercenado el miembro inferior a la altura del tobillo, en una desarticulación perfecta, el zapato me lo trajeron con el pie dentro, pedí un cinturón, el muñón estaba pálido, no sangraba en lo absoluto, el herido tenía los ojos muy abiertos, no se quejaba, no le dolía, no comprendía lo que había sucedido, la adrenalina y el machacamiento impedían la hemorragia; me entregaron dos o tres cinturones, elegí uno y lo puse en el muslo lo más apretado que pude poniendo un pañuelo doblado donde me imaginé que pasaban las arterias. Ordené que un compañero mantuviera levantado el muñón para que no se contaminara, casi tenía incontinencia urinaria de terror, no por la mutilación, sino por la responsabilidad que tenía yo.

Se oyó la sirena de una ambulancia que llegaba y mi función terminó, se llevaron herido y zapato con su pie dentro a un hospital local, volvimos al tren, todos menos sus compañeros de delegación que se fueron con él, no volví a tener noticia, ni siquiera supe su nombre.

Los estudiantes del ICL en la década de 1940 – 1950 a través de mi pluma te han contado su ambiente y su vivir, estábamos orgullosos de la historia de nuestra institución. Sabíamos que el edificio se había construido a partir de 1725 y que dependía de la autoridad virreinal y del Arzobispado de México, lo construyeron los Juaninos para hacer un hospital que sirviera a los mineros, aprovechando los materiales con que había estado hecho el adoratorio indígena dedicado a Xilonen la Diosa del Maíz Tierno, elote, cuya imagen formó parte de los muros del coro de la capilla de Nuestra Señora de Guadalupe. Allí la encontraron en 1923 los estudiantes Carlos Mateos González y

Emilio San Vicente.

En febrero de 1875, por donación de Juárez el gobierno del estado de Hidalgo la entregó a las autoridades escolares del Instituto Literario y Escuela de Artes y Oficios; la donación se hizo antes el 3 de marzo de 1869 a la Sociedad Protectora de Educación Secundaria, pero se tuvo que someter a las adaptaciones necesarias para el uso de centro educacional, por eso la toma de posesión fue posterior. Los creadores de esa sociedad, doctor Marcelino Guerrero, doctor Miguel Varela y el señor Agustín Cárdenas son por lo tanto los abuelos de nuestra Institución actual.

Nació como Instituto Literario y Escuela de Artes y Oficios, luego al finalizar el siglo XIX en 1892, se llamó Instituto Científico y Literario.

Desde el 1° de abril de 1921 y por cuatro años, hasta el 31 de marzo de 1925 se llamó Universidad de Hidalgo. Así lo ordenó el gobernador Antonio Azuara al Lic. Alfredo Cristerna y le hizo rector.

Volvió a llamarse Instituto Científico y Literario de 1925 a 1948.

A partir del 1° de abril de 1948 cambia sus siglas por haber obtenido la autonomía y se llama Instituto Científico y Literario Autónomo.

Por fin en 1961 se transforma en Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, nombre que conserva hasta la fecha.

Sus jardines fueron testigos de las órdenes francesas para fusilar en sus prados a varios Liberales. Así también durante la época revolucionaria usaron sus árboles para suspender ahorcados.

Desde sus primitivas construcciones hispanas se hicieron los magníficos recintos que posteriormente servirían para los laboratorios de Química y Biología, con su museo hermoso; luego ya en el siglo XIX se hizo el Observatorio (1877) y la fuente con su garza de hierro.

Nuevos hombres distinguidos dirigieron la Institución, de quienes mencionaremos a guisa de ejemplo a Baltasar Muños

Lumbier, Arnulfo G. Farías, Alfonso Herrera, Agustín Torres y Ricardo García Isunza.

Sus escuelas profesionales definitivas se iniciaron en 1945 en Medicina, Leyes e Ingeniería.

Es memorable también Pedro Gutiérrez, bajo cuya dirección en 1898 se hizo el frontón central en la fachada, la instalación del reloj con un costo de \$1091. El piso exterior de recinto y las gradas de cantera, amén del alumbrado de jardines y terraza.

Ya en 1877, Mancera como director había obtenido que hicieran simétricas las ventanas y se les colocara la balconería de hierro forjado.

El salón de actos abrió su entrada en 1911 hacia el lado sur para transformarla en principal. Se colocó una reja en la entrada oriental. En ese año se hizo la cancha de frontón y se funda el Museo de Mineralogía.

La biblioteca que en 1877 tenía 414 libros ya en 1937 contaba con 5900.

Se dice que el piano de cola, que es bellísimo, se adquirió durante el gobierno de Bartolomé Vargas Lugo el cual se inicio en 1929.

Todos los datos expresados son anteriores a nuestra reseña.

De mi vida de estudiante son miles los recuerdos, por eso, cuando visito la vieja casona la emoción que me embarga me descubre que no estoy en ella, sino ella está en mí.

No hay una fibra en mi corazón que no cante mi amor por ella en cada latido.

Toda la música que almacena mi memoria, el caudal de mi juventud, están ligados a tus espacios y a tus muros, poblados de miles de imágenes ya idas.

Contigo empezó mi historia desde incipiente amante de la ciencia a soñador de nuevos universos.

Amé y fui amado con palabras que permanecen en tus muros, para siempre.

Me creí triunfador, me sentí ser alguien cuando mis maestros abrieron para mí las verdades de la ciencia. En realidad era yo tan pequeño, no imaginaba cuantas estrellas, cuantos soles me

faltaba por descubrir.

Aprendí a fantasear con las verdades que me dabas, como alquimista moderno, troqué mis sueños en oro y al quedar mi espíritu en tus muros adquirí la eterna juventud, con todos mis ideales, como tus cimas apuntando al cielo, así enseñaste a mis ojos, a mirar sólo hacía arriba porque me diste la mirada viva del saber chispeante aprisionado en mis pupilas y en mi alma. También aprendí a tocar ese cielo con los dedos del pensamiento en mis sueños cotidianos.

Es indudable que tus recintos encaminan hacía Dios, por eso tienen tantas escalinatas, todas para ir a buscar en las alturas.

Cuando tus sabios mentores con su docta palabra me iniciaron en el conocimiento de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, pude comprenderlo mejor en la ronca voz del licenciado César Becerra, aquel que nació para enseñar como nadie a sus alumnos, sobre los espacios siderales y la pequeñísima estructura atómica, Copérnico, Kepler y Ptolomeo así como también los mejores biólogos a García Isunza, maestro y guiador de juventudes, sin par.

Amor por el saber, amor por el ser, amor por enseñar y forjar nuevas juventudes, de ellos, los aprendí y sabía que sería para siempre, en los cercanos y en los lejanos momentos de una vida que ya casi se me escapa.

Benditos aquellos maestros que en vez de dar clases por dinero me daban más de la mitad de su modesta mesada por ser ayudante de clase, siendo estudiante.

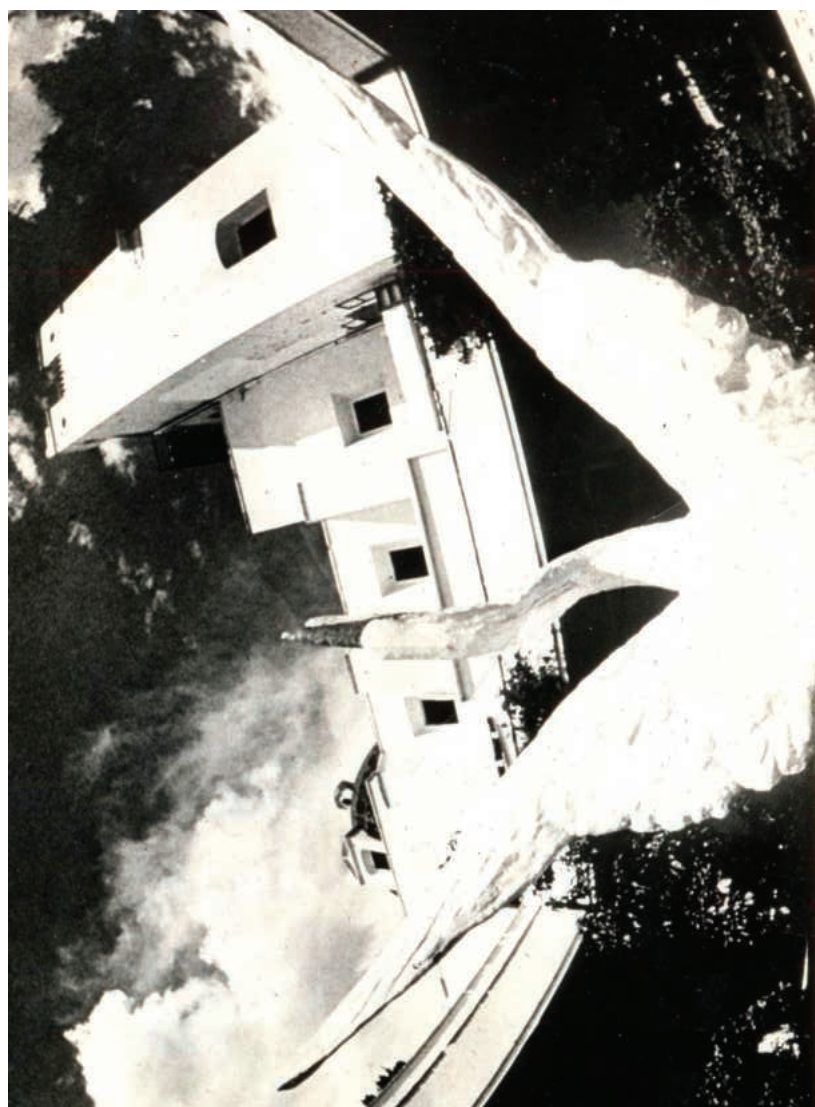
La vida estudiantil acompañada de las condiciones de la juventud, es maravillosa, alegre, emotiva y llena de ilusiones, por eso ante la cascada de recuerdos que me llegan, pienso como el poeta “juventud divino tesoro, te vas para no volver, cuando quiero llorar, no lloro, y a veces lloro sin querer”, lágrimas que no lloran el amor perdido sino la dicha infinita de haberlo tenido.

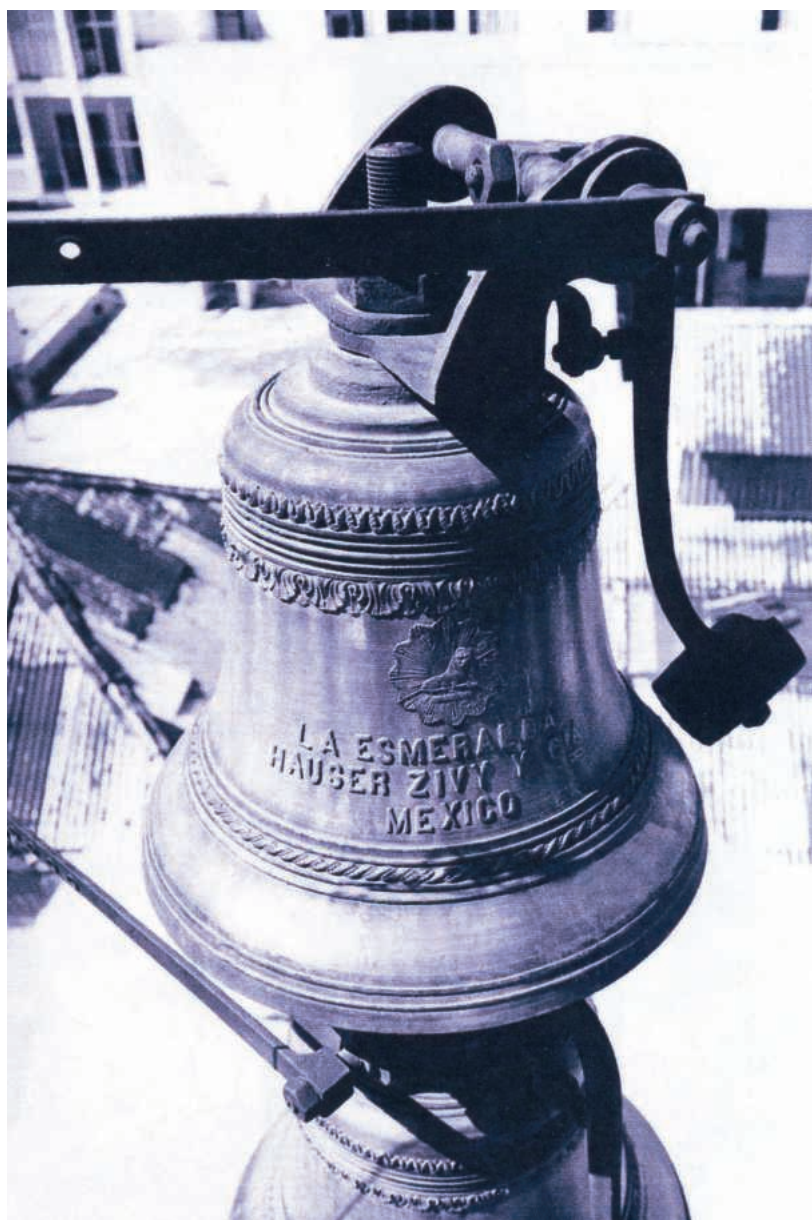
Instituto Científico y Literario



**AMBIENTE ESTUDIANTIL
1940-1950**

Dr. Nicolás Soto Oliver

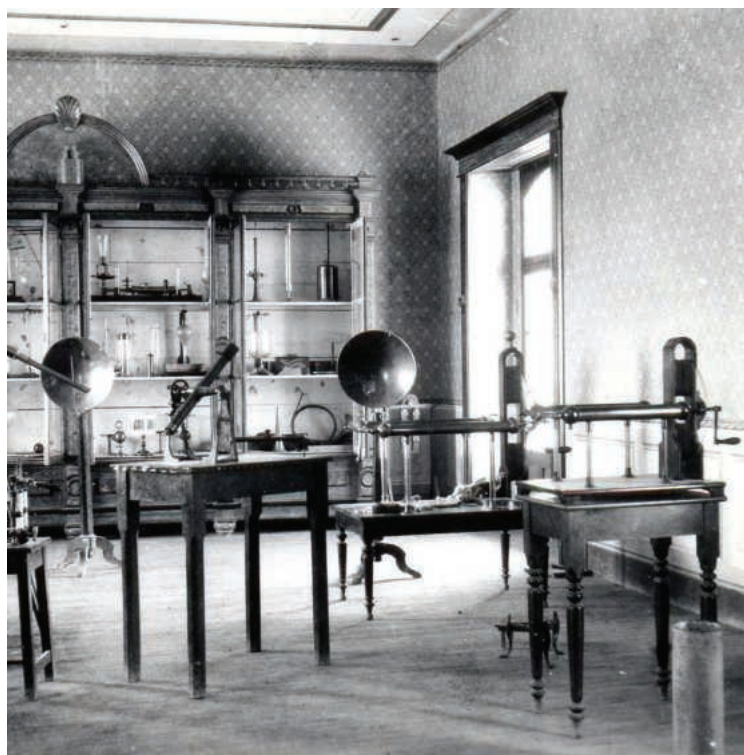


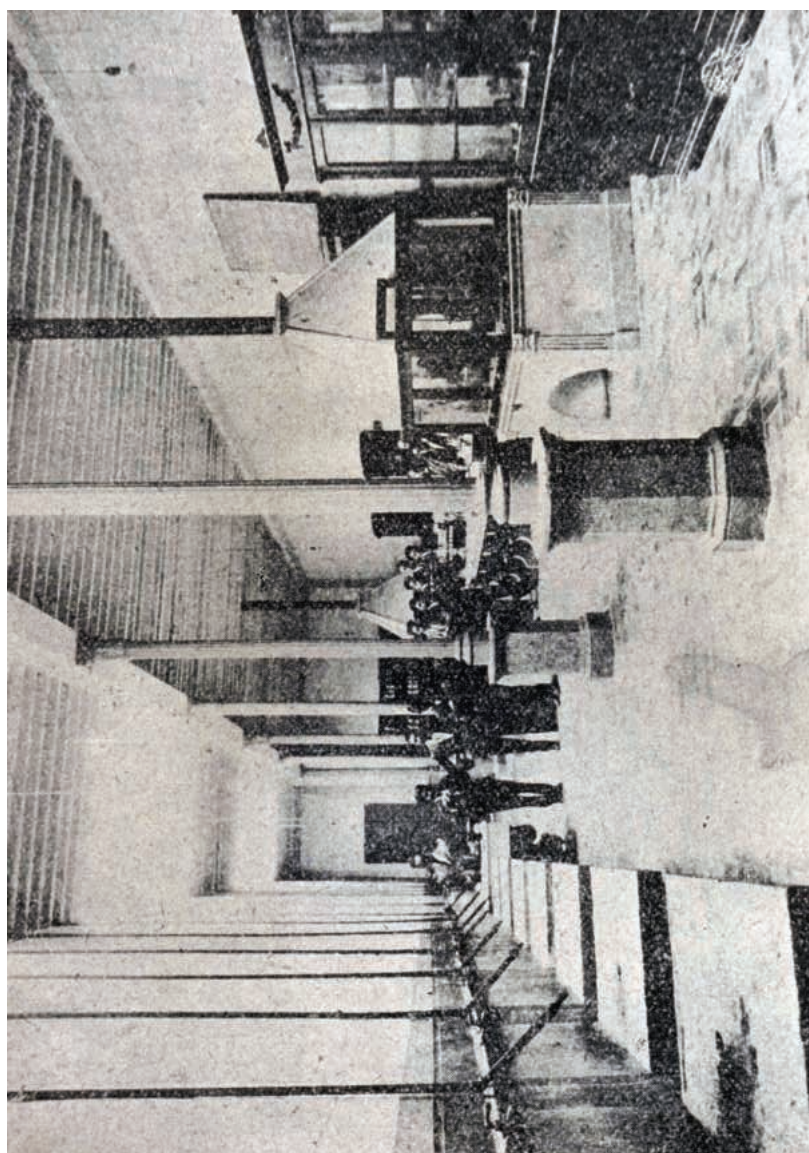




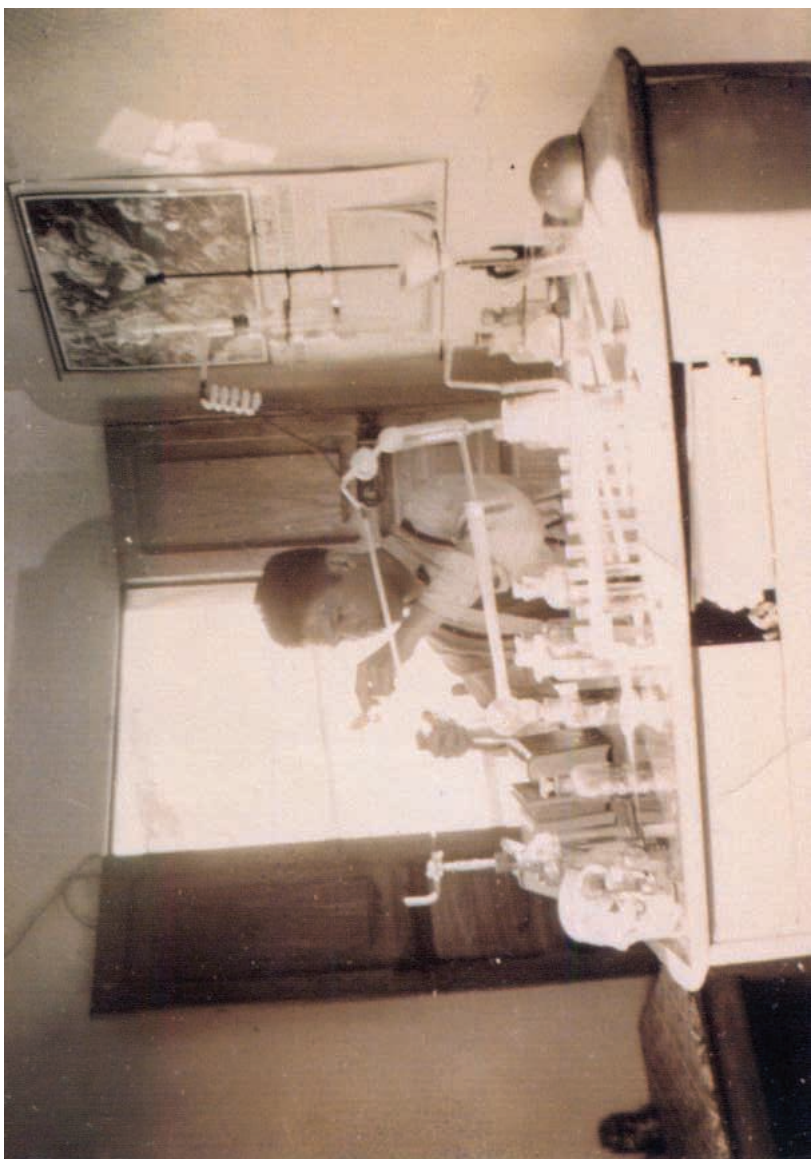




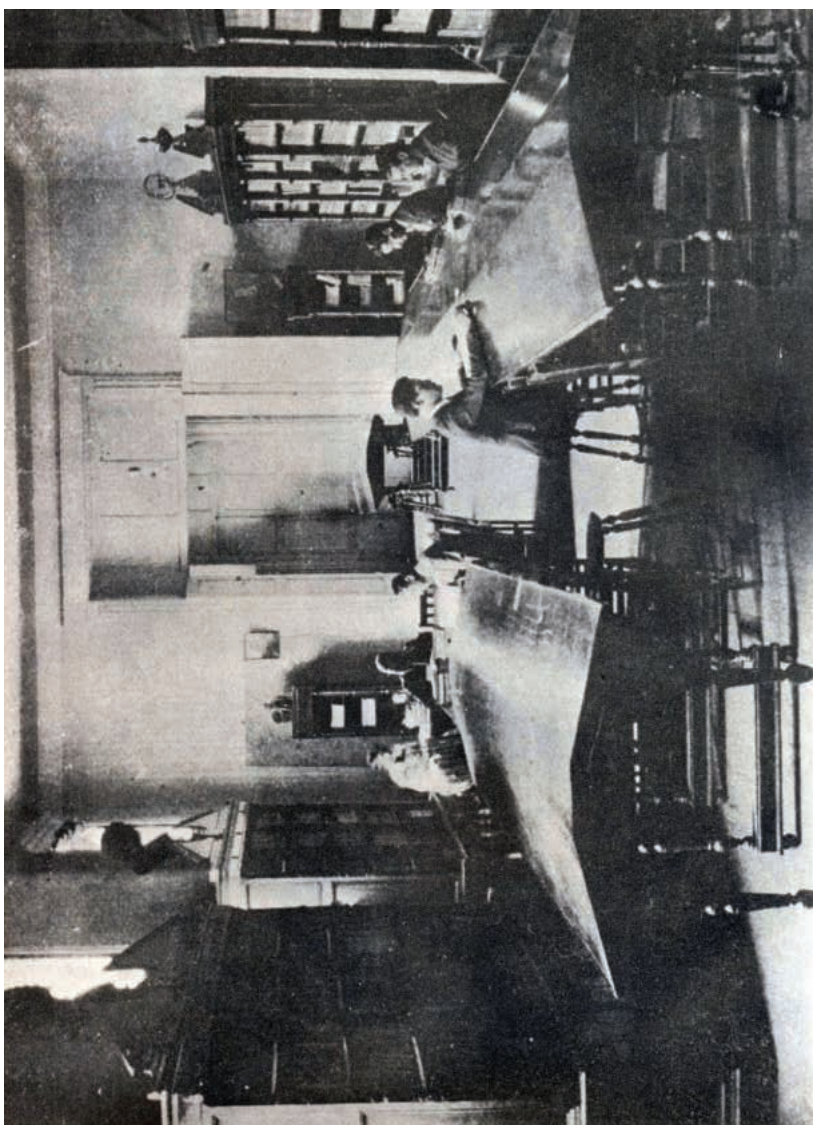
















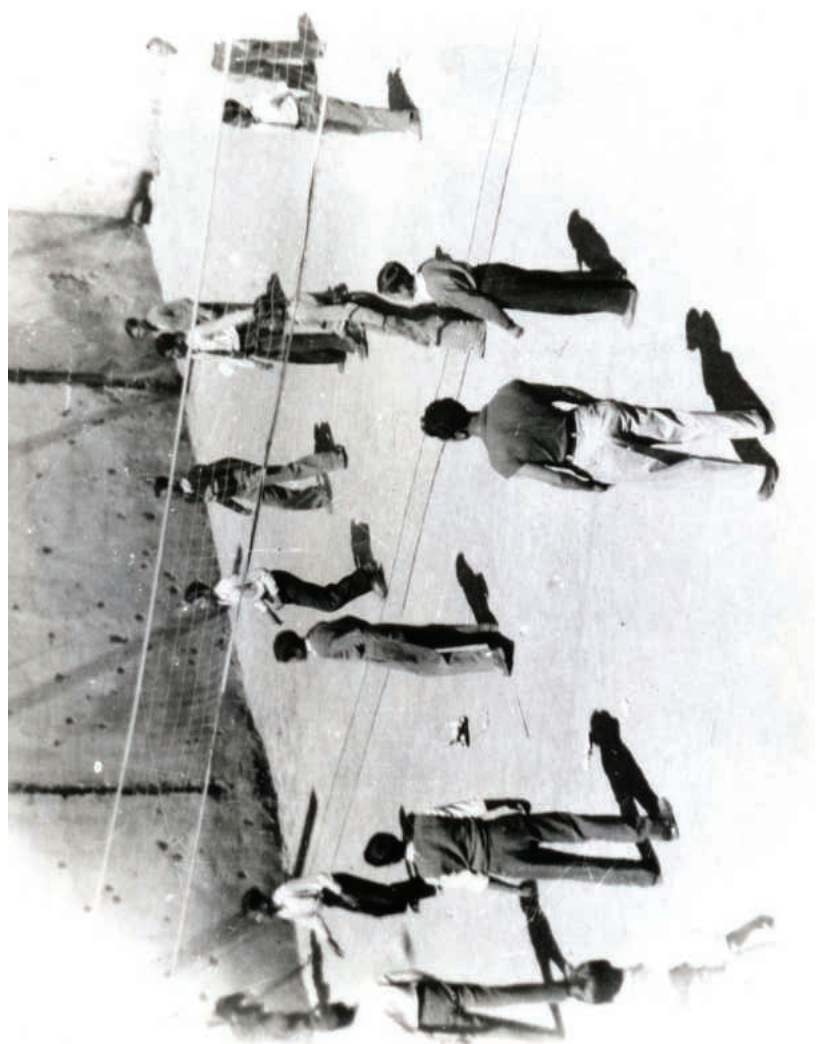








































Esperanza Hernández



Ester Gutiérrez



Ma. Estela Rojas



Aurelia Angeles



Rosa Gutiérrez



Margarita Mazotti



Rebeca Ballesteros



Ada Langdrige



Margarita Perez Ríos

















































AJO HIJO OJO

◆◆◆ PLAZA DE ◆◆◆

TOROS



◆◆◆ "EL VAQUERO" ◆◆◆

~~~~~  
Cataclísmica, hiperbólica y espeluznante reunión de elementos bovinos, taurinos y ladinos con elementos gacho estudiantiles presidida por S. G. M.

## ADELINA I

y sin faltar nuestro mafistofélico y tremebundo Rey Feo CASIMIRO I, conocido también por "Apipisca Tomo II" y su corte de ofrecidos.

## DOMINGO 21 DE JUNIO A LAS 10 HS.

Se presentarán las quinta columnísticas y nunca bien aporreadísimas cuadrillas que desintegrarán 4 (cuatro) arcáicos Bureles en protones, electrones y acitroneos a menos que los papeles se inviertan. Dichas cuadrillas responden a los apellidos de LOS CACHIM-BONES, LOS MAYATONES, LOS PUOTES Y LOS PATA-RAJADA que deberán esca-becharse en dos caídas de tres con límite de tiempo (hasta que se canse el toro), a los cua-tro re-canijos y horrendos bichos traídos a los corrales de la plaza en un sobre certificado y por entrega inmediata de las famosas y universalmente conocidas ganaderías de SAN GOLOTEO, T. K. G. T. MI OFICINA y PEÑAS HUECAS y bautizados como lo indican sus fés de bautizo con los nombres de: QUÍMICA, MATEMÁTICAS, ZOOLOGÍA Y LO-GICA siendo sus padrinos respectivamente los Sres. PILAR CARBURITO, JOSE BINO-MIO, RICARDO MARSUPIALES y AGUSTIN PREMISA.



# 4-4-4-4

$4 \times 4 = 16$

Pasadita la hora anunciada y aunque le caiga gordo a l'Autoridá dará principio este terrible Drama en 24 actos sin escalas con música enteramente igual.

## CUADRILLAS - CUADRILLAS

LOS CACHIMBONES (Formada por los políticos más malos de este desgraciado pueblo y sus once mil lambiscones). **Matafor:** JOSE PACHECO, (a) El Diputado. **Pases:** David Ríos 'El Trapecista Fracasado', Pablo Hawk 'Hans Ito'. **Banderilleros:** Armando González 'La Espiroqueta Pálida', Eduardo Massad 'El Baisano Hali' y Humberto Cravioto 'El Esabón Perdido'. **Picador:** Hugo Luque '10 para las 2'. **Isacredos:** Narciso Paz 'El Microscopio', Alberto Quiroz 'Diente Frio', Jorge González 'La Rebaba'. LOS MAYATONES (Representantes del F. U. T. P. A. R. M. o sea: Frente Único de Tarsanes, Papelotes y Asimilares de la República Mexicana que lucirán despanpanantes creaciones del clásico 'Machetazo'. **Matafor:** Eulalio Hernández 'El Matafor', **Pases:** Jorge Bernard 'El Deportista Malo' y Allan Burke 'El Patrullero Parks'. **Banderilleros:** Adolfo Castelan 'La Vaca Loca', Fernando Bravo 'El Mohicano' y Joel Juárez 'El Potro Pinto'. **Picador:** Enrique Salinas 'El Gato Doremifasólido'. **Isacredos:** Rodolfo Bonfil 'El Moco', Samuel Hernández 'El Pizarrón', Rafael Obregón 'El Gis' y Carlos Trejo 'El Borrador'. LOS PUROTES (Aborígenes de Totonia Totonacas', bajaron del cerro del Cuichi y dicen que 'tihu' tihu') **Matafor:** José López 'El Jumento Batizambo'. **Pases:** César Martínez 'El Contrabajo' y Gonzalo Hoyos 'El Papelote Abandonado'. **Banderilleros:** Juan Manuel López 'El Grillo Fotógrafo', Francisco Navarro 'El Esmókin' y Luis Jiménez 'El Mariposón Bellosa'. **Isacredos:** José Martínez R. 'El Trompas', José Martínez O. 'El Greñas' y Antonio Alvarez 'Carmen Miranda'. LOS PATA-RAJADA (De estos no respondemos pues es posible que se presenten en su estado habitual: borrachotes y sin huaraches) **Matafor:** Raúl Castillo 'El Fénix Abundio'. **Pases:** Gustavo Pérez 'El Palmipedo Bolea' y Héctor Palacios 'Ling Fú Ching'. **Banderilleros:** Martín Solares 'El Camote', Sotero Lozano 'Chomifas Muñi', Rubén Porras 'El Tlachiquero Bahas'. **Picador:** Armando Beziés 'El Estirado'. **Isacredos:** César Pérez Baca 'El Pariente del Toro', Genaro Rubio 'El Mangote' y Gustavo Martín del Campo 'El Abejorro Mostachón'.

### SOBRESALIENTE DE ESPADAS, ENRIQUE SANCHEZ, GRANERO II

## Cinco Minutos de Descanso y Sigue el Relajo ¡JARIPEO!

Arriesgadas maniobras ejecutadas por los atrevidos jinetes de la Apocalipsis, que como todo ha subido ya, no son cuatro, son un buti: José Antonio Torres 'El Zapoteca Cajetón'; Octavio Bernard 'El Glostora'; Jorge Noble 'El Chino Hilario'; Oscar Castañeda 'La Campamocha'; Cutberto Obregón 'Mala Noche'; Moisés Angeles 'El Surumato'; Angel Baños 'El Pencotas'; Alvaro Baños 'El Coyote de Ojinas'; Rubén Castillo 'El Bacalado' y Arturo Sánchez 'El Enano Trompetilla'.

**Precios:** Con el fin de que nadie tenga el privilegio de presenciar esta grandiosa e incomparable fiesta taurina, fijamos los estratosféricos e infinitesimales precios de:

**SOMBRA \$ 1.00 SOL \$ 0.50**

**DAMAS Y NIÑOS MEDIA PAGA**

NOTAS:—Los antedichos biehos serán lidiados procurando no cogelos muy forrados y se procurará que bayen perfectamente camuflados para evitar que sea suspendida la corrida en caso de bombardeo. Si algún toro no es del agrado del público, rogamos se nos avise inmediatamente para anularlo en nuestro libro de datos curiosos. Está permitido arrojar al ruedo toda clase de vehículos de transporte, como zapatos, huaraches y calcetines. Al montar el toro y por una galantería de la casa le será otorgada (al toro) por unanimidad la calificación de 6 y la oreja del matador. Aclaramos que no se le dará el rabo del torero por carcer este de tal artefacto. Por economía de guerra, el primer toro muerto será resucitado para volverlo a torrear, en cambio, los demás toros serán revividos para volverlos a torrear.

**Amenizarán las Chirimías de Huipanguillo y Ponte verde de Abajo, Hgo. en deficiencia de la Banda del Estado.**















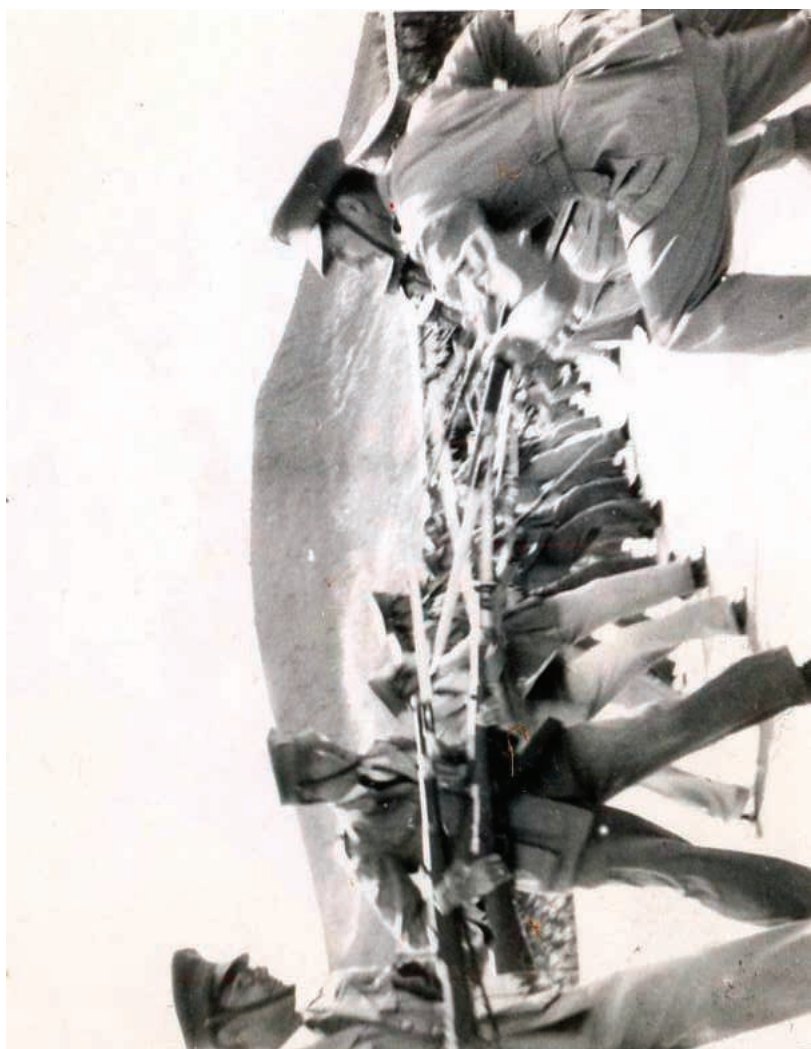














**Lic. César Bacerra**









INSTITUTO CIENTÍFICO Y LITERARIO  
AMBIENTE ESTUDIANTEL 1940 – 1950

se diseñó en formato electrónico en la Dirección de Ediciones  
y Publicaciones con el apoyo de la Imprenta Universitaria y la Dirección  
de Tecnologías Web y Webometría de la Universidad Autónoma  
del Estado de Hidalgo, en el año 2025.

